



# DESMOND MORRIS

*Observe a su perro*

Lectulandia

En el conjunto de la historia humana sólo dos animales han tenido libertad para en nuestros hogares: el perro y el gato, se les ha permitido errar de habitación en habitación e ir y venir a su propio antojo.

En Occidente la vida de los perros ha tenido un desarrollo más bien feliz, las primeras tareas encomendadas han ido perdiendo importancia y viene realizando un nuevo papel. El perro con tareas de labor ha sido mayormente reemplazado por el perro doméstico.

No se trata de ninguna fantasía para alentar una campaña a favor de los canes, sino de un simple hecho médico: la influencia tranquilizadora de la compañía de un amistoso animal doméstico reduce la presión sanguínea y, por ende, los riesgos de un ataque cardíaco.

Dar palmaditas a un perro, acariciar a un gato o acunar a cualquier clase de peludo animal doméstico tiene un poder antiestrés, actúa directamente en las raíces de muchas de las dolencias culturales de hoy. Sufrimos de una tensión excesiva y padecemos el estrés causado el ajetreo de la moderna vida urbana, en la que hay que tomar decisiones cada minuto, con frecuencia complejas y que exigen coordinar conflictos constantes. En contraste, el amistoso contacto de un perro casero sirve para recordarnos la inocencia sencilla y directa, incluso en la alocada vorágine de lo que consideramos civilización avanzada.

El libro consiste en comprender mejor al perro intentando responder a una serie de cuestiones de manera breves y simples:

¿Por qué un perro menea la cola?

¿Por qué levantan la pata los perros?

¿Por qué un perro asustado mete la cola entre las patas?

¿Por qué los perros pastores son tan buenos cuidando el ganado?

¿Por qué los perros comen hierva?

¿Por qué los perros arrastran algunas veces el trasero por el suelo?

¿Por qué algunos perros tratan de copular con la pierna de su amo?

¿Por que los perros quieren dormir en la cama de sus amos?

¿Por qué algunos perros se persiguen la cola?

¿Por qué los perros de algunas razas son tan pequeños?

¿Por qué a los perros les desagradan algunos desconocidos más que otros?

¿Tienen los perros un sexto sentido?

¿Por qué empleamos la frase «época de canícula»?

Etc., etc.

Lectulandia

Desmond Morris

# Observe a su perro

ePUB v1.0

GusiX 11.09.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Dogwatching*  
Desmond Morris, 1986  
Traducción: Lorenzo Cortina Toral  
Retoque portada: GusiX

Editor original: GusiX (v1.0)  
Corrección de erratas: GusiX  
ePub base v2.0

# INTRODUCCIÓN

En el conjunto de la historia humana sólo dos clases de animales han tenido libertad para entrar en nuestros hogares: el gato y el perro. Es verdad que en los primeros tiempos se permitía que los animales de granja penetrasen en la casa por la noche, como medida de seguridad; pero siempre estaban atados o encerrados. También es cierto que, en épocas más recientes, una gran variedad de especies domésticas se han alojado en nuestras viviendas: peces en sus peceras, aves en jaulas, reptiles en terrarios... Pero todos ellos se encontraban en cautividad, separados de nosotros por cristal, alambre o barrotes. Sólo a gatos y perros se les ha permitido errar de habitación en habitación e ir y venir a su propio antojo. Tenemos con ellos una relación especial, un antiguo contrato con unas cláusulas acordadas y muy bien especificadas.

Por desgracia, esas cláusulas han sido a menudo rotas, y casi siempre por nosotros. Resulta saludable pensar que gatos y perros son más leales, fiables y dignos de confianza que los seres humanos. En raras ocasiones se vuelven contra nosotros, nos arañan o nos muerden; casi nunca se escapan y nos abandonan; pero, cuando eso sucede, existe por lo general un antecedente, e incluso una causa, que se basa en un paradigma de estupidez o crueldad humana. La mayoría de las veces, cumplen de manera inquebrantable su parte en el acuerdo que establecimos con ellos en los viejos tiempos, y, con frecuencia, nos avergüenzan con su conducta.

El contrato suscrito entre el hombre y el perro tiene una antigüedad de más de diez mil años. Se ha escrito al respecto que, si bien el perro realiza ciertos trabajos, los hombres, nosotros, le hemos proporcionado a cambio alimentos y agua, además de abrigo, compañía y cuidados. Las tareas que se le han exigido han sido numerosas y variadas. Se ha requerido a los canes para guardar nuestros hogares, proteger nuestras personas, ayudarnos en la caza, acabar con los bichos que nos molestan y tirar de trineos. Incluso se les ha entrenado para funciones especiales: recoger huevos de ave con la boca sin romper el cascarón, localizar trufas, detectar drogas en los aeropuertos, ser lazarillos de ciegos, rescatar a las víctimas de aludes, rastrear las huellas de los criminales fugados, competir en carreras, viajar por el espacio, actuar en películas y participar en concursos.

En ocasiones, el fiel chucho ha sido puesto, contra su voluntad, al servicio de la bárbara conducta de algunos humanos. Hoy llamamos los «perros de la guerra» a los mercenarios, a hombres que utilizan su superioridad humana para la escalofriante función de mutilar y matar con armas especiales. Pero, originariamente, fueron perros auténticos, adiestrados para atacar la vanguardia de un ejército enemigo. Shakespeare se refiere a esto cuando hace exclamar a Marco Antonio: «Grita "Destrucción" y suelta los perros de la guerra». Los antiguos galos soltaban perros provistos de

armadura, equipados con pesados collares, erizados de aguzados cuchillos afilados como navajas de afeitar. Estos aterradores animales se precipitaban contra la caballería romana, y cortaban las patas de los caballos hasta destruirlos.

Por desgracia, los perros combatientes se encuentran todavía entre nosotros. Aunque oficialmente prohibidas, las luchas entre animales entrenados para ello siguen constituyendo una excusa para las apuestas, que sirve, además, de salvaje entretenimiento a los elementos más sanguinarios de la sociedad. Esos concursos han debido pasar a la clandestinidad, pero ello no quiere decir en modo alguno que hayan desaparecido.

En algunos países de Oriente, se considera a los perros un bocado exquisito; pero éste no ha sido nunca su fin principal, y cada vez es un hecho más raro. Al parecer, tal costumbre se extendió sobre todo en China, donde el nombre del perro comestible era el mismo que la palabra en argot para comida: *chou*. No obstante, en muchas regiones, los perros escaparon de la olla gracias a que se utilizaban para cosas más importantes.

Uno de los más desgraciados efectos colaterales de la gran popularidad de los canes en las sociedades humanas, lo ha constituido el crecimiento de la población de perros abandonados. En algunos países, este excedente canino estableció por sí mismo una horda propagadora de enfermedades que dio a todos los perros un mal nombre. En particular, los perros parias del Oriente Medio convirtieron la amistad humana en una revulsión. En las doctrinas de las diversas religiones, el perro llegó a considerarse algo «impuro». Con el paso de los años, la palabra perro adquirió un sentido despectivo: perro sarnoso, ser un perro, llevar vida de perro, morir como un perro, hacer perrerías... Incluso hoy, en algunos grupos étnicos, los niños aprenden la antigua tradición de despreciar al chucho. La supervivencia más arraigada de esta actitud se encuentra en las culturas musulmanas. La reeducación llevada a cabo en las escuelas se ha hecho muy cuesta arriba.

En Occidente, ha tenido lugar un desarrollo mucho más feliz. A medida que las primeras tareas encomendadas a los perros han ido perdiendo importancia, ha empezado a desempeñar un nuevo papel. El perro de labor ha sido en gran parte remplazado por el perro doméstico. Naturalmente, los perros para el trabajo aún siguen ejerciendo algunas de sus antiguas capacidades; pero, en la actualidad, les superan en número los nuevos «perros de compañía». Esto se halla íntimamente relacionado con la extensión del hombre urbano y suburbano y el crecimiento de las grandes ciudades. En este contexto, existen pocas tareas que pueda llevar a cabo el perro de labor, pero el nexo entre el ser humano y el perro es tan fuerte que la pérdida completa del elemento canino en la vida familiar de nuestra sociedad no puede llegar a concebirse. Como resultado de ello, desde la Revolución Industrial, han evolucionado muchas razas. Se han establecido los cánones del pedigrí y comenzaron

a organizarse concursos de perros. El competitivo espectáculo de las exposiciones de razas valiosas se ha convertido en un gran negocio.

Al mismo tiempo, han aparecido en escena millares de perros mestizos. Los dueños, simplemente, deseaban una compañía fiel y amistosa y por ello se han burlado de las razas de gran pedigrí criticándolas por ser demasiado artificiales, creando rasgos particulares y cualidades que eran llevados a extremos preocupantes que, según se decía, hacían que los ejemplares de esas castas fueran difíciles de tratar. Los criadores de perros de raza han negado este extremo e insistido en que, con los perros caros y exclusivos, no hace falta otra cosa que hacerse cargo de las necesidades del animal. Para esos criadores, quienes tienen perros mestizos se encuentran al principio de la senda que lleva a descuidar a los perros, al abandono, a ensuciar los lugares públicos y, en definitiva, a crearles mala fama. Si todos los perros poseyesen un buen pedigrí, argumentan, los sentimientos anticaninos desaparecerían y la sociedad valoraría a sus compañeros perrunos como los objetos preciosos que en realidad son.

Existe parte de razón en ambos puntos de vista. En algunas ocasiones, los criadores han llevado el pedigrí demasiado lejos, por lo cual los perros en cuestión sufren con regularidad de dolencias físicas. Los perros con patas muy cortas y cuerpos alargados son propensos a las hernias discales. Los que tienen un morro muy chato sufren de dificultades respiratorias. Otros tienen problemas en los ojos o trastornos en las caderas. La gente relacionada con esas crianzas sospechosas tiende a guardar silencio respecto de los defectos que se han multiplicado en el transcurso de los años, por miedo a que su raza particular pierda popularidad. Eso es una pena, puesto que la tendencia lleva a una exageración cada vez mayor. Por ejemplo, hace sólo unos cien años, el bulldog era un animal, comparativamente, de patas largas, y el dachshund tenía un cuerpo mucho más corto. Se trata sólo de dos de las muchas razas en las que un rasgo se ha ido aumentando poco a poco hasta que ha originado serios problemas a unos perros refinados. Sería bastante fácil hacer volver atrás a esas razas, por lo menos, un poco, para que se pareciesen al animal que eran en siglos anteriores, cuando aún podían actuar como canes de labor. No perderían nada de su encanto y ganarían de forma inconmensurable en salud y en adecuación. De esta manera, el mundo del perro de pedigrí podría poner pronto su casa en orden.

El mundo de los mestizos es mucho más que un problema. Es cierto que muchos miles de dueños de perros mestizos tratan a sus canes con enorme cuidado y respeto; pero, dado que esos animales poseen tan escaso valor comercial, con harta frecuencia se abusa de ellos. Camadas de cachorros son vendidas a bajo precio, o regaladas, y a menudo son luego maltratadas y abandonadas. Todos los años, El Hogar para Perros de Battersea, Londres, se hace cargo de veinte mil chuchos callejeros (la cifra exacta en 1985 fue diecinueve mil ochocientos ochenta y nueve), y de ellos un setenta y seis

por ciento eran mestizos. Y esto sólo en un establecimiento. Para la mayoría de esos perros se encuentran nuevos hogares; pero otros muchos deben ser eliminados. Se ha estimado que, sólo en las Islas Británicas, deben eliminarse cada día dos mil perros. Y resulta difícil saber cómo cambiar esa situación a través de una acción directa. La única esperanza para el futuro parece consistir en una mejora general de las actitudes sociales ante el bienestar de los animales.

Una desgracia adicional, que los perros deben llevar es la de ser víctimas de muchas agresiones y de la investigación científica. En ambos aspectos, ser perro significa padecer y sufrir. Los humanos se caracterizan por su capacidad de hacer tomar otra dirección a su agresividad respecto al orden social. El jefe insulta a sus ayudantes, los cuales gritan a sus subordinados, y éstos se desahogan, a su vez, con quienes dependen de ellos, y así indefinidamente, hasta llegar al escalón más bajo de la escala social, donde se encuentra el fiel chucho. Cuando a un perro se le dan patadas y se le golpea le resulta muy difícil entender que este rudo tratamiento que recibe puede haber comenzado con una frase sarcástica en alguna sala de juntas remota, que luego ha reverberado por todos los rangos, ganando cada vez más impulso, hasta acabar en los lastimeros gañidos de un can. Algunos de los castigos que se infligen a los perros tras haber viajado por todo ese camino, resultan difíciles de creer. Sólo en Gran Bretaña, la Sociedad protectora de animales recibe cada año más de cuarenta mil denuncias de crueldades llevadas a cabo con los perros.

Igualmente difíciles de admitir resultan algunas de las crueldades llevadas a cabo en nombre de la investigación científica. La excusa para la ruptura del contrato canino en tales casos radica en que el dolor infligido nos ayudará a avanzar en la suma total del conocimiento humano. Tal vez estemos traicionando la confianza que los perros han puesto en nosotros como miembros de sus «manadas»; pero podemos justificarlo con la edición de eruditas comunicaciones de nuestros conocimientos. En realidad, la inmensa mayoría de todos esos penosos experimentos que se realizan haciendo sufrir durante largo tiempo a los perros, acaban sin conseguir que avance el conocimiento humano de una manera apreciable. En los primeros tiempos de la fisiología, la medicina y la zoología, pudo existir algún valor en las lecciones que se aprendieron, pero hoy es un caso muy raro. Se podría dejar en paz al perro; pero no es probable que suceda.

Esto me lleva al propósito primario que me ha guiado a escribir el presente libro, que no pretende otra cosa que demostrar, a través de una observación sencilla y directa, o por medio de experimentos que no causaran ningún daño a los perros implicados, que resulta posible comprender y apreciar a esos notables animales de un modo sorprendente y profundo. Tienen mucho que ofrecernos. Son unos compañeros juguetones cuando estamos de humor para divertirnos; amantes compañeros si nos encontramos solos o deprimidos; una compañía propiciadora de salud, pues nos

estimulan a dar largos paseos; también nos proporcionan serenidad en momentos en que nos hallamos agitados, preocupados o tensos; y siguen desempeñando sus deberes de los viejos tiempos en cuanto a avisarnos si hay intrusos en nuestras casas o protegernos de un ataque. Y esto por mencionar sólo dos de sus principales trabajos que se mantienen en activo.

Esos individuos perturbados que descargan su odio en los perros están echando a perder un gran acuerdo. Y los que simplemente se desinteresan se están asimismo perdiendo una relación hombre-animal sorprendentemente compensadora. Dado que esas personas, ciertamente, ignorarán este libro, quedarán sin percatarse de un hecho muy curioso: la gente que tiene perros (o gatos, eso da lo mismo) vive más, como promedio, que las personas que carecen de ellos. Y no se trata de ninguna fantasía para alentar una campaña en favor de los canes, sino de un simple hecho médico: la influencia tranquilizadora de la compañía de un amistoso animal doméstico reduce la presión sanguínea y, por ende, los riesgos de un ataque cardíaco. Acariciar a un gato, dar palmaditas a un perro o acunar a cualquier clase de peludo animal doméstico tiene un poder antiestrés, porque actúa directamente en las raíces de muchas de las dolencias culturales de hoy. La mayoría de nosotros sufrimos de una tensión excesiva y padecemos el estrés causado por el ajetreo de la moderna vida urbana, en la que hay que tomar decisiones a cada minuto, con frecuencia complejas y que exigen coordinar compromisos conflictivos. En contraste, el amistoso contacto de un perro casero, o de un gato, sirve para recordarnos la supervivencia de una inocencia sencilla y directa, incluso en el interior de la alocada vorágine que consideramos civilización avanzada.

Por desgracia, incluso aquellos que se benefician de esta relación con un animal, no suelen llegar a percatarse del fascinante animal que es en realidad el perro. Nos resulta tan familiar que hemos empezado a darlo por sentado. Podemos hacernos algunas preguntas acerca de él. Por ejemplo: ¿Cuál es la sensibilidad de su nariz? ¿Puede ver los colores? ¿Cómo consigue encontrar el camino de vuelta a su hogar cuando se ha perdido? ¿A qué se debe que mueva la cola al saludarnos? ¿Por qué lleva una vida sexual tan extraña? Y otras muchas cosas. Con frecuencia nos encogemos de hombros ante estas incógnitas y pasamos a otro tema, sin molestarnos en hacer averiguaciones. Si realizásemos un esfuerzo, descubriríamos que los libros habituales acerca de perros tienden a pasar por alto la mayor parte de las preguntas básicas, y en lugar de ello se concentran en temas como el acicalamiento, la alimentación, el cuidado veterinario y las características diferenciadoras de los varios centenares de razas que existen en la actualidad. Todo esto constituye una información útil; pero seguimos queriendo saber la razón de que unos perros aúllen más que otros, y por qué todos ladran demasiado, y cuáles son las causas de que se comporten de la forma en que lo hacen. Por lo tanto, me he propuesto responder a tales cuestiones clave, en una serie de respuestas breves y simples. Al disponer el

texto de esta manera, confío en que serán capaces de emplear este libro para hacer frente a cada una de las preguntas que surjan a causa de nuestra relación con el perro; y al mismo tiempo, al hojearlo, apreciará más a ese extraordinario y bien acabado producto de la evolución canina que brinca para recibirle cada vez que regresa a casa y abre la puerta.

# EL PERRO

¿Por qué es tan especial el perro? ¿Qué existe en su personalidad que lo ha distinguido entre las cuatro mil doscientas treinta y seis especies de mamíferos no humanos y ha hecho que se convierta en el más íntimo compañero del hombre? La respuesta puede resultar perturbadora para algunas personas; en realidad, «el mejor amigo del hombre» es un lobo con ropaje de perro. Y es la personalidad del lobo lo que constituye la clave para comprender nuestros fuertes lazos con el perro.

La idea de que todos los perros, desde los callejeros hasta los altivos campeones; desde los más cruzados a los que poseen un perfecto pedigrí, y desde los diminutos chihuahuas hasta el gigantesco gran danés, ninguno es otra cosa que un lobo domesticado. Para algunos, es un poco duro de creer. Este pensamiento les sobresalta a causa de la larga tradición de historias de horror relacionadas con el lobo salvaje. Se trata, pues, del lobo que devora hombres, del hombre lobo y del lobo malo que se comió a la abuelita. Apenas existe una palabra amable en ninguna parte para esta magnífica criatura, hasta alcanzar los estudios modernos y objetivos de las últimas décadas. Por lo tanto, se hace difícil culpar a la gente por dar de lado la sugerencia de que el alegre e inofensivo perrito echado sobre la alfombra, el que nos mira con sus grandes y amistosos ojos, sea en realidad, miembro de la misma especie que el poderoso lobo. Pero es una cosa que debemos aceptar, no sólo porque sea cierta, sino porque representa la única forma de comprender la conducta del perro doméstico y apreciar por qué los perros, y no otros animales, como los monos, los osos o los mapaches, son los que se han convertido en los mejores amigos del hombre.

Antes de considerar la conducta del lobo, debemos dejar de lado alguna de las objeciones más obvias a esta idea. Los perros domésticos varían muchísimo en forma, tamaño y color, por lo que no deben pertenecer a la misma especie... Sí, pueden hacerlo y en realidad realizan estos cambios. Las variaciones pueden ser dramáticas; pero son bastante superficiales. Cualquier raza de perro puede cruzarse con cualquier otra y producir crías fértiles. Las diferencias genéticas que se han cultivado a través de la crianza con pedigrí son demasiado pequeñas para haber aislado una raza de otra a nivel biológico. ¿Y qué ocurre si suponemos que un chihuahua macho queda excitado por la embriagadora fragancia de un gran danés hembra en celo? ¿Qué podemos hacer al respecto? El macho no puede decirse que sea alpinista. Eso es verdad, pero si la perra en cuestión es inseminada artificialmente con una muestra de esperma recogida del chihuahua, la perra quedará preñada y echará al mundo una camada. Por lo que sabemos hasta hoy, no hay dos razas de perros que sean genéticamente incompatibles. Digamos también de pasada que no existe tampoco dificultad para cruzar perros domésticos con lobos salvajes. Producirán una progenie fértil.

Por lo tanto, a pesar de las apariencias en sentido contrario, todos los perros son biológicamente de una misma especie. El san bernardo de casi ciento cincuenta kilos puede tener trescientas veces el peso del pequeño terrier Yorkshire miniatura, y el gran danés, que alcanza en la cruz una talla de un metro, es diez veces más alto, pero todos ellos son hermanos debajo de la piel. Pueden ser pequeños en tamaño, pero por dentro saben perfectamente que son poderosos lobos y actúan de acuerdo con ello. Brindarán al cartero el fuerte ladrido, o el profundo y gutural aullido que consideran que se merezca por aproximarse a su territorio personal. Si el sonido se convierte en un delgado gañido, eso no es culpa suya. Y si da la casualidad de que se encuentran en un parque con un perro grande, le darán el mismo tratamiento. Saben que son en realidad unos adultos hechos y derechos...

¿Y porqué habrían de echarse atrás? En ocasiones, a los perros grandes les deja perplejos esta conducta, e incluso pueden llevar a cabo una retirada digna ante el asalto combinado de un grupo de irritados gozquecillos. Si los dueños de perrazos se sienten desgraciados por esta aparente muestra de cobardía, en realidad están interpretando mal la conducta de su chuchó. Los perros grandes no temen a los pequeños. Su problema radica en que el reducido tamaño de sus asaltantes los encasilla en una categoría especial: la de los «cachorros». Y existen fuertes inhibiciones en cuanto a atacar a los cachorros. El problema consiste en que esos cachorros no se están portando como tales, y de ahí la perpleja respuesta de los canes mayores.

Si los seis millones de perros de Gran Bretaña, los cuarenta millones de canes de Estados Unidos, y todos los muchos otros millones de perros que hay en todo el Globo, pertenecen a una e idéntica especie, ¿cómo han llegado a ser tan diferentes unos de otros? La respuesta es que el perro, al ser el animal doméstico más antiguo, ha tenido mucho tiempo para ir especializándose a través de una crianza controlada. Se han eliminado los individuos demasiado difíciles, nerviosos en extremo o muy agresivos. Los perros se han hecho más juveniles y juguetones, más plácidos y tratables. Si los han criado para la persecución de gran velocidad, sus patas se han vuelto más largas y sus cuerpos más esbeltos; si los han tenido como perros falderos, se han encogido cada vez más, hasta hacerse lo bastante pequeños como para cogerlos y llevarlos con facilidad. Cada uno de esos cambios se ha producido a través de una crianza selectiva. Por ejemplo, resulta sencillo miniaturizar una raza. Todo cuanto hay que hacer es elegir los más pequeños de cada camada y cruzarlos entre sí una y otra vez. En unas cuantas generaciones resulta posible conseguir perros cada vez de una talla más reducida.

Varios centenares de razas «puras» han quedado establecidas en los últimos años en relación con los concursos caninos de competición, y se han establecido unos cánones fijos para cada una de esas razas. De manera oficial, se han reconocido seis

grupos principales: los perros de caza, los sabuesos, los perros de labor, los terriers, los perros falderos y los perros utilitarios.

Los perros de caza están formados por los pointers, setters y perros cobradores, que acompañan a los cazadores y les ayudan a detectar, perseguir y cobrar las piezas. Los sabuesos ayudan a rastrear y atrapar la presa, que se persigue a caballo o a pie. Los perros raperos corren más y son adecuados para acompañar a los caballos. Los sabuesos basset tienen las patas más cortas a través de una cría selectiva, para que corriesen más despacio y acompañaran a los cazadores a pie. Algunos sabuesos, como los bloodhound, actúan por el olor y otros, como los greyhound, por la vista.

Los perros de labor incluyen los perros guardianes, los perros pastor y algunas otras razas con funciones específicas, como los huskies que arrastran trineos. Los terriers son los pequeños matadores de sabandijas. Por lo general, tienen las patas cortas para entrar en las madrigueras en persecución de tejones, zorros y roedores. Por lo común tienen una personalidad desacomodadamente tozuda e independiente, relacionada en su origen con la necesidad que tenían de seguir la presa una vez aislada y de trabajar en solitario.

Los perros falderos son, esencialmente, razas enanas, reducidas de tamaño para crear animales domésticos más manejables. Algunos, como los malteses y pequineses, poseen una historia muy antigua de perros favoritos de ricos y poderosos, gozaban de elevado status y fueron criados durante muchos siglos para esa especial función, sin ninguna clase de deberes de tipo laboral. Son animales mundanos, dados sus antecedentes aristocráticos. El grupo utilitario no puede jactarse de este elitismo. Se trata de perros que, aunque hoy actúen exclusivamente como animales domésticos y canes de exhibición, no hace mucho tiempo eran perros de labor de una clase o de otra. Incluyen razas tan variadas como los dálmatas criados como perros llamativos para que corrieran junto al coche de caballos de su amo, el bulldog, preparado para ser un atacante salvaje en los primeros concursos de hostigamiento de toros; y el Lhasa Apso, cuyo deber originario fue dar la alarma en el caso de que unos intrusos trataran de penetrar en el gran palacio del dalai lama en Lhasa, en el Tíbet. Todas esas tareas se han eclipsado en la historia. Pero las razas han sobrevivido, de ahí el nombre bastante poco romántico de «perros utilitarios».

Además de todos estos aristócratas del mundo del perro están los numerosos mestizos y perros salvajes. Una autoridad ha estimado que existe una población mundial de ciento cincuenta millones de tales animales vivos. Algunos han vuelto a la existencia salvaje hace ya muchos siglos. El dingo de Australia y el perro silbador de Nueva Guinea son dos ejemplos de este tipo. Otros se han hecho salvajes o han sido abandonados en los últimos años, se han organizado en manadas de perros feroces y han sobrevivido por lo general como basureros, nutriéndose de los desperdicios de la colonia humana. Ambos grupos han conseguido readaptarse a las

condiciones de la vida en libertad a pesar del hecho de ser animales domesticados. Se crían en grupo, formando una población de perros independientes. Una tercera categoría es el perro callejero, un animal abandonado que apenas sobrevive y que aún no ha conseguido restablecerse como miembro activo de la sociedad canina. Finalmente, existen los muy amados perros mestizos, mantenidos y cuidados por sus dueños que, tozudamente los defienden contra los «pedigrís consentidos». Los mestizos, argumentan, se encuentran mucho más cerca del perro atávico, y ésa es la razón de que vivan más que los perros de pedigrí. Sufren mucho menos de defectos físicos, son más resistentes a la enfermedad y tienen una personalidad más estable, mostrando menor nerviosismo y agresividad. El vigor mezclado del mestizo, alegan, le hace al perro más fuerte y resistente. La defensa que hacen de estos perros resulta admirable; pero, en la mayoría de los casos, es un poco injusta para los perros de pedigrí. La verdad es que todos los perros modernos siguen estando muy cerca de su tipo ancestral. Sea cual sea su forma, color o tamaño, no son más que lobos debajo del pellejo, y debemos considerarnos afortunados por ello, como quedará muy claro dentro de un momento.

Ha habido tres teorías en lo referente al origen del perro doméstico. Una se refiere a un «eslabón perdido». Una antigua especie de perro salvaje, con un aspecto parecido al dingo moderno, dio paso al perro doméstico. El primer eslabón fue exterminado por el hombre primitivo. En términos de buen gobierno animal esto tiene sentido, porque una vez una especie ha «mejorado» por la crianza doméstica, las poblaciones humanas, solían eliminar a los parientes salvajes «no mejorados» a fin de impedir la contaminación. Asimismo, queda claro que, cuando los perros domésticos se convierten en salvajes y comienzan a criarse en manadas feroces, revierten a un tipo similar a través de todo el mundo. Los dingos de Australia, los perros silbadores de Nueva Guinea, los perros pye de Asia, los perros parias de Oriente medio y los perros indios de las Américas, todos parecen notablemente similares en estructura y forma general. Es como si estuviesen tratando de decirnos que su antiguo y hoy extinto antecesor poseía aquella forma. A pesar de esto, la teoría del eslabón perdido ya no tiene mucha aceptación.

Una segunda teoría ve dos razas diferentes de perro que proceden de dos especies de canes salvajes. Se cree que unos descienden del lobo y otros del chacal. Este punto de vista lo ha popularizado Konrad Lorenz en su libro *El hombre encuentra al perro*; pero investigaciones posteriores han mostrado que esa teoría del «doble origen» carecía de fundamento. Estudios cuidadosos de los chacales han revelado que, en realidad son muy diferentes tanto de los perros como de los lobos. Al mismo tiempo, la investigación acerca de los lobos ha mostrado que los perros son sorprendentemente parecidos a ellos en todos los sentidos.

Ahora es aceptada, en general, la tercera teoría; es decir, que todos los modernos

perros domésticos han descendido, durante un período de entre ocho mil y doce mil años, de una sola especie: el lobo. Meticulosos estudios anatómicos y de la conducta han confirmado todo esto durante las últimas décadas y ahora esta conclusión parece evidente. Sin embargo, se sigue planteando una pregunta:

¿Por qué los perros asilvestrados no vuelven a un tipo más parecido al lobo? Esta pregunta se basa en una falta de comprensión de la clase de lobo del que procede el perro. Hoy, tanto en películas como en los zoológicos, los lobos que vemos son típicamente del helado norte: lobos rusos, escandinavos y canadienses. Son unos animales grandes y de recio pelaje, adaptados al área más fría del ámbito originario del lobo. El perro no es probable que se haya desarrollado a partir de uno de ellos, sino del lobo asiático, que es más pequeño, menos robusto y de pelaje más escaso, lo cual era común en las zonas más cálidas del ámbito de la especie. Este animal estaba mucho más cercano en estructura y apariencia a los perros asilvestrados de hoy y constituye el antepasado perfecto.

Observaciones de campo de manadas de lobos salvajes nos han enseñado mucho respecto a la verdadera naturaleza de este «monstruo merodeador». Lejos de ser una bestia salvaje, tiene una impresionante organización social, que incluye una amplia serie de restricciones, control del orden del rango y ayuda mutua dentro de la manada. Una saludable competición entre los individuos se contrarresta con una activa cooperación de varias clases: para la caza, durante la defensa y en las temporadas de cría. Adultos diferentes a los padres cooperan a la alimentación de los lobeznos, y existen muy pocas peleas dentro de cada grupo social. Queda claro que fue la gran similitud entre la vida social de los lobos y la de los hombres primitivos lo que llevó al fuerte nexo de atracción que creció entre ellos. Ambas especies vivían en «manadas» en un territorio defendido por el grupo. Las dos establecieron un hogar base en el centro del territorio, del que efectuaban salidas en búsqueda de alimento. Unos y otros se convirtieron en cazadores cooperativos especializados en unas presas que eran mayores que ellos. Hombres y lobos empleaban la astucia en la caza, usando tácticas de emboscada y de rodear a sus presas. Desarrollaron asimismo uniones de macho y hembra y las crías eran cuidadas por el grupo. Tanto el ser humano como el animal, incluían una compleja serie de señales corporales, que abarcaban expresiones faciales, posturas, movimientos y gestos.

En el primer momento, el contacto entre los hombres prehistóricos y los lobos debió de ser como competidores, dado que sus formas de vida eran muy similares. Resulta probable que algunos indefensos lobeznos fuesen llevados a los asentamientos humanos como sabrosos bocados para una comida sin prisas; pero luego se les permitió que correteasen por allí como juguetitos peludos para los niños del campamento. Puesto que existe una fase especial en el crecimiento de los lobeznos en que las crías se «socializan», los que fueron atrapados lo suficientemente

jóvenes, al crecer, comenzaron a creer que pertenecían a una manada humana en vez de a una lupina. Esto habría significado, al hacerse adultos, que actuarían de manera automática como perros de guarda, dando la alarma si sus aguzados oídos captaban el sonido de alguien que se aproximaba al campamento por la noche. También es probable que los llevaran a las cacerías, pues olían la presa antes de que la detectasen sus compañeros adoptantes. Se hubiera requerido la presencia de un humano muy estúpido para no reconocer el valor de esos talentos caninos y no percatarse de su valor potencial. En vez de comerse a todos los lobeznos cautivos, sin duda permitieron vivir a algunos, quedarse en el campamento e incluso les alimentarían. Los individuos que fuesen demasiado agresivos o tímidos serían rápidamente despachados y comidos. Los demás se convertirían en socios, simbiontes, dentro del esquema humano de las cosas.

A medida que transcurrían los siglos, el perro original del tipo lobo cambió; pero lo más probable es que lo hiciera relativamente poco, aunque pudieran existir algunas alteraciones superficiales en el aspecto. Las formas extrañas de color que se presentasen, como negro, blanco, moteado o con manchas, se verían favorecidas como medios para identificar a los animales individuales; pero, más allá de eso, cabe pensar que existieron pocas acciones para modificar al prehistórico compañero canino.

Llegado el momento, la protección de la propiedad fue haciéndose más importante y es probable que los perros de guarda se convirtiesen en una raza especializada, al igual que los perros de caza y los empleados para vigilar los rebaños. Pero aún estaban muy lejos los centenares de razas que se conocen hoy, y su desarrollo pertenecería a un lejano futuro. En realidad, son el resultado de unos programas de crianza acelerados de una clase muy seleccionada durante los últimos siglos. En la Edad Media no existían probablemente en Europa más que una docena de tipos diferentes de perro, cada uno de ellos con una tarea principal que llevar a cabo.

La gran explosión de diferentes razas corresponde al inicio de la Revolución Industrial, que consiguió tantos perros, directa o indirectamente, que llegaron a sobrepasar las necesidades. Los entusiastas de estos animales, incapaces de emplearlos para tareas que ya no estaban disponibles, y al estar prohibido utilizarlos en deportes crueles, como el acoso de toros, persecución de tejones y luchas de perros, no tuvieron otro remedio que encontrar nuevos papeles para ellos. Durante el siglo XVIII se organizaron concursos en las tabernas para premiar a los «mejores perros», y ya en el siglo XIX tuvieron lugar exhibiciones caninas, según unos cánones establecidos. Incluso participó la familia real y en seguida comenzaron a estar en todo su apogeo las crías de perros, los concursos caninos y el establecimiento del pedigrí.

A medida que las ciudades crecían, el súbito florecimiento de los animales domésticos y de los perros de compañía, proveyó a estos urbanistas de un recuerdo nostálgico de la vida campestre. Sacar al perro a pasear por el parque se convirtió casi en el último resto de los placeres rurales para todos cuantos se sentían atrapados en el torbellino de la ciudad. En un medio ambiente con el pavimento de piedra y vallado de ladrillos y mortero, la necesidad de alguna clase de contacto con el mundo natural fue de lo más poderoso, y los perros emprendieron un largo camino para poder satisfacer esta necesidad. Y es algo que siguen haciendo hoy.



## ¿Por qué ladran los perros?

Constituye un error común imaginar que un perro que ladra está amenazando a alguien. Parece estar llevando a cabo un fuerte alboroto dirigido de forma directa a usted, pero esto constituye una falsa interpretación. En realidad, el ladrido es una señal de alarma canina y se dirige a los demás miembros de la manada, incluyendo la manada humana a la que el perro pertenece.

El mensaje del ladrido es: «Aquí está sucediendo algo extraño... ¡Atención!». En el medio salvaje esto tiene dos efectos: el de que los cachorrillos busquen refugio y se escondan, y el de estimular a los adultos para entrar en acción. En términos humanos, es algo semejante a tocar una campana, golpear un gong o hacer sonar un cuerno para anunciar que «alguien se acerca a las puertas» de una fortaleza. Esa alarma no nos llega a decir si los que se aproximan son amigos o enemigos, sino que previene respecto de que hay que adoptar unas necesarias precauciones. Ésta es la razón de que unos fuertes ladridos puedan saludar la llegada de un pariente del amo del perro lo mismo que la intrusión de un ladrón. Una vez ha quedado identificado el recién llegado, los ladridos serán sustituidos o por una amistosa ceremonia de saludo o por un ataque en serio.

En contraste, el verdadero ataque es por completo silencioso. El perro agresivo y sin miedos, simplemente echa a correr hacia ti y muerde. Las demostraciones de los perros policía, que atacan a los hombres que simulan ser criminales en fuga, confirman esto. Cuando el hombre, con el brazo cuidadosamente protegido, echa a correr por el campo y es soltado el perro policía por parte de su cuidador, no se producen ladridos, ni el menor sonido. El silencioso salto del perrazo acaba con rapidez con las mandíbulas clavadas en el acolchado brazo, sujetándolo con fuerza.

La huida es igualmente silenciosa. El perro que trata desesperadamente de escapar, se mantiene en completo silencio mientras se aleja en la distancia. Esencialmente, las vocalizaciones son indicaciones de conflicto o frustración. El hecho de que casi siempre acompañe encuentros agresivos con perros sólo significa que, incluso el más hostil de los canes, está por lo general un poco asustado. El completo silencio del auténtico ataque del perro policía es menos corriente que el ataque con gruñidos. Gruñir con los labios retraídos para mostrar los colmillos constituye algo típico del perro que es muy agresivo pero tiene un poco de miedo. El leve matiz de pavor es lo que convierte al ataque silencioso en uno con gruñidos; pero no se trata de un perro con el que se pueda jugar. El impulso para atacar es aún demasiado fuerte. El perro que gruñe constituye una pesadilla para los carteros.

A continuación, en un orden de miedo creciente está el perro que refunfuña. El que refunfuña tiene más miedo que el que gruñe; pero el riesgo de un ataque sigue siendo aún grande. El que refunfuña puede sentirse aún más a la defensiva; no

obstante existe todavía una gran agresividad suficiente para explotar en un verdadero ataque de un momento a otro.

Cuando el equilibrio se desnivela ligeramente del puro ataque y el miedo avanza un poco más hasta tomar la delantera, los refunfuños empiezan a alternarse con ladridos. El grave gruñido se «expansiona» de repente hasta un profundo ladrido. Esto se va repitiendo: gruñido-ladrido, gruñido-ladrido. El mensaje procedente de un perro así es el que sigue: «Me gustaría atacarte (gruñido), pero creo que pediré refuerzos (ladrido)».

Si el elemento miedo aumenta cada vez más y comienza a dominar la agresión, en el interior del cerebro del can, el gruñido de la exhibición desaparece y sólo se oye el ladrido, muy alto y repetidamente. Esto puede continuar durante un rato irritadamente prolongado, hasta que, o bien se desvanece el elemento extraño que lo ha causado, o la «manada» humana ha acudido a investigar qué ocurre.

La característica principal del ladrido del perro doméstico es que se produce en explosiones tipo ametralladora: gua-gua-gua..., guau-guau-guau-guau-guau..., guau..., guau-guau-guau, etc., en una excitada corriente de potentes ruidos. Esto es algo que se debe a diez mil años de cría selectiva de los perros, y no a los antepasados salvajes de nuestros animales domésticos. Los lobos ladran, pero el ruido que hacen resulta mucho menos impresionante. La primera vez que se oye ladrar a una manada de lobos, se reconoce de inmediato de qué se trata; pero resulta difícil creer que sea algo tan modesto y tan breve. El ladrido del lobo no es alto, ni muy frecuente, y es casi siempre monosilábico. Se puede describir mejor como un sonido en staccato. Por lo general se repite cierto número de veces, pero nunca evoluciona hasta el ruidoso sonido de ametralladora tan típico de sus descendientes domésticos.

Y lo que es aún más curioso, se ha informado de que los lobos que hoy permanecen bastante cerca de los perros acaban aprendiendo, al cabo de algún tiempo, a emitir su largo ladrido. Por ello, resulta claro que no es tan difícil la transición desde un gañido a un superladrido. A pesar de esta habilidad para aprender, parece muy probable que, en los primeros siglos de la domesticación del perro, se produjera una selección bastante rápida por parte de los primitivos dueños de perros para que un «ladrador» mejorado actuase como una alarma contra los ladrones. Partiendo del modesto gañido del lobo, seleccionaron en las camadas a los cachorrillos de un ladrido más persistente y alto, hasta que se desarrollaran los perros de guarda actuales en extremo ruidosos. Hoy, casi todas las razas de perros conservan las cualidades genéticas que les confirieron un ladrido mejorado, aunque, en este aspecto, algunas razas tienden a ser más impresionantes que otras. Sólo el basenji, o perro africano silencioso, parece haber escapado por completo a esta tendencia. Esa raza particular se desarrolló de un pequeño y silencioso perro cazador en el antiguo Egipto, hace ya más de cinco mil años y, al parecer, en su ya larga historia doméstica

jamás se le han encomendado misiones de guardián.

Para resumir, puede decirse que el refrán «perro ladrador poco mordedor» se halla basado en una auténtica verdad. Así, pues, el perro que ladra no es por lo común, lo suficiente valiente como para morder, y el perro que muerde no se molesta en ladrar para pedir refuerzos por medio de la llamada de alarma.

## ¿Por qué aúllan los perros?

Aunque los perros ladran más que los lobos, aúllan menos. La razón de que sea más raro que el perro aúlle, radica en la diferencia entre la vida social del perro doméstico y la del lobo salvaje. La función del aullido es sincronizar y reunir a la manada para la acción. Los lobos aúllan más a última hora de la tarde antes de la partida de un grupo de caza y a primeras horas de la mañana antes de salir otra vez. Los perros domésticos, con la comida servida por sus amos, llevan una vida de perpetuos cachorros, y la necesidad de «reforzar la cohesión de la manada» (dar aullidos es su función oficial) ya no constituye una de sus prioridades. El esparcimiento de la manada que provocan los aullidos, no suele darse entre ellos. La única vez que algo parecido se presenta en la rutina diaria del perro doméstico es cuando un animal es separado a la fuerza de su lugar propio. En ese caso puede llevar a cabo el «aullido de soledad», que tiene idéntica función que el aullido del grupo. Ambos dicen: «Yo (nosotros) estoy (estamos) aquí... ¿Dónde estás tú? Ven a reunirme conmigo (con nosotros)». En estado salvaje, el efecto de este aullar es atraer a los otros miembros de la manada como un imán, e inducirles a unirse a la «canción de la tribu». Los humanos que no responden al perro que aúlla, «al no unírsele», están faltando a sus deberes caninos.



Algunos perros macho que nunca aúllan en circunstancias normales, se sabe que lo hacen en tonos prolongados y melancólicos que rompen el corazón cuando se ven apartados con firmeza de una atractiva hembra en celo. Esto no significa que aullar sea una señal sexual, se trata meramente de otro contexto social en el que el mensaje básico es «únete a mí».

Este mensaje del aullido es tan poderoso que los trabajadores de campo han podido capturar lobeznos empleando aullidos falsos. Instalarse en un árbol e imitar el aullido de los lobos adultos es a veces suficiente para conseguir que los lobitos se presenten tambaleantes para unirse a los que aúllan. Los lobos viejos, no obstante, no pueden ser engañados por esta estrategia, lo cual revela un importante elemento extra en el mensaje de la llamada. Cuando maduran, cada lobo llega a distinguir la identidad individual del aullador. Los trabajadores de campo pueden identificar de esta manera a los diversos miembros de la manada que están estudiando. Existen leves variaciones en la secuencia del sonsonete del aullido, que se convierte en la firma de una tonada personal. Por lo tanto, en este caso el comunicado es: «Soy yo, ven a unirme conmigo». El mensaje pleno puede incluso proporcionar más detalles. Algunos expertos en lobos creen que cada aullido transmite asimismo información

acerca del humor exacto de los aullantes, cuando echan hacia atrás sus cabezas y expresan sus melancólicas voces. Y, dado que el aullido es más común en las fronteras del territorio de la manada, parece existir aquí, además, un elemento de exhibición territorial, haciendo saber a los otros grupos que se halla ocupada una zona en particular y que alberga a una banda organizada.

Resulta significativo que los lobos solitarios, lo que se han alejado de la manada, no se unen a los aullidos del grupo desde sus distantes posiciones. Ni tampoco tratan de unirse de nuevo a su manada original. Pero aúllan por sí mismos de vez en cuando, en los casos en que el resto de la manada está silencioso. Si les responden otros lobos alejados, esto les hace unirse y comenzar una nueva manada en algún otro territorio desocupado.

Volviendo al perro doméstico, queda claro por qué son menos propensos a aullar que sus primos salvajes. No producen actividades sociales. Si los perros domésticos se concentran en grupos grandes que tengan el parecido de la organización de la manada, la costumbre de aullar podría presentarse de nuevo, como ocurre en algunas jaurías profesionales. Asimismo, si los perros se guardan solos, o se mantienen alejados de las perras en celo, o si se abandonan y se convierten en perros callejeros también pueden aullar. Pero el perro doméstico adulto que vive en el calor de una amante familia humana, simplemente, no se siente impulsado a producir el más obsesionante de los gritos caninos. Existe una divertida excepción a esta última afirmación y se refiere a las familias musicales. En los tiempos anteriores a la televisión, cuando las familias se permitían pasar la velada cantando, ciertos perros domésticos interpretaban mal las señales y daban por supuesto que sus amos trataban de «unir a la manada para un esfuerzo concertado». Entusiasmados, responden a la llamada de la caza echando hacia atrás las cabezas y aullando junto con el resto de su manada de adopción, aunque pueden sentirse frustrados por las reacciones negativas que, en general, esto produce.

## ¿Por qué un perro menea la cola?

A menudo, tanto los profanos como los expertos, afirman que si un perro menea la cola se trata de un ademán amistoso. Pero esto no es así. El error es parecido al que comete la gente que insiste en que si un gato mueve la cola es porque está enfadado. La única condición emocional que comparten todos los que mueven la cola, tanto los caninos como los felinos, es un estado de conflicto. Esto es verdad en casi todos los movimientos hacia delante y hacia atrás en la comunicación animal.

Cuando un animal se encuentra en un estado conflictivo se siente atraído, al mismo tiempo, en dos direcciones. Desea avanzar y retirarse; quiere ir a la derecha y á la izquierda. Puesto que cada impulso cancela al otro, el animal se queda donde está; pero en un estado de tensión. El cuerpo, o una parte de él, empieza a moverse en una dirección, obedeciendo un impulso; luego, se detiene y se mueve en la dirección opuesta. Esto lleva a una serie de estilizadas señales en el lenguaje corporal, de diferentes especies. Existen retorcimientos del pescuezo, oscilaciones de la cabeza, inclinaciones de las patas, movimientos de los pies, giros de los hombros, ladeamientos del cuerpo, oscilaciones de la cola y, tanto en gatos como en perros, los tan conocidos meneos de la cola.

¿Qué está sucediendo exactamente en la mente del perro que menea el rabo? En esencia, el animal desea quedarse y también quiere alejarse. El impulso de irse es simple: lo origina el miedo. La urgencia de quedarse es más compleja. En realidad, no existe un impulso sino varios. El perro puede desear quedarse porque está hambriento, amigable, agresivo, o por cualquier otra causa. Ésta es la razón de que sea imposible etiquetar el movimiento de la cola como correspondiente a un solo significado. Se trata de una señal visual que casi siempre hay que leerla en su contexto, junto con otras acciones que están teniendo lugar al mismo tiempo. Algunos ejemplos servirán para aclararlo:

Los cachorros no menean la cola cuando son muy jóvenes. El meneo de cola más temprano registrado se observó en un cachorro de diecisiete días, pero esto fue inusual. A los treinta días, aproximadamente el cincuenta por ciento de los cachorros menean la cola y la actividad alcanza toda su madurez a la edad de cuarenta y nueve días. Se trata de cifras medias, y puede haber alguna variación según las razas. La circunstancia en que aparece por primera vez el meneo de la cola es cuando los cachorros se alimentan de su madre. Al alinearse en torno de su vientre y comenzar la perra a darles de mamar, sus colas empiezan a moverse furiosamente. Resulta sencillo interpretar esto como un «deleite amistoso» por parte de las crías; pero, si fuese así, ¿por qué el movimiento de la cola no se muestra antes, cuando los cachorros tienen,

por ejemplo, dos semanas? La leche era igual de importante para ellos y sus colas estaban lo suficientemente desarrolladas... En ese caso, ¿por qué lo pasaban por alto? La respuesta es un conflicto entre los cachorrillos. Cuando tienen dos semanas, los cachorros se acurrucan juntos para darse calor y sentirse cómodos; pero aún no existe una seria rivalidad. No obstante, cuando ya tienen seis o siete semanas, cuando el meneo de la cola está alcanzando su plena expresión, los cachorros han llegado al estadio social de rebullirse y pelearse. Para alimentarse de la madre deben juntarse más, acercarse a los cuerpos que están mamando y empujándose. Esto origina miedo, pero el miedo se ve vencido por la urgencia de alimentarse de unas tetitas que están poco separadas. Por lo tanto, mientras se amamantan, los cachorros se encuentran en un estado de conflicto entre el hambre y el miedo. Desean quedarse en la teta y no quieren encontrarse demasiado cerca de los otros cachorros. Este conflicto es el que origina en los perros la más precoz expresión del meneo de la cola.

La siguiente ocasión en que esto aparece es en el momento en que los cachorros solicitan alimentos de los animales adultos. Aquí se opera idéntico conflicto. Cuando la cría se acerca a su boca, para buscar allí alimento, se ve forzada de nuevo a estar en íntima proximidad con otros.

Más tarde, como adultos, cuando se saludan tras una separación, añaden el meneo de la cola a las otras señales de entrar de nuevo en contacto. Aquí el sentimiento amistoso y la aprensión se combinan para producir un conflicto emocional. El movimiento también acompaña a los avances sexuales, donde la atracción sexual y el miedo se encuentran simultáneamente presentes. Y, lo que es más importante, se produce cuando se realizan aproximaciones agresivas. En esos ejemplos, el animal que menea la cola, aunque hostil, tiene asimismo miedo: una vez más una situación de estados de humor conflictivos.

La manera de menear la cola varía. En los animales más sumisos, los movimientos son lacios y amplios. En los animales agresivos son rígidos y cortos. Cuanto más subordinado es el animal que menea la cola, más baja la mantiene. El animal confiado la agita manteniéndola erguida por completo.

Si todo esto se percibe al observar a perros (o a lobos) que se encuentran uno a otro en una gran variedad de contextos sociales, ¿por qué el acto de menear la cola ha sido tan a menudo mal entendido y lo han etiquetado como una simple señal de amistad? La respuesta es que estamos mucho más familiarizados con los saludos hombre-perro que con las saluciones perro-perro. Si poseemos varios perros, por lo general están juntos todo el tiempo, pero nosotros y ellos, de forma repetida, estamos partiendo y reuniéndonos cada día. Por lo tanto, lo que vemos una y otra vez es el amistoso y sumiso perro que saluda a su amo, o a su ama, al que considera como el miembro dominante de su «manada». El estado de ánimo que se impone en estas ocasiones es el de amistad y excitación; pero esa atracción se encuentra matizada con

una leve aprensión, que es, de por sí, suficiente para desencadenar la conflictiva respuesta de menear la cola.

Encontramos esto muy duro de aceptar porque no nos gusta pensar que nuestros perros sientan hacia nosotros otra cosa que amor. La idea de que, al mismo tiempo, nos temen un poco, no nos sucede. Pero pensemos en nuestro tamaño, en la elevada talla de nuestro cuerpo, en relación con el de ellos. Nos inclinamos hacia el perro, y este solo detalle ya es algo preocupante para ellos. Añadamos el hecho de que somos dominantes sobre los perros, en diversos sentidos, y que dependen de nosotros para casi todos los aspectos de su supervivencia, con lo que no resultará sorprendente que su estado de ánimo sea de tipo mixto.

Finalmente, además de sus señales visuales, los meneos de la cola se cree que también transmiten señales olorosas. Estamos de nuevo ante algo que nos resulta difícil de comprender, a menos que contemplemos el mundo desde el punto de vista del animal. Los perros tienen aromas personales que se transmiten desde unas glándulas anales. Los meneos de cola tensos y vigorosos poseen el efecto de apretar rítmicamente esas glándulas. Si la cola se encuentra en una posición alta, como ocurre en los perros confiados, su rápida oscilación incrementará la expulsión de los olores. Aunque nuestra nariz humana no es tan eficiente como para apreciar esos aromas personales, poseen un gran significado entre ellos. Esta prima añadida es sin duda la que ha ejercido el papel principal que el simple conflicto de irse o quedarse, reflejado por el meneo de la cola.

## ¿Por qué los perros jadean tanto?

La gente jadea después de correr para alcanzar un autobús, pero ningún ser humano lo hace de forma tan acusada como un perro, el cual puede comenzar a jadear sin realizar ningún movimiento corporal. Si empieza a hacer calor, simplemente abre mucho la boca, saca la lengua e inicia un rápido y pesado jadeo con el que estamos ya familiarizados. Mientras hace esto, se humedece repetidamente su enorme lengua para contrarrestar el proceso de evaporización que constituye la clave del mecanismo de enfriamiento. Los perros acalorados beberán más de lo usual para mantener el suministro de líquido en la superficie de la lengua. Sin este mecanismo, la mayoría de los perros morirían de insolación.

De forma curiosa, nuestros compañeros animales más íntimos, el caballo, el gato y el perro, han desarrollado cada uno un método diferente para mantenerse frescos. Los caballos sudan copiosamente, lo mismo que nosotros. Los gatos se lamen con vigor el pelaje cuando tienen demasiado calor, extendiendo saliva como un agente refrigerante. Y los perros jadean.

La elección del jadeo por parte de los canes tiene que ver, indudablemente, con el espeso manto peludo que llevaban sus lejanos antepasados. Al parecer, en la época en que estaba evolucionando el perro primitivo, era más importante mantener el calor en el tiempo frío que el fresco en el período cálido. Con un grueso ropaje, había muy poco que pudiesen hacer las glándulas sudoríparas para mantener la termorregulación y, por lo tanto, dejaron de ser importantes. Hoy, con tantas razas que tienen un pelaje más delgado, el sudor podría acudir de nuevo en su ayuda para aliviarle durante las horas en las que el sol aprieta; pero los cambios genéticos en el tipo del pelaje no han ido acompañados de una readaptación de su sistema de sudoración. Incluso las razas de perro de piel desnuda, como el mexicano lampiño, que podía muy bien sudar, tienen unas pieles sumamente secas, incluso en condiciones muy cálidas. Se ha dicho que la temperatura corporal de esos extraños perros llega a los cuarenta grados, en vez de la normal canina de treinta y nueve. Pero las pruebas más recientes no lo han confirmado. Al parecer tienen exactamente la misma temperatura que los demás perros, aunque su piel se «nota» mucho más caliente porque está desnuda al tacto. Se cuenta que esta raza la desarrollaron los primitivos mexicanos para ejercer la función de bolsa de agua caliente viva durante las noches gélidas. La ausencia de sudor en la piel en los canes, combinada con una temperatura normal superior a la de los humanos, lo haría ciertamente ideal para ese cometido.



## ¿Por qué levantan la pata los pe?

Todo el mundo está familiarizado con la idea de que, para los perros machos, el hecho de orinar es mucho más que la eliminación de las sustancias corporales no asimiladas. Cada vez que los sacan a pasear, el principal foco de interés radica en leer las señales químicas depositadas en lugares olorosos de distintas clases, dentro del radio de su hogar, por las deposiciones efectuadas por otros perros levantando la pata. Cada tronco de árbol y cada farola es olisqueada con profunda concentración. Luego, una vez leídos cuidadosamente estos mensajes odoríferos, el perro deja su propia marca olorosa, borrando el antiguo depósito con su propio y potente olor.

Cuando son cachorros, tanto machos como hembras se acuclillan para orinar; pero, en la pubertad, hacia los ocho o nueve meses, los machos comienzan a alzar una pata trasera, cuando lanzan su chorro de orines. La pata alzada se mantiene rígida, con el cuerpo del perro ladeado para que la corriente de líquido se dirija a un lado, en vez de caer abajo, a la superficie del suelo. Y es tan poderoso el impulso de llevar a cabo este acto de levantar la pata que, en un paseo largo y lleno de olores, un perro puede quedarse sin orina y verse incapaz de producir una micción. En tales ocasiones, se observa cómo los perros tratan desesperadamente de conseguir unas gotas más para dejar su «tarjeta de visita». Aunque la vejiga está vacía por completo, continuarán alzando la pata, dado que se ha vuelto un acto independiente de la necesidad de eliminar los líquidos corporales.

Y, lo que es aún más curioso, no tiene ninguna relación con la virilidad del macho. Perros castrados antes de llegar a la pubertad comenzarán a alzar la pata a la misma edad que los sexualmente activos. Por lo tanto, aunque se trata de una actividad típicamente masculina, no parece estar relacionada con los niveles de testosterona, como cabía esperar. Pero, aunque no pueda estar «causado» por la presencia de hormonas sexuales, ciertamente dejará mensajes acerca de la condición sexual de los perros interesados, dado que las hormonas sexuales se excretan por la orina. También se encuentran presentes secreciones especiales y personales de las glándulas accesorias masculinas, ya que cada depósito oloroso tiene el valor de una etiqueta de identificación.

Se han dado tres explicaciones al fenómeno de que el macho levante la pata en vez de acuclillarse. La primera, y tal vez la más importante, radica en la necesidad de mantener lo más frescas posibles las señales de identidad. Depositarlas en el suelo las hace más vulnerables a las perturbaciones que «colgarlas» en soportes verticales. En segundo lugar, las acerca a los hocicos de otros perros, haciéndolas más conspicuas y convirtiéndolas en lugares olorosos más accesibles al olisqueo. En tercer lugar, ayuda a informar a los demás perros, a los que recuerda que orinan donde se hallan localizados los mensajes olorosos. Se puede observar cómo un perro se aproxima a

un lugar aislado o a un árbol desde una gran distancia, simplemente para olerlo y luego alzar la pata. En otras palabras, la selección de puntos verticales ayuda a restringir el número de lugares donde pueden encontrarse olores.

Una finalidad secundaria de este sistema de los machos de dejar marcas de olor es que también ayuda al propio perro a identificar el género de otro a distancia, simplemente al observar la silueta de su cuerpo cuando se detiene para orinar. Esta información puede servir luego para tomar decisiones respecto a aproximarse o no.

¿Qué son exactamente los mensajes transmitidos por el olor dejado en los soportes elegidos para orinar levantando la pata? Se han hecho diferentes sugerencias y, probablemente, todas ellas son correctas. La primera idea es que el mensaje es para el mismo perro. Al dejar un aroma personal en toda su región hogareña patrullada convierte en suya aquella zona. Cuando regrese, se olerá a sí mismo y sabrá que se trata de un terreno familiar. Nos sentimos en casa dentro del hogar porque está lleno de nuestras chucherías y pertenencias personales. El perro se siente en casa porque está marcada con los mojones de su territorio que constituyen sus «pertenencias odoríferas». La segunda teoría es que el mensaje va dirigido a los otros perros, para explicarles su condición sexual y su dominio territorial. También servirá para poner los sexos juntos o para expulsar a los otros perros que irruman en aquella demarcación. En contra de esto, se ha argumentado que a los machos les fascinan los olores de otros canes y nunca se alejan de sus mojones odoríferos con temor o temblando. Pero el hecho de que esas marcas no sean directamente amenazadoras no significa que fracasen en su misión de etiquetar aquella zona como «ocupada». En tercer lugar, una modificación especial de esta última idea consiste en que la base real de las marcas de olor radica en compartir el tiempo. Si, en estado salvaje, los grupos de perros tienen que vivir unos cerca de otros, con un mínimo de conflicto, ayuda mucho saber cuándo y con qué frecuencia pasan por allí grupos vecinos. Dado que la fuerza y calidad de las marcas olorosas dependen de su frescura, es posible calibrar la frecuencia con que otros perros patrullan por el área. Compartir las horas en unas zonas en particular puede llegar a ser posible, cuando los grupos se evitan mutuamente en vez de verse implicados en unas confrontaciones directas y tal vez peligrosas. Los estudios realizados respecto a los perros que recorren en libertad un pueblo revelan que emplean, por lo menos, dos o tres horas al día en comprobar todas las marcas de olor de su territorio. Esto les obliga a expediciones diarias de varios kilómetros, y cada punto sellado con un olor que encuentra en su camino es cuidadosamente olfateado y leído, recibiendo sus mensajes más recientes. Aunque esto significa un gran esfuerzo y le ocupa mucho tiempo, proporciona a cada perro del pueblo un detallado mapa perruno de la zona, con información respecto al número de la población canina local, sus movimientos, condición sexual e identidad.

Por lo general, se cree que las hembras nunca levantan la pata, pero esto no es del

todo cierto. Aproximadamente, una cuarta parte de las hembras alzan una pata trasera al orinar, su forma de hacerlo difiere de la del macho. Cuando la hembra alza la pata, la levanta por debajo del cuerpo, en vez de estirla hacia un lado. El resultado es que su orina sigue cayendo en el suelo en vez de quedar depositada en una superficie vertical. De cuando en cuando, supera este problema al realizar una postura bastante rara a la vista, reculando junto a un poste o una pared, y orinando luego con ambas patas alzadas del suelo. En muy raras ocasiones, eleva la pata de la misma forma que el macho.



## ¿Por qué el perro escarba en el suelo después de haber defecado?

Todo dueño de un perro ha observado la forma en que los canes, sobre todo los machos, llevan a cabo varios potentes movimientos de escarbar en el suelo tras concluir su acto de defecación. Se aleja muy poco del lugar exacto en que han quedado depositadas las heces y luego, con fuertes movimientos hacia atrás de las patas anteriores, y en particular de las posteriores, rasca el suelo repetidamente antes de alejarse. Algunas veces esta conducta de escarbar se lleva a cabo tras orinar. Pero es menos frecuente.

La explicación original que se da a esta acción es que se trata de una reminiscencia de la época en que los antepasados salvajes de los perros solían cubrir sus heces igual que hacen los gatos. Se cree que la domesticación ha erosionado la eficiencia de la acción, sobreviviendo hoy simplemente un inútil vestigio del antaño higiénico procedimiento. Sin embargo, esto no es cierto ya que, observaciones recientes de los lobos en su estado natural, han revelado que también ellos llevan a cabo la misma clase de acciones escarbatorias. Por lo tanto, no ha habido una «decadencia» debida a la domesticación.

Otra sugerencia ha sido que los perros, simplemente intentaban esparcir sus heces, ampliando la zona en que dejaban su aroma personal. Algunas especies de animales se dedican a desparramar sus deyecciones; por ejemplo, el hipopótamo, que tiene una cola especialmente aplanada que se mueve hacia delante y hacia atrás, de forma parecida a un abanico, para diseminar sus fuertes deposiciones muy lejos y en un amplio radio. Sin embargo, aunque los perros siempre arañan con sus patas muy cerca de sus heces, al parecer evitan tocarlas.

Esto nos deja dos posibles explicaciones. En primer lugar, se ha observado que, en estado salvaje, cuando los lobos rascan el suelo lo remueven y la tierra se esparce en un área de uno a dos metros, lo cual deja una clara marca visual a lo largo de la señal odorífica. Los perros que rascan en la acera o en otras superficies urbanas duras, donde hoy tantos dueños los sacan a pasear, dejan muy poco impacto visual con su rascado; pero esto, simplemente, es una mala suerte para ellos. En un suelo más natural, sus patas dejarían unas marcas visibles bastante considerables.

En segundo lugar, se ha argumentado que las únicas glándulas sudoríparas eficientes en el cuerpo del perro son las que se hallan entre los dedos de sus pies, y lo que hace el animal no es otra cosa que añadir este olor personal al de las heces. Esta idea tal vez no nos parezca convincente, porque, aunque nuestras narices humanas pueden detectar con bastante facilidad las heces caninas, nuestra respuesta al olor del sudor de los pies perrunos no existe. En el mundo rico en olores de los perros, sin embargo, es muy posible que esta forma adicional de marcas olfativas añada

fascinación a la obsesión canina por darse un paseo. Existen muchísimas probabilidades de que, tanto el factor de olor como el factor visual, desempeñen un papel importante cuando el perro escarba en un medio ambiente natural.

## ¿Pueden los perros mostrar remordimiento?

Muchos dueños de perros alegan que han observado que sus canes se comportan de una forma culpable cuando han hecho algo mal, como si trataran de disculparse por sus desaguisados. ¿Se trata de un caso en que la gente atribuye a los perros unas emociones humanas que realmente no poseen, o son los caninos capaces de sentir remordimientos?

La explicación más obvia de una exhibición desacomunada de sumisión, por parte de un perro que «ha quebrantado las reglas», es que está respondiendo a la creciente ira de su dueño humano. Los perros son excelentes para detectar los «movimientos de la intención», los primeros signos reveladores de que algo está a punto de suceder. El amo que se halla a punto de expresar su cólera, tal vez tense su cuerpo antes de empezar a gritarle al perro, y el animal es capaz de leer esta tensión y obrar de acuerdo con ella. Por lo tanto, si empieza a acercarse sumisamente sin que todavía le hayan reprendido, puede muy bien deberse a que ha captado muy bien lo que está a punto de suceder. Una reacción de este tipo no puede llamarse remordimiento. El miedo es suficiente para explicarla.

No obstante, algunos dueños de perros insisten en que han visto a sus canes portarse de una manera sumisa, incluso antes de descubrirse el «delito». Por ejemplo, un perro dejado solo en una habitación con la puerta cerrada durante demasiado tiempo, puede llegar a dejar un regalito encima de la alfombra o, a causa del aburrimiento, ha roído una zapatilla o un guante, o comete cualquier otra fechoría para entretenerse. Si en el pasado ha aprendido que una conducta así está prohibida, podrá saludar el regreso de su amo con una extraña y excesivamente amistosa muestra de sumisión. Si el dueño no ha tenido aún posibilidad de observar la trastada, no hay forma de que su actitud proporcione al chuchito ninguna pista respecto del «ataque de cólera que se está fraguando». Por lo tanto, la conducta del can es una acción de apaciguamiento originada porque sabe muy bien que ha hecho algo «malo». Esto significa que, en efecto, un perro es capaz de mostrar remordimientos.

Una conducta similar se ha observado en los lobos. A un grupo de lobos cautivos hambrientos se les tiró un gran trozo de carne, de tal forma que lo atrapó uno de los animales más débiles. Este individuo de bajo rango agarró la carne y se la llevó corriendo a un rincón. Cuando se le aproximaron los lobos dominantes se puso a ladrarles y a morderles para defender su posesión. En la sociedad lobuna, una de las leyes de conducta social es que la propiedad de un pedazo de comida deja sin efecto las relaciones de dominio. En otras palabras, no importa lo elevado o lo bajo que sea tu status social; en cuanto tienes una porción de comida en la boca es tuya. Ni siquiera el miembro más poderoso de la manada te la puede quitar. Se trata de lo que se ha denominado «zona de propiedad», que se extiende medio metro desde el hocico

de cada lobo que está comiendo, y dentro de esa zona no se permite la entrada. Los dueños de perros habrán observado un fenómeno similar. Incluso el miembro más insignificante de un grupo de perros de compañía morderá y atacará a los otros si se acercan demasiado cuando devora un trozo de carne o roe un hueso. En el caso de esta manada de lobos hambrientos, los animales dominantes estaban lo suficientemente desesperados como para quitarle el trozo de carne al animal más débil, pero se contuvieron de hacerlo. Sin embargo, cuando se había comido la mitad de la carne, en un momento de descuido, el resto del trozo le fue robado cuando no miraba. Los dominantes se lo zamparon entonces tranquilamente. Una vez que todo hubo acabado, el animal más débil se acercó a los dominantes y les ofreció una acobardada exhibición de actitud sumisa. Cada uno de los «lobos de alto copete» recibió este tratamiento, a pesar de que no mostrasen ninguna amenaza ni signo alguno de agresión hacia el individuo de bajo status. Era como si el que atrapó la carne se sintiese impulsado a disculparse por su primera conducta, y quisiese dejar bien claro que no había realizado ningún reto serio a quienes poseían una categoría superior.

Aunque los dueños de perros pueden estar familiarizados con tales acciones y darlas por sentadas, no obstante revelan una muy notable y compleja aceptación de las reglas sociales por parte del perro. Se trata de una valoración que falta en muchas otras especies, y que se halla directamente relacionada con la mayor vida social de manada de los antepasados salvajes de nuestros perros domésticos.

## ¿Cómo invitan los perros a jugar?

En la mayoría de las especies de mamíferos el ser juguetones se va desvaneciendo cuando los individuos se hacen adultos. Existen dos excepciones notables a esta regla: los perros y las personas. Durante el transcurso de la evolución, nosotros mismos nos convertimos en «monos juveniles», conservando nuestra curiosidad y nuestras ganas de jugar a través de la vida adulta. Esta cualidad es la que nos dio una notable inventiva y se encuentra en el mismo corazón de nuestra historia de asombroso éxito. Por lo tanto, no resulta sorprendente que el animal elegido para nuestra compañía más íntima compartiera con nosotros esa prolongada gana de jugar.

Lo mismo que nosotros somos monos juveniles, los perros son lobos juveniles. De adultos, los perros domésticos de todas las razas siguen siendo inusualmente juguetones, incluso después de haber alcanzado una edad avanzada. Uno de los problemas con que tienen que enfrentarse es cómo indicar a los otros perros, o a las personas, que tienen ganas de jugar. Dado que lo lúdico a menudo implica luchar en broma y en falsas persecuciones, es imprescindible dejar claro que una acción particular es sólo una diversión y que no se puede tomar en serio. Esto se lleva a cabo realizando una exhibición especial de una invitación al juego.

La más popular de esas señales de «juguemos» es la inclinación para jugar, en la que el perro, de una forma muy expresiva, baja la parte anterior de su cuerpo mientras la posterior permanece alzada. Sus patas delanteras se colocan en posición de «esfinge sentada», por lo que su pecho toca, o casi toca, el suelo, en contraste con sus patas traseras que se encuentran estiradas verticalmente. En esta postura, el perro juguetón se queda mirando fijamente a su compañero y realiza pequeños movimientos de sacudidas hacia delante, como si dijese «vamos, vamos». Si el compañero responde, sigue a ellos un juego de persecución, o una lucha fingida. Debido a la forma en que esta persecución o carrera se ha iniciado con la señal especial de jugar, el perseguirse nunca llega a un ataque auténtico y la huida jamás acaba con el perro que se retira con una tremenda mordedura. En realidad, el que persigue y el que huye cambian una y otra vez de situación, intercambiándose por turnos el papel de perseguidor y el de perseguido, y la prontitud con que lo hacen revela que no están atravesando estados de ánimo de agresividad ni de miedo, sino que los fingen. Correr en amplios círculos es algo típico de esta clase de juego.

Se ha dicho que, en su origen, la inclinación al juego constituye un gesto de desperezamiento modificado. Ciertamente es muy similar a la clase de estiramiento de las patas que se observa cuando un perro se despierta y se prepara para volver a la actividad. La idea es que, al hacer una exhibición de «desperezamiento», el animal indica que se encuentra relajado y que el ataque y la persecución que están a punto de empezar, no van en serio. Pero una explicación más probable es, simplemente, que la

inclinación es un movimiento detenido para luego encabritarse, al igual que la postura agazapada que adopta un atleta mientras aguarda que suene el pistoletazo que da comienzo a la carrera.

Existen otras señales típicas caninas de invitación al juego. Una de ellas es la llamada cara juguetona, una expresión que es el equivalente canino de la sonrisa humana y que posee unos componentes similares. Los labios se retraen hacia abajo horizontalmente y no verticalmente. La línea de la boca por lo tanto aumenta de tamaño, con las comisuras de los labios retirándose hacia las orejas. Las mandíbulas se hallan levemente abiertas pero no existe la menor intención de mostrar los dientes. En cierto modo, se trata de lo opuesto al gruñido de un perro enfadado, cuyas comisuras de la boca se encuentran estiradas hacia delante y el hocico nariz se retuerce hacia arriba para mostrar los dientes frontales. Un perro que tiene cara de querer jugar no es en absoluto agresivo.

Otras incitaciones de unirse al juego incluyen golpear con el hocico, dar manotazos y ofrecerse. Los hocicazos se derivan de los movimientos infantiles de empujones que realizan los cachorros al alimentarse en las tetas de la madre. Dar manotazos a, o hacia, un compañero para incitarle al juego, proviene asimismo de la conducta infantil en el momento de alimentarse. Un perro juguetón puede, simplemente, sentarse, mirar al compañero y luego hacer movimientos en el aire con una pata delantera, echándola hacia delante como si saludara.

La señal de «ofrecimiento» es una forma de engatusar a alguien para jugar. El perro trae un objeto, como una pelota o un palo, y se sienta frente a su compañero con su regalo colocado en el suelo entre sus patas. En cuanto intentamos cogérselo, el perro lo atrapa con los dientes y escapa de allí. Si se le persigue, el perro ha logrado lo que quería: ya está uno enzarzado en una pautas de juego. Si nos detenemos, la oferta se realizará de nuevo.

A veces, un perro muy animado, por lo común cuando, tras haber estado encerrado durante un rato, le dejan salir a un espacio abierto, lleva a cabo una exhibición de cabriolas y vueltas, como una señal de que el juego debería empezar. Los movimientos, carreras, giros, saltos, brincos y zigzags son muy exagerados, y suele intercalar entre ellos inclinaciones al juego, rápidamente llevadas a cabo y abandonadas, pues el perro juguetón sigue en sus conspicuas y locas carreras y cabriolas. Este tipo de conducta es a veces usado por los lobos para engañar a su presa. Al bailotear de una manera extraña, fascina a sus víctimas, a las que, de ese modo, se puede aproximar con mayor facilidad. En Norteamérica, durante el siglo pasado, esta estrategia de engaño fue explotada por los cazadores de patos. Alentaban a sus perros, por lo general caniches, a saltar juguetones en un espacio despejado. Tras verles, los patos salvajes no resistían a acercarse más para investigar lo que estaba pasando, y eso era su perdición. A esta forma de atrapar patos se le llamó

«tañido» y a los perros se les denominaba «tañedores». El hecho de que hasta los patos resultaran atraídos revela lo invitadoras que, durante el transcurso de la evolución, han llegado a ser las acciones de los chuchos cuando incitan a jugar.

No obstante, algunos perros jóvenes están demasiado asustados para unirse a sus mayores en un juego de agresiones. Los adultos lo encuentran frustrante e insistirán en provocar a sus compañeros más jóvenes. Una estrategia empleada en esta particular circunstancia es la «exhibición tranquilizadora». Un animal dominante se tira al suelo cerca de los tímidos jovencitos y rueda sobre el lomo en la más pasiva postura perruna. Este acto momentáneo de bajo status consigue que los novatos se sientan mucho más importantes y vayan atreviéndose a acercarse. En ese momento puede comenzar el juego. Esta forma de interacción se observa asimismo cuando un perro adulto muy grande desea jugar con otro muy pequeño. La postura de sumisión del animal mayor es muy efectiva y hace sentirse cómodo al pequeño, con lo que se produce una secuencia lúdica.

Para que los perros jueguen bien de adultos es fundamental que hayan disfrutado jugando con sus compañeros de camada cuando eran jóvenes. Durante los primeros meses de la vida es cuando los cachorros descubren la necesidad de realizar lo que se llama el «mordisco suave». En la primera época, al jugar unos con otros, no refrenan sus mordiscos y sus aguzados dientes originan gañidos y quejidos de dolor. Pero cuando se percatan de que los mordiscos fuertes detienen el juego, aprenden con rapidez a suavizar la presión de sus mandíbulas. Los perros que se han aislado de jóvenes y han quedado privados de su fase de juegos como cachorrillos, a veces se convierten en fuente de problemas cuando son adultos. Al faltarles el mordisco suave lastiman a sus compañeros de juegos y a veces llega a producirse una auténtica pelea. Esos perros son conflictivos en los parques públicos, donde se reúnen los perros para jugar.



## ¿Por qué a los perros macho les gusta que les rasquen el pecho?

Una famosa adiestradora de perros provocó una vez, en la reducida audiencia de un estudio, una carcajada incontrolable cuando, durante un programa de televisión afirmó que era muy importante rascar a un perro macho entre las patas. Naturalmente estaba discutiendo la mejor manera de complacer a un macho al tocarlo. En realidad, existen siete maneras diferentes de establecer un amistoso contacto físico con nuestros perros, y hay algunos intrigantes factores ocultos, que operan según el modo de contacto que elijamos.

Rascar el pecho de un perro, prolongándolo entre sus patas delanteras, resulta muy placentero para él. La razón de esto no es muy difícil de comprender. Cuando monta a la hembra y realiza impulsos pelvianos, su pecho roza contra el lomo de su compañera de un modo rítmico. Al rascarlo con la mano, automáticamente hacemos sonar esos timbres del placer en alguna parte de su mente. Esta forma particular de contacto es, por lo tanto, útil cuando queremos recompensar a un perro macho por algo.

Hacer cosquillas o rascar a un perro detrás de las orejas también parece que le proporciona placer. Tiene asimismo un significado sexual, porque lamer las orejas, olisquearlas y mordisquearlas constituye una parte de los preliminares del cortejo canino.

Empujar un poco a un perro juguetero lo excita en extremo. Esto se debe a que, sin darnos cuenta, nos hemos unido a una pelea lúdica. El perro juguetero salta de inmediato otra vez hacia delante, urgiéndonos a que le empujemos de nuevo para que el juego continúe y se desarrolle hasta llegar a los falsos mordiscos, con el perro cogiéndonos con delicadeza una mano entre sus fauces, o permitiendo que le sujetemos las mandíbulas con la mano. Puesto que todos los movimientos por ambas partes son suaves, este tipo de interacción lúdica sirve para fortalecer el lazo entre amo y perro, lo mismo que sucede entre dos cachorros.

Dar unos golpecitos a un perro es tal vez la forma más común de contacto físico entre animal y dueño. La caricia tiene un significado especial para nosotros, porque se trata de la acción que empleamos cuando abrazamos a los amigos y amamos a alguien de nuestra misma especie. Por lo tanto, acariciar el lomo de un perro, de forma inconsciente nos hace sentir que estamos en contacto íntimo con un amigo muy próximo. Para el perro la recompensa es de tipo diferente. Los perros no se acarician mutuamente en el lomo. En este caso, ¿qué puede significar la acción para ellos? Al parecer, la respuesta es que interpretan la caricia como un contacto tipo «golpe de pata o de hocico». Es algo que los cachorros hacen con el vientre de su madre, y lo que los subordinados realizan con los dominantes. Por lo tanto, para nuestros perros

este tipo de contacto debe ser sumamente gratificante, pues lo interpretarán como un acto de sumisión por parte nuestra; pero como saben que nosotros somos el elemento dominante de su manada, no pueden entenderlo como otra cosa que una exhibición tranquilizadora. A veces, cuando los perros dominantes desean tranquilizar a los inferiores, se acercan a ellos en una postura burlona de sumisión, para que se encuentren a gusto. Esta sensación es la que deben tener los perros cuando los acarician.

Los ejemplares con un pelaje largo y sedoso a veces nos hacen sustituir las palmaditas por la acción de pasarles la mano como si estuviésemos con un gato. Aunque esto tiene menos efecto en ellos, puede recordarles sus primeros días de vida, cuando era un cachorrillo y le lamía la gran lengua de su mamá.

En particular, a los niños les gusta abrazar a los perros y los animales son en extremo tolerantes con ello. La razón de que acepten ese tipo de contacto con tanta presteza se debe a que les recuerda los tiempos en que estaban con sus compañeros cachorros, cuando todos se acurrucaban en un montón para sentirse seguros y calientes, o cuando su madre les cubría con su cuerpo en la antigua guarida.

Finalmente, a muchos perros les gusta que les rasquen a ambos lados de la cabeza, especialmente a lo largo de la línea de la mandíbula. En este contacto, el humano está ofreciendo al animal una acción de consuelo, que a veces realiza para sí mismo. A los perros con graves irritaciones en la región de la boca, especialmente en los dientes, les gusta frotarse los lados de la cabeza contra los bordes duros de los muebles. Si sus dueños les rascan y les frotan en estos sitios, les ahorran un trabajo y lo agradecen.

Lo que a los perros no les gusta tanto es que los laven y los cepillen, cosa que deben soportar si se trata de valiosos perros de concurso. Que le tengan sometido a un cuidadoso baño y a un concienzudo cepillado del pelo es mucho más de lo que el perro puede comprender. Pero, al ser subordinados a su hogar, tienen escasa elección y lo soportan tan estoicamente como si les estuviera tiranizando un perro dominante. Los seres humanos son afortunadísimos al tener como su animal de compañía más íntimo a una especie tan cooperadora y sociable.

## ¿Cómo se porta un perro sumiso?

La respuesta más simple es: como un cachorrillo. En la mayoría de las especies, los adultos débiles adoptan posturas juveniles o llevan a cabo acciones infantiles cuando se ven amenazados por un individuo dominante. Si les falta valor para hacer frente a una amenaza respondiendo con otra, y corriendo así el riesgo de enzarzarse en una disputa seria, recurren al equivalente animal de hacer ondear bandera blanca. El problema consiste en encontrar una acción que interrumpa el estado de ánimo agresivo del atacante. Una manera de hacerlo consiste en adoptar una postura que sea la opuesta de la exhibición de amenaza. Si, en una especie, el agresor baja la cabeza dispuesto para la carga, el animal sumiso inclina la suya; si en otra especie el agresor alza la testa para crecerse, el subordinado se limita a bajar su testuz. Cuando el agresor eriza el pelaje, el sumiso aplasta el suyo; que el agresor se queda en pie, el sumiso se agazapa. Y siempre de esta guisa. Pero éste es sólo uno de los tipos básicos de estrategia de apaciguamiento animal.

La segunda solución es suscitar en el agresor un estado de ánimo que entre en conflicto con su hostilidad, y por lo tanto la apacigüe. Por lo general, los adultos tienen fuertes inhibiciones respecto a atacar a alguien más joven de su misma especie, por lo que una repentina exhibición de conducta de pseudocachorro en un perro adulto puede tener el efecto deseado de bloquear un asalto.

Los perros emplean dos mecanismos, uno para los momentos de sumisión pasiva, y otro para la sumisión activa. En la exhibición pasiva el animal débil no tiene elección. El agresor se aproxima y amenaza. El individuo subordinado se acurruca, tratando de hacerse lo más pequeño posible y luego, si esto no logra detener el ataque, rueda sobre su lomo con las garras colgando fláccidamente en el aire. Repite la conducta de los cachorrillos cuando la madre se les aproxima para lamerlos y, al mismo tiempo, estimularles para que orinen. Cuando tienen sólo unos días no orinan por sí mismos. La madre tiene que tumbarlos con el hocico y luego lamerles el vientre repetidas veces para estimular el flujo urinario. Al adoptar de forma voluntaria una postura así, un adulto sumiso transmite la más poderosa señal infantil disponible en el lenguaje corporal canino. Por lo general tiene éxito y hace desaparecer la hostilidad del agresor como por arte de magia.

La sumisión activa requiere una táctica diferente. Si un animal débil desea aproximarse a otro dominante, no puede hacerlo tumbado de espaldas. Debe presentar una exhibición de mansedumbre como señal de que sus intenciones son por completo pacíficas. Y lo consigue empleando otra acción realizada por los cachorros ante sus mayores. La mejor manera de describirla es como «agacharse con cara lametona». Cuando los cachorros tienen ya un mes, comienzan a pedir comida a los adultos. Y lo hacen levantando el hocico y rozando con él la boca de sus padres. Les lamen la cara

y aprietan la cabeza hasta que hacen salir un poco de comida. La sumisión activa sigue la misma pauta. El problema radica en que el animal subordinado tiene ahora, más o menos, el mismo tamaño que el dominante. Si, simplemente, se acerca al «perro superior» y le lame la cara, el movimiento podría parecer demasiado enérgico. Para evitarlo, encoge el cuerpo hasta quedar casi agazapado y aproximarse así al «nivel del cachorrillo». Luego puede alzar la cabeza hacia la boca del perro dominante y, de ese modo, crear de nuevo la necesaria actitud infantil.

Al adoptar la postura de pedir alimentos, un adulto subordinado puede acercarse a cualquier perro de su grupo social sin arriesgarse a un ataque. Y ello permite a los animales estar cerca unos de otros sin que se desencadenen repetidas peleas.



## ¿Ofrece un perro vencido su garganta al vencedor?

No, no lo hace. La razón de preguntarlo es que el famoso naturalista austriaco Konrad Lorenz armó un gran alboroto con la observación de que, cuando un lobo salvajemente agresivo (o perro) ha vencido a su rival y está a punto de morderle a muerte, el animal más débil vuelve con rapidez la cabeza y expone su garganta. De esta manera, su vena yugular queda a la merced de los grandes colmillos del atacante, y se encuentra, de repente y de forma deliberada, a la voluntad de su asaltante, el cual acepta de inmediato esta versión canina de «tirar la toalla», o «izar bandera blanca» y reprime su salvaje mordisco, mostrando misericordia con el que se ha rendido. Esta caballerosa conducta impresionó a Lorenz, el cual desarrolló toda una teoría respecto a ello.

Por desgracia, era algo que se basaba en una interpretación falsa de la conducta canina. Lo que Lorenz había visto era un animal que giraba la cabeza se quedaba por completo rígido, mientras otro olisqueaba y mordía su hocico. Dio por supuesto que el animal que mordía era el agresor dominante, que deseaba morder al otro pero que se inhibía de hacerlo porque «le mostraban un lugar vulnerable». En realidad, los papeles estaban invertidos. El animal subordinado realizaba una exhibición de sumisión activa: la de los cachorros al pedir alimentos, tratando de persuadir a un padre de que regurgite comida. El animal que volvía la cabeza de una forma rígida era el dominante, que respondía con desdén a la exhibición de sumisión por parte del animal más débil.

En muy raras ocasiones cuando una pelea se pone realmente seria no existe «exhibición de la garganta». La única esperanza para un perro vencido es huir lo más rápidamente posible y todo lo lejos que pueda. De otra forma podrían matarle. Ésta es la causa de que ciertos machos jóvenes se conviertan en proscritos de las manadas de perros asilvestrados (o lobos salvajes). Si han realizado un serio desafío y han sido vencidos por el perro dominante, deben dejar el grupo y tratar de sobrevivir por sus propios medios, o unirse a otros parias de distintos grupos, para formar una nueva manada. En su hogar humano, esos aspectos de la violencia canina tienen escasa significación. El perro superior es su amo, que es demasiado dominante para enzarzarse en una disputa seria. Por lo tanto, para ellos existe una vida de amistosa sumisión, paz y tranquilidad... hasta que llega el cartero. Como extraño, se le considera miembro de otra manada y ello exige un desafío inmediato. Si da la casualidad de que el desgraciado cartero ha leído alguno de los libros de Lorenz, y ofrece su yugular al perro que corre por la senda hacia él, lo más probable es que se lleve una terrible sorpresa.

## ¿Por qué un perro asustado mete la cola entre las patas?

Todo el mundo sabe el significado de esta posición de la cola, pero ¿por qué ha evolucionado este gesto particular en el lenguaje corporal de los perros? ¿Cuál es la causa de que una posición de cola caída esté relacionada con miedo, inseguridad, subordinación y apaciguamiento y exhibición de bajo status, mientras la cola elevada es señal de dominio y alto status?

La respuesta no se basa en la cola en sí, sino en lo que está debajo de ella. Al bajar la cola, y luego curvarla con fuerza entre las patas traseras, el perro rastrero está eliminando de una manera efectiva todas las señales de olor de su región anal.

Cuando se encuentran dos perros de elevado rango, alzan orgullosos sus colas y exponen sus zonas anales para que sean examinadas de cerca. Dado que las glándulas anales poseen olores personales que identifican a los perros individuales, la acción de meter la cola entre las patas es el equivalente canino del humano inseguro que desvía la mirada.

En un perro doméstico solo que vive con una familia humana, esta exhibición no posee una gran importancia, pero donde existe una agrupación social de perros, en que los status relativos y el orden de rango son importantes, sustituye una señal vital que protege al más débil del grupo del más fuerte. Y, como es lógico, es de gran trascendencia en la sociedad de los lobos en estado salvaje. Se puede observar cómo un lobo subordinado al aproximarse a un miembro dominante, baja la cola y la aprieta con fuerza entre las patas traseras cuando pasa cerca del «lobo superior», y luego la alza de nuevo al alejarse de su radio de acción.

Existe una intrigante diferencia entre los perros domésticos y sus antepasados salvajes en relación a esa exhibición. En la cola de todos los lobos, pero no en los perros, existe una glándula precaudal, que puede observarse como un lugar oscuro a unos siete centímetros y medio de la base, rodeado por unos pelos negros y tiesos, esta pequeña parte de la piel está formada por un grupo de glándulas sebáceas modificadas que exudan una secreción grasa. Al igual que las glándulas anales, sólo se vincula a la señalización de olores y su posición en el exterior de la cola resulta significativa. El que se halle colocada donde está, otorga la posibilidad de ofrecer una sustitución a la búsqueda de olores, pues sustituye a la zona anal. Si un lobo se aproxima a otro para olerle por detrás, encontrará una clase de olor glandular si la cola está alzada (la glándula anal) y otra, cuando la cola está bajada (la glándula precaudal de la cola). Esto significa que la señal de olor del lobo es más compleja que la del perro doméstico.

¿Por qué el perro ha abandonado la señal de glándula de la cola y no la posee en absoluto? Todos los demás cambios que han tenido lugar durante el desarrollo de diez mil años del perro, desde el lobo, han sido seleccionados de modo deliberado por los

criadores de perros humanos para mejorar una u otra cualidad en sus animales, acabando el proceso en las numerosas razas que tenemos hoy. Pero la función de la glándula de la cola del lobo no se ha discutido hasta tiempos muy recientes, por lo que resulta muy difícil comprender que se haya convertido en el foco de las tendencias de la raza en los siglos anteriores. Sin embargo, debió eliminarse en un estadio muy temprano porque su pérdida parece ser completa en todas las razas de perros. Se trata de la única diferencia entre lobos y perros que continúa siendo un completo misterio en la actualidad.

Digamos algo más acerca de las exhibiciones de cola alzada y cola bajada de perros y lobos. Aunque la función primaria sea indudablemente la modificación de las señales olorasas, se ha hecho mucho más importante otra de tipo secundario en forma de mensaje visual. Cualquier animal puede observar a distancia, con un simple vistazo, cuál de los dos «intérpretes» es dominante y cuál subordinado, simplemente por sus siluetas. Una ojeada es todo lo que se necesita para comprobar si se ha producido cualquier cambio en las relaciones de status y si un animal más débil está tal vez, al fin, planteando su desafío a otro más fuerte.



## ¿Cómo se comporta un «perro superior»?

La parte principal de la conducta que los dueños ven en sus perros es amistosa o sumisa, porque son los miembros humanos de la «manada» los verdaderamente dominantes. Pero donde varios perros viven juntos es posible observar la forma en que el «perro superior» trata a sus subordinados.

Si el dominio del perro superior es cuestionado, realizará una exhibición de amenaza en un intento de someter al que desputa, sin tener que recurrir a la fuerza. En esencia, la exhibición consigue dos cosas: que el animal dominante parezca más grande y más fuerte, y demuestra la prontitud con que está dispuesto a lanzarse al ataque, en el caso de que fuese necesario. Esto es suficiente para espantar a cualquier rival.

La exhibición de amenaza está compuesta de diez elementos característicos, cada uno de los cuales contribuye con su señal especial de atemorizar al enemigo:

Los dientes se desnudan al fruncir el labio superior y bajar el inferior. Esto expone los caninos y los incisivos, e indica que el animal amenazador está dispuesto a clavárselos a su enemigo.

La boca está abierta, mostrando que el perro se halla preparado para apresar con sus mandíbulas.

Las comisuras de la boca aparecen distendidas hacia delante, todo lo contrario que en las expresiones faciales amistosas, juguetonas y sumisas, en las cuales se echan hacia atrás, en dirección de las orejas. Este elemento de la exhibición de amenaza deja claro que el perro no se encuentra en un estado amistoso, ni juguetón, ni sumiso.

Las orejas se ven erectas y apuntan al frente. Incluso en las razas de perros de orejas caídas, existe un denodado intento por asumir esta posición, la cual le sirve para decirle a su enemigo que se halla en estado de alerta y que escucha con atención para captar cualquier presunto sonido de miedo o de ataque. Demuestra asimismo que el agresor se siente tan seguro que no experimenta la menor necesidad de proteger las orejas aplastándolas.

Existen además las expresiones faciales como elementos de amenaza. El resto del cuerpo se halla también transmitiendo señales:

La cola es mantenida alta, en contraste con la postura de sumisión de la cola entre las patas. Esta postura de cola en alto expone la región anal con sus olores especiales, por medio de los cuales se identifica. Al contrario que la cola baja, que trata de ocultar su identidad. Esto hace saber al animal más débil a quién tiene enfrente.

El cuerpo del individuo amenazador se conforma para parecer lo más grande posible.

Existen zonas especiales eréctiles de pelo alrededor de los hombros, en el lomo y

en las ancas. Todas estas señales de penachos y crestas permanecen hasta el final cuando se realiza la forma más intensa de exhibición de amenaza.

Al mismo tiempo, las piernas están por completo estiradas y, de repente, todo el cuerpo parece terriblemente más macizo y poderoso.

El efecto es resaltado por una mirada intensa y sin parpadeos. Emite un ronco gruñido.

El cuerpo está tan tenso que la cola tiembla en su posición más erguida.

Esta espantosa visión es suficiente para conseguir que la mayoría de los rivales se acobarden y se alejen prudentemente. Se emplea en confrontaciones serias, cuando el animal dominante cree que existe un auténtico desafío a su elevado status. En otras ocasiones, si el estado de ánimo es más relajado, un perro dominante puede ofrecer ocasionales recuerdos de su poder, empleando otros tipos de demostración. Uno de ellos es el amplio ritual en que, de forma deliberada, empuja a un perro más débil que puede encontrarse en pie o echado. El superior se coloca al otro lado del subordinado, como si tratara de bloquearle el camino, y se queda allí rígido durante el tiempo suficiente como para brindar este mensaje: «Controlo tus movimientos». De forma alternativa, puede realizar el ritual de montar que consiste en alzarse y colocar las patas delanteras sobre el lomo o los hombros del animal inferior. Éste es el primer movimiento de montarse para la cópula, pero aquí se emplea en una función que no tiene relación alguna con lo sexual. Es el equivalente canino de decir: «Quedas avisado».

Los otros medios con que el animal dominante hace saber a sus subordinados quién es el jefe son la «amenaza de salto» y la «amenaza de emboscada». Mediante lo primero, el perro hace un movimiento fingido de saltar sobre el enemigo, pero sin preocuparse de llevarlo a cabo. Con lo segundo, se agazapa como si estuviese emboscado, pero deja que su posición sea elocuente para el rival. En ambos casos, el animal subordinado capta el mensaje con gran rapidez y reacciona de acuerdo con ello.

Todas esas diferentes amenazas recuerdan a los perros inferiores el elevado status del individuo superior. Pero no tiene que realizarlas muy a menudo, si los perros viven juntos en el grupo. En realidad, durante la mayor parte del tiempo las relaciones internas son muy organizadas y amistosas. En una especie en que la caza en cooperación era la clave de una evolución con éxito, resultaba esencial que los perros superiores (o los lobos superiores) no fuesen demasiado autoritarios.

## ¿Por qué los perros esconden huesos?

Para comprender por qué los perros domésticos esconden alguna vez los huesos es necesario considerar la forma en que los lobos cazan en estado salvaje. Las presas pequeñas, como los ratones, son acechadas, perseguidas, cazadas por lobos que actúan de manera individual. Al saltar, atrapan la presa bajo la pata delantera. En el momento en que la cogen, muerden deprisa varias veces, tras lo cual es engullida con rapidez. Las presas ligeramente mayores, como los conejos, son tratadas de la misma manera. Si un animal de este tamaño muestra alguna dificultad, lo sacudirá vigorosamente; pero, por lo general, unos cuantos mordiscos es cuanto necesita para matarlo. A los animales de tamaño medio, como una oveja o un cervatillo, les producen la muerte con mordiscos en la garganta. Lo hacen en unos pocos segundos. Con todos esos animales, desde el ratón a la oveja, no existe necesidad de guardar comida enterrándola. Incluso un cervatillo puede ser consumido con rapidez por unos cuantos lobos, pues cada individuo adulto es capaz de tragar hasta ocho kilos de carne de una sentada, y llegar a ingerir veinte kilos en veinticuatro horas.

Sólo con las presas muy grandes, como un ciervo adulto, ganado o caballos, pueden conseguir una reserva de alimentos. No obstante, incluso en dichos casos por lo general dejan la carcasa in situ después de haberse comido la presa por completo, y vuelven después. Pero si la manada de lobos es pequeña y sólo está compuesta por unos cuantos animales adultos, pueden tomar la precaución de arrancar grandes trozos de carne y enterrarlos en el suelo. Esto protege a los alimentos de los carroñeros, especialmente ciertas aves como los cuervos, cornejas y buitres. En los veranos cálidos, también preserva la carne de las moscas y los gusanos. Normalmente, este entierro tiene lugar muy poco después de la muerte, y a veces los pedazos de carne se llevan a la guarida y se depositan allí.

La acción de enterrar consiste en excavar un agujero con las patas delanteras mientras todavía sujetan la carne con las mandíbulas. Cuando la cavidad es ya lo suficientemente honda, el lobo abre las quijadas y deja caer la carne. Luego emplea el hocico para volver a echar la tierra encima del escondrijo. A diferencia del gato, nunca usa sus patas delanteras para llenar el agujero que ha excavado. Una vez el hoyo ha quedado cubierto, realiza unos cuantos movimientos de presión hacia abajo con el morro y luego se va. Regresa al día siguiente, con las patas delanteras, pone al descubierto la carne, la agarra con las mandíbulas, la sacude con fuerza para desprender la tierra pegada a su tesoro y luego lo deja en el suelo y empieza a comérselo.

Volviendo al perro doméstico, resulta ahora sencillo ver qué condiciones deben estar presentes para alentarle a enterrar alimentos. En primer lugar, debe existir un excedente de comida. Un perro hambriento, al igual que sus antepasados los lobos, se

come todo lo que puede. Sólo si queda algo que no es capaz de zamparse, se lo lleva al jardín y lo entierra. La comida para perros comercial, incluso en los hogares en que los dueños sobrealimentan a sus animales, resulta imposible de llevar y de sujetar con las mandíbulas mientras practica un agujero. Por lo tanto, los perros alimentados sólo con alimentos blandos colocados en sus cuencos, nunca tendrán la oportunidad de enterrar nada. Pero si les dan huesos grandes, lo harán porque, al fin, tendrán algo que podrán llevarse y guardar en un agujero.

La razón de que los huesos sean tan populares como objetos que se pueden enterrar, es que, aunque los perros en cuestión no estén sobrealimentados ni tengan un excedente de comida, un hueso de buen tamaño, que no puede romper ni comérselo, viene a equivaler a una pieza alimenticia «que no puede comerse de inmediato». Es esta cualidad de «sobrante» lo que persuade, incluso a un perro hambriento, a enterrarlo.

Algunos perros de compañía, sobrealimentados con comida blanda, realizan un extraño entierro de restos de alimentos. Saben que la comida que queda en el cuenco no deja de ser buena, pero no están hambrientos, por lo que tratan de enterrar todo el cuenco en un rincón de un cuarto. Las acciones de enterrar son sólo fragmentarias en tales casos. Por lo general, el animal lo máximo que llega a hacer son «movimientos de cubrimiento» con el hocico. Esas acciones pueden a menudo empujar el cuenco por el suelo, pero no tienen otros efectos y el perro renuncia pronto. Lo que un perro que hace eso le está diciendo a su amo es que le han dado una comida muy abundante. Para no dejarla a unos imaginarios carroñeros, realiza los movimientos de guardar la comida para otra ocasión.

## ¿Con qué frecuencia comen los perros?

La mayoría de los dueños de perros les dan dos comidas al día, y esto, con agua fresca, es suficiente para mantenerlos saludables, dado que la comida es variada y no se halla limitada a la carne. Los perros asilvestrados y los lobos consumen cierta cantidad de comida vegetal cuando engullen las entrañas de sus presas herbívoras, y los perros domésticos tienen idénticas necesidades nutritivas. Pero una reciente tendencia de darles dietas vegetarianas es bastante peor que una comida compuesta únicamente de carne. El perro es omnívoro, como el hombre, y necesita un menú equilibrado.

Algunos propietarios tienen la extraña idea de que, un día a la semana, los perros deben ayunar. Este régimen de privación de alimentos se basa en el hecho de que, en estado salvaje, los lobos pueden pasar períodos de tiempo considerables sin alimentos de ninguna clase. Se ha llegado a dar el caso de pasarse catorce días sin comer en un medio ambiente difícil. Esos períodos de ayuno son luego seguidos por atiborramientos masivos y una rápida digestión cuando al final se consigue una presa grande. Dado que esta pauta de alimentación se da en la naturaleza, se cree que es su forma preferida de comer, pero esto no es cierto. Si disfrutan de un medio ambiente más rico, con gran abundancia de presas, los lobos comen varias veces al día. El hecho de que sobrevivan a una dieta de atiborramiento, tampoco debe tomarse como una guía para los regímenes alimenticios de los canes.

Resulta valioso recordar que, en nuestros primeros tiempos como cazadores, nuestros antiguos antepasados lograban sobrevivir alternando los atracones con los ayunos durante la mayoría del tiempo. Pero, aunque pudiésemos hoy volver a esta pauta alimentaria sin matarnos, nos conviene mucho más comer varias veces al día, y lo mismo le ocurre al perro.



## ¿Por qué los perros pastores son tan buenos para cuidar del ganado?

Las asombrosas habilidades de los pastores y de sus canes durante los concursos de perros de pastor, en las transmisiones televisadas, siempre fascinan a sus amplias audiencias. Parece existir una misteriosa y casi telepática relación entre hombre y animal. Pero, aunque sus actuaciones son en verdad notables, son en realidad muy explicables en términos de conducta de caza canina. El perro pastor de labor, simplemente, está recurriendo a los instintos heredados de su antepasado el lobo, modificando su antigua pauta de caza para hacer frente a las necesidades del pastor. Esto queda todavía más claro si se tiene en cuenta el comportamiento colectivo de los lobos cuando cazan al acecho.

Verse rodeado por una manada de lobos constituye una experiencia memorable. Incluso con una manada bien alimentada, a cuyos componentes se ha conocido desde que eran cachorrillos, se produce una etérea sensación de que los animales se están abriendo en abanico a tu alrededor. Se percibe en ese momento lo que debe sentir un venado perseguido y a punto de morir. En el mismo momento se comprende, en un abrir y cerrar de ojos, lo que el perro pastor hace cuando conduce a un rebaño de corderos. En su comportamiento, trata de actuar como una manada de lobos compuesta por un solo perro. Las probabilidades están en contra de él. En vez de una sola presa y todo un grupo de depredadores, existen un único depredador y numerosas presas. El pobre perro ovejero debe realizar el trabajo de diez lobos, y no es de extrañar que esos asombrosos canes mueran más jóvenes que otras razas, por lo agotados que llegan a estar debido a su absorbente trabajo.

La razón de que los perros de pastor se fuercen hasta el límite es que, tan pronto se han echado en un sitio, mirando a las ovejas sin perderlas un momento de vista, se percatan de que, para su lupino horror, no hay ningún lobo a su izquierda, ni tampoco a la derecha. Ellos solos forman el antiguo rodeo. Por lo tanto, corretean de acá para allá, saltando y agazapándose, tratando de formar, en todo momento un círculo de lobos. Los instintos lobunos que hay dentro de ellos no les permiten otra cosa.

La estrategia de caza que llevan a cabo se basa en cuatro «instrucciones» innatas. La primera dice: cuando hayas localizado una presa, aproxímate a ella a la misma distancia que tus compañeros de la manada. La segunda afirma: mantente equidistante respecto del lobo que se encuentra a tu izquierda y del que se halla a tu derecha. Unidas, esas dos reglas producen de manera automática un círculo de lobos alrededor de la presa. Si alguna vez has visto a una manada formar un círculo en torno de tu cuerpo, habrás comprendido cómo se interrelacionan esas dos reglas. Cuando el grupo te avista y avanza, puede hallarse formando un cerrado racimo. Luego, al aproximarse, cada lobo se separa de sus compañeros más cercanos.

Continúan abriéndose, pero manteniendo una determinada distancia respecto a ti. El rodeo, que parece algo tan elegante y complejo, es en realidad una maniobra muy simple. El perro pastor, mientras se precipita de una posición a otra en torno a un rebaño de ovejas, marca su propia «distancia clave» respecto a él, y luego procede a ocupar los diferentes lugares de sus ausentes compañeros de manada, uno después de otro.

Un tercer rasgo de la caza por una manada de lobos es la emboscada. Un lobo en particular puede realizarla por sí mismo, separándose de la manada que efectúa el rodeo y manteniéndose oculto para la presa. Tumbado inmóvil en el suelo, aguarda mientras el resto del grupo hace avanzar a la acorralada víctima hacia el lobo en acecho. Este refinamiento de la emboscada constituye también una parte de la estrategia del perro pastor. A veces correrá y se echará, como escondiéndose, muy pegado al suelo, mirando con atención a las ovejas. En este momento es el emboscado, pero cuando el rebaño comienza a moverse, se convierte de nuevo en todo el grupo que realiza el rodeo.

Un aspecto final e importantísimo de la caza de los lobos es el papel desempeñado por el miembro dominante de la manada. Este «lobo superior» es el que inicia los diversos movimientos y decide la selección de una presa en particular. Los otros lobos prestan gran atención a su conducta y siguen a su jefe. Esto evita los desacuerdos que destruirían por completo la eficiencia de la caza. Respecto del ovejero, el pastor es el «lobo superior», y por lo tanto sus mandatos son rápidamente aceptados en los momentos en que deben tomarse decisiones respecto a cómo manipular el rebaño de ovejas.

Existen diez instrucciones específicas que el pastor le da a su perro. Son las siguientes:

¡Alto! (Detén cualquier cosa que estés haciendo en este momento).

¡Al suelo! (Adopta la posición de emboscada y estate quieto e inmóvil frente a la manada sin quitarle los ojos de encima).

¡A la izquierda! (Avanza a la izquierda del rebaño y, si se repite la señal, continúa rodeándolo en esa dirección).

¡A la derecha! (Lo mismo, pero en sentido opuesto).

¡Ven aquí! (Corre hacia el pastor estés donde estés).

¡Adelante! (Acércate más al rebaño, sin tener en cuenta dónde te encuentres).

¡Vuelve! (Apártate del rebaño).

¡Cuidado! (Ve más despacio en lo que estás haciendo).

¡Rápido! (Apresura la acción que realizas).

¡Ya está bien! (Deja de ocuparte de la oveja y regresa al lado del pastor).

Con estas diez órdenes, explotando la pauta de caza del perro, el pastor puede hacer que su perro realice todos los sutiles y al parecer complejos movimientos que precisa de él. Transmite las consignas a través de una mezcla de silbidos, gritos guturales y señales visuales con el brazo.

Resulta interesante que la maniobra más difícil que debe enseñar a sus perros es hacer que se aparte del rebaño para que éste avance, porque eso va contra la conducta de caza del lobo, ya que el lobo dominante, en este caso el pastor, nunca desearía que sus subordinados alejaran la presa de él, si se tratara de un encuentro en el medio ambiente natural. Pero incluso esto es posible con los perros pastor, porque brindan una obediencia total a sus amos humanos.

De vez en cuando, un perro pastor ineficiente se precipitará hacia el rebaño y comenzará a morder las patas de las ovejas, como si comenzara un ataque de la manada contra ellas; pero esto es algo raro. La cría selectiva parece haber desarrollado un tipo de perro, de los que los collies rayados son los más famosos, que poseen una reluctancia innata a continuar sus preliminares acciones de persecución hasta las siguientes fases de la caza: el ataque y la muerte.

## ¿Por qué señala un pointer?

El pointer es una raza especializada de perro de caza que localiza a las presas por el olor. Una vez ha detectado una presa oculta, se detiene sobre sus pasos y adopta una curiosa postura «de apuntar». Baja la cabeza y coloca el cuello hacia delante, en tanto que su cola se queda rígida en posición horizontal. Una de sus patas delanteras se alza a media altura como si fuese a dar un paso. Completamente inmóvil, cual una estatua canina, el animal conservaría esta posición durante horas. Sólo un pequeño temblor o estremecimiento, especialmente en la cola, revela la gran excitación y tensión de ese momento.

Se dice que, en una ocasión, un pointer permaneció de esta manera durante muchas horas; pero en una caza normal, los compañeros humanos del perro muy pronto rompen el encanto al disparar a la presa, cuando ésta huye en busca de una cobertura, lo cual libera al perro de su tensión y lo deja libre para que el rastreo por el olor pueda continuar.

A veces se emplean dos pointers formando equipo. Uno de ellos puede mostrar la dirección de la presa oculta por el ángulo de su señal, pero no le es posible indicar la distancia. Dos pointers, que se fijen en la misma presa desde direcciones diferentes, proporcionan las coordenadas a los cazadores humanos, diciéndoles tanto la dirección como la distancia, y localizando a la infortunada víctima en el sitio exacto.

La conducta de un pointer en una caza parece en extremo artificial, pero no lo es. Cuando los lobos localizan una presa por el olor, los miembros de la manada que van delante se inmovilizan sobre sus pasos y señalan rígidos la dirección del olor. Los demás miembros les siguen, tratando de captar el olor por sí mismos. A continuación se produce una pausa, hasta que todos han determinado la procedencia del olor. Luego, comienzan la segunda fase de su operación de caza. Lo que el pointer está realizando es la pausa del lobo. Lo único extraño en el ejemplo del perro es la forma en que amplía el «momento de inmovilidad». Es esta prolongación de la acción lo que constituye la especialización de esta raza, no el señalar en sí.

Los setters actúan de la misma forma que los pointers; la única diferencia es que, cuando huelen a la presa escondida, se sientan y siguen señalando hacia ella desde su posición sentada. Este nombre inglés del perro setter no es más que una forma anticuada de decir sitter, es decir, sentado.

La acción del setter parece haber tomado prestadas más cosas de las tácticas de emboscada de los lobos que el acto de señalar. Existen fases de la caza en que un lobo en particular correrá en círculo y luego se esconderá tumbado, aguardando a que la presa eche a andar en su dirección. El setter, al parecer, ha «ampliado» este elemento de la caza lobuna y lo ha convertido en la especialidad de su raza.

Los perros cobradores que se precipitan tras la presa abatida y que se la traen a

sus compañeros humanos, están tomando prestado otro elemento de la caza lupina. Los lobos salvajes regresan a la guarida para ofrecer alimentos a las lobas recién paridas, o a los cachorros que son aún demasiado jóvenes para tomar parte en la cacería. Esta útil tendencia a compartir los alimentos es lo que se ha explotado por generaciones de criadores para lograr los desinteresados perros cobradores de las modernas razas de este tipo.

La misma acción de regresar a la guarida con comida es también la base del popular juego de arrojar un palo o una pelota.

## ¿Por qué los perros comen hierba?

Aunque son carnívoros, tanto gatos como perros, ocasionalmente, salen al jardín y mastican tallos de hierba. Por lo general tragan muy poco y parecen más interesados en el jugo de los tallos que en la materia sólida de la planta. En el caso de los gatos, la explicación más reciente de esta conducta es que los animales buscan un importante suplemento vitamínico a su dieta de carne, en la forma de ácido fólico, el cual, como el nombre sugiere, se encuentra en las hojas. Esto es probable que les suceda también a los perros; pero existe otra posible explicación.

Algunos dueños de perros se percatan de que, cuando sus chuchos salen al césped a masticar un poco de hierba, lo hacen tras cierto tiempo de trastornos estomacales, cuando la digestión del animal no ha funcionado correctamente. Después de comer la hierba, suelen regresar a la casa y vomitan los tallos que acaban de ingerir. Alguien ha dicho que esto indica que necesitan más forraje en la dieta, y que es esta carencia de alimentos vegetales lo que les originó los problemas digestivos. Alegan que, al elegir una hierba inadecuada, empeoran las cosas y ello les origina los vómitos.

Otro punto de vista es que, en realidad, lo que quieren hacer es vomitar e, instintivamente, emplean hierba, que no pueden digerir, como emético. Esto parece más improbable, puesto que los perros vomitan con gran facilidad.

## ¿Tienen buena vista los perros?

Los perros tienen buena vista, pero difiere de la nuestra en varios aspectos. Durante muchos años se ha creído que carecían de la visión en color y vivían en un mundo por completo en blanco y negro. Pero ahora se sabe que no es así, aunque el color no sea particularmente importante para ellos. Su proporción de bastoncillos y conos en la retina del ojo favorece mucho más a los bastoncillos que en nuestro caso. Los bastoncillos son útiles para la visión en blanco y negro con poca luz; los conos se emplean para la visión en color. Los ojos «ricos en bastoncillos» de los perros, por lo tanto, están perfectamente adaptados al ciclo diario que favorece el alba y el atardecer como los períodos de mayor actividad. A esto se le llama ritmo crepuscular, y es la forma típica para la mayoría de los mamíferos. Los humanos son desacostumbradamente diurnos, y por ende no son mamíferos típicos en lo que a la visión se refiere.

El pequeño número de conos en los ojos de los perros revela que, aunque no sean tan sensibles al cromatismo como los humanos, son capaces de ver, por lo menos, cierto grado de coloración en su paisaje canino. El gran experto en visión Gordon Walls ha expresado esto elocuentemente: «Para cualquier animal seminocturno y rico en bastoncillos (como el perro), lo más rico de la luz espectral puede, en el mejor de los casos, aparecer sólo como unos delicados tintes al pastel de cierta identidad». Tal vez sea así, pero los matices al pastel son mejor que nada, y resulta agradable pensar que nuestros compañeros caninos pueden compartir con nosotros, por lo menos en cierto grado, la apreciación de los colores mientras paseamos juntos por el campo.

En la luz crepuscular, los perros tienen una gran ventaja sobre nosotros. Poseen una capa de reflexión de la luz denominada *tapetum lucidum* en la parte posterior de sus ojos, que actúa como un mecanismo amplificador de la imagen, y les capacita para hacer mejor uso de la pequeña iluminación que haya en un momento dado. Al igual que en los gatos, que poseen el mismo mecanismo, esto tiene como consecuencia que los ojos les brillen en la oscuridad.

Otra diferencia entre nuestros ojos y los suyos es que son más sensibles al movimiento, aunque menos a los detalles. Si algo permanece erguido e inmóvil a una buena distancia, se convierte en invisible para ellos. Ésta es la razón de que muchas especies de presa se «inmovilicen» y eliminen cualquier movimiento cuando cunde en ellos la alarma, en vez de tratar de huir. Algunas pruebas han demostrado que, si el dueño de un perro se queda inmóvil a una distancia de trescientos metros, el animal no lo detecta. Por otra parte, un pastor que se encuentre a un kilómetro y medio de distancia, al hacer vigorosas señales con las manos es divisado con claridad por su perro pastor. Naturalmente esta sensibilidad al movimiento es de gran importancia cuando los perros salvajes realizan cacerías. Una vez la presa escapa, los ojos del

perro se encuentran en su máximo funcionamiento.

Una ayuda adicional para el perro de caza es su mayor campo de visión. Una raza de cabeza estrecha, como el galgo, tiene un ámbito visual de doscientos setenta grados. Un perro más corriente lo tiene de doscientos cincuenta. El de los perros de cabeza aplastada es un poco menor. Pero siempre es superior al de los seres humanos, que no tiene más que ciento ochenta grados. Aunque esto significa que los perros pueden detectar pequeños movimientos sobre una faja mucha más amplia del paisaje, han de pagarlo con mayor estrechez de la visión binocular, un ámbito que no llega a la mitad del nuestro. Por lo tanto, nosotros juzgamos mejor las distancias que ellos.

## ¿Cuánto oyen los perros?

Con los sonidos de tono bajo, los oídos de los perros tienen más o menos la misma agudeza que los nuestros. No obstante, en los tonos altos el perro nos aventaja con mucho. Nuestro ámbito superior, cuando somos muy jóvenes, es de unos 30.000 ciclos por segundo. Pero desciende a 20.000 cuando somos unos jóvenes adultos y alcanza sólo los 12.000 al llegar a la edad de la jubilación. Los perros poseen un límite superior de 35.000 a 40.000 ciclos por segundo o, según una reciente investigación rusa, llegan incluso a los 100.000.

Esto proporciona al perro la capacidad de oír cierto número de sonidos que para nosotros son ultrasónicos. Si un perro alza de repente las orejas y se pone en estado de alerta, puede que haya detectado el chillido de tono muy elevado de los roedores o de los murciélagos, que es completamente inaudible para nosotros. La evolución de esa audición mucho más sensible se halla con claridad relacionada con las necesidades venatorias de los antepasados de nuestros perros domésticos, que les capacitan para detectar la presencia y movimiento de las ratas, ratones y otras pequeñas presas.

Como consecuencia de este refinamiento de cazador, los perros domésticos pueden hoy reaccionar a pequeñas pistas que hacen que su conducta parezca casi telepática. Los ejemplos más conocidos se refieren a su capacidad para percibir que su amo está a punto de llegar a casa. Mucho antes de que los humanos de la casa puedan escuchar nada, el perro está en pie y alerta, aguardando con ansia en la puerta para saludarle. Si regresa a casa a pie, el perro es capaz de captar su estilo particular de andar y distinguirlo de todas las demás pisadas que se producen en la calle. Si su amo llega a casa en coche, el perro distingue el sonido del automóvil familiar de cualquier otro que pase por la carretera.

Si esas acciones parecen difíciles de creer, debe señalarse que, en estado salvaje, los lobos pueden escuchar un aullido a una distancia de hasta seis kilómetros.



## ¿Cuál es la sensibilidad de la nariz del perro?

En el mundo de los olores y las fragancias el ser humano es una especie inferior. Cualquier perro detecta una variedad interminable de olores con una sutileza y una sensibilidad que está mucho más allá de nuestra comprensión, lo mismo que las matemáticas superiores lo están del perro. No resulta fácil explicar su superioridad de una manera sencilla. Algunas autoridades han dicho que los perros son cien veces mejores que nosotros para la percepción e identificación de olores; otros han llevado esa cifra incluso a un millón de veces; y los hay que han alegado muy seriamente que se encuentra próxima a los cien millones. La verdad es que la comparación sólo puede realizarse respecto a una sustancia química particular. Con cierta clase de olores, los perros lo hacen sólo un poco mejor que nosotros, porque los olores en cuestión carecen de significado para ellos; por ejemplo, la fragancia de las flores. Pero con otras sustancias, como el ácido butírico presente en el sudor, algunas pruebas han demostrado, más allá de cualquier duda, que los perros tienen una capacidad de respuesta, increíble, por lo menos un millón de veces superior a la nuestra.

Los ejemplos de la facultad de los perros para identificar un sudor resultan impresionantes. Existe la prueba del guijarro. Seis hombres cogen y lanzan cada uno un guijarro lo más lejos que pueden. Entonces se deja que un perro huelga la mano de uno de los hombres, después de lo cual encuentra la piedra que ha lanzado y regresa con ella. Sólo en el tiempo de asir la piedra para arrojarla, el hombre ha depositado el suficiente sudor como para que la nariz del perro la pueda localizar. Resulta aún más desconcertante la prueba del portaobjetos. De una serie de portaobjetos uno de ellos es tocado brevemente por la yema de un dedo humano. A continuación se alejan de allí con cuidado los portaobjetos durante un período de seis semanas. Cuando se traen de nuevo para el experimento, el perro sometido a la prueba es capaz de identificar el portaobjetos que fue rozado.

El sudor de los pies humanos parece que es aún más fácil de detectar por la nariz del perro. Los sabuesos siguen una pista que ya tenga seis días y rastrean a una persona hasta ciento sesenta kilómetros. El olor de pies humano es tan fuerte para un perro que es capaz de distinguir por dónde han pasado unos incluso en zonas por las que transita mucha gente. Y todos llevando zapatos.

A causa de esta cualidad, que es posible debido a que la nariz del perro posee los cientos veinte millones de células sensibles al olor, al lado de los cinco millones de los humanos, se ha buscado en muchas esferas la ayuda canina, algunas muy conocidas y otras no tanto. Se empleó a sabuesos para seguir y rastrear a esclavos huidos y, después, a criminales escapados; pero es menos sabido que se hayan usado perros para saber si un par de gemelos eran idénticos o sólo fraternos. Dado que el

olor personal humano se hereda genéticamente, los gemelos univitelinos poseen idéntico olor corporal y los perros no pueden distinguirlos, mientras que los gemelos bivitelinos poseen un olor corporal diferente y pueden distinguirse con facilidad.

Otras tareas confiadas a las narices perrunas han incluido la búsqueda de trufas, la detección de drogas, la localización de bombas y el rescate de las víctimas de un alud, enterradas bajo la nieve. Las tres drogas principales, marihuana, cocaína y heroína poseen unos olores muy característicos, y los perros los huelen aunque hayan sido cuidadosamente escondidas dentro de otros objetos. Los traficantes de drogas han efectuado intentos para enmascarar los mencionados olores, pero han sido descubiertos. Envolver los paquetes de drogas con perfumes fuertes, especias, tabaco, cebollas o bolas de naftalina, jamás han engañado a los perros especialmente entrenados empleados por las divisiones antidroga. En cuanto los canes empleados por los cuerpos de desactivación de bombas no han tenido dificultades para detectar el azufre en la pólvora, o el ácido en la nitroglicerina. En lo que se refiere a distinguir olores extraños, la nariz del perro sigue siendo mucho más eficiente que cualquier máquina construida por el hombre.

Durante la evolución, la presión principal para desarrollar semejantes asombrosas facultades olfatorias fue, naturalmente, la detección de la presa por el olor a una gran distancia. Se ha observado que un lobo advierte el olor de un ciervo a favor del viento a una distancia de más de dos kilómetros. En cuanto el olor del ciervo llega a la manada de lobos, todos los componentes detienen su marcha y apuntan con sus cuerpos directamente hacia la presa. Tras permanecer inmóviles durante un momento, comprobando el olor, se unen, nariz contra nariz y agitando excitados las colas. Luego, al cabo de diez a quince segundos, salen disparados hacia el ciervo y la caza da comienzo. Para unos animales así, en especial los que viven en el helado norte, un agudo sentido del olfato significa la diferencia entre la vida y la muerte. Y es esta refinada habilidad la que han heredado nuestros perros.

## ¿Por qué a veces los perros se revuelcan en inmundicias?

Una actividad canina que origina la desesperación de sus dueños es el impulso que sus animalitos sienten de pronto y les hace lanzarse sobre algún objeto de olor repelente y luego revolcarse sobre él con la mayor despreocupación. Puede elegir una carroña, descubierta por casualidad en un largo paseo por el campo, o un fragmento de boñiga de vaca o de caballo. Se ha sugerido que esto representa el intento por parte del perro de borrar el olor de un rival con su propio olor. Esta interpretación se deriva de la observación de que, cuando un perro ha levantado la pata y dejado una «marca» de orina sobre un poste muy oloroso, cualquier perro que pase después se sentirá impelido a enmascarar el olor anterior levantando la pata y orinando exactamente en el mismo lugar.

No obstante, existe un fallo en esta explicación. El olor personal dejado al frotarse contra un objeto es mucho más débil que el depositado al orinar o defecar. Los objetos olorosos que los perros eligen para revolcarse en ellos tienen un olor particularmente potente y, si la función de la acción fuera enmascararlo sería mucho más lógico emplear la orina y las heces en abundante cantidad. Pero nunca se observa una acción así. Esto deja claro que el perro que se revuelca no pretende con ello enmascarar el fuerte olor de la sustancia, por lo cual debe buscarse otra explicación.

La respuesta más verosímil es que el perro no está tratando de dejar su aroma en el objeto, sino todo lo contrario. Al revolcarse sobre los excrementos de una vaca o los olorosos restos de algún otro animal, como un caballo o un ciervo, el perro cubre su pelaje con el olor extraño. Y esto le provee del perfecto camuflaje para cazar esos mismos animales. Incluso una repelente carroña, aunque su olor no sea parecido al de la presa, confiere al perro un olor menos depredador.

Una interpretación diferente busca en el «autoolor» una forma de hacer llegar la información a los otros miembros del grupo social del perro. Si un perro encuentra los excrementos de una posible especie de presa, se revuelca encima de ellos y luego regresa de su exploración para reunirse con los demás perros, puede estar contándoles su valioso hallazgo, y con ello instigar a una caza en grupo. Es verdad que, cuando un can se ha «perfumado» con excrementos, se hace muchísimo más interesante para sus amigos caninos, aunque le ocurra todo lo contrario con sus compañeros humanos. Sus congéneres lo rodean y lo olfatean con mucha atención, leyendo aquellas excitantes novedades olorosas. Pero no se sabe si, en estado salvaje, ello lleva en realidad a una caza inmediata.

El hecho de que, en experimentos de laboratorio, los perros se revuelquen sobre una amplia variedad de sustancias de fuerte olor, incluyendo cáscaras de limón, perfume, tabaco y basura, ha sido considerado como argumento en contra tanto de la teoría del camuflaje como de la de incitación a la caza. Sin embargo, la explicación

es, simplemente, que los perros caen en una especie de éxtasis de olor cuando encuentran cualquier sustancia de poderoso aroma, sin tener en cuenta su particular naturaleza. Resulta difícil probar o debatir una idea así, por lo que el asunto posee escaso valor. Y conviene recordar que, en estado salvaje, donde evolucionó esta respuesta, el olor más fuerte que suelen encontrar es un montón de excrementos de una especie de presa. Las carroñas o restos de animales muertos no permanecen el tiempo suficiente para empezar a heder. En un auténtico lugar salvaje serían engullidas mucho antes de que esto sucediese. Y los otros artículos, como el perfume y el tabaco, no estaban disponibles para los lejanos antepasados de los canes. Por lo tanto, la reacción del perro moderno hacia ellos puede tener un significado escaso o nulo en términos de supervivencia.



## ¿Por qué los perros arrastran algunas veces el trasero por el suelo?

Se ha sugerido que se trata de un aspecto más de su conducta para dejar marcas de olor, durante la cual el perro deposita en el suelo el producto de sus glándulas anales. Muchas otras especies de carnívoros tienen glándulas productoras de olores en la región anal y algunas de ellas las frotan con regularidad contra los salientes situados en el radio de su hogar. El panda gigante es un ejemplo bien conocido; tanto el macho como la hembra patrullan frecuentemente por su territorio, deteniéndose a menudo a frotar sus ancas contra una piedra o el tocón de un árbol.

No obstante, con los perros domésticos la acción de deslizar el trasero por el suelo no parece que forme parte de una conducta normal y saludable. El examen de los perros que hacen esto revela, por lo general, que tienen obturadas las glándulas anales y esto les causa irritación o dolor. El hecho de arrastrarse por el suelo, al parecer, no está relacionado con las marcas de olor, sino con la búsqueda de alivio para el malestar que les aqueja.

Las glándulas anales son dos órganos del tamaño de un guisante situados a uno y otro lado del recto del perro, más o menos a medio centímetro en el interior del orificio anal. Cada vez que el perro defeca, esas glándulas se oprimen de manera automática y añaden a las heces una sustancia de olor muy fuerte. Aparentemente no existe variación en este olor particular en la época de los cambios hormonales. El mensaje de olor añadido a las heces no tiene por tanto nada que ver con la llamada sexual. Al parecer se refiere tan sólo a la identidad personal: un sistema de etiquetado individual o «tarjeta de visita». En la sociedad humana, identificamos a la gente por fotografías de sus rostros, o si se trata de criminales por sus huellas digitales. También reconocemos a las personas por sus firmas. En los perros, la identidad se manifiesta a través de ese olor especial.

Cuando dos perros de alto status se encuentran, cada uno de ellos pone la cabeza bajo la cola del otro y se huelen mutuamente la región anal. Sus colas rígidamente erguidas, se estremecen un poco, lo cual produce el efecto de oprimir con fuerza las glándulas anales y, de esta manera, exudan una pequeña cantidad de su fuerte contenido oloroso. Ambos perros quedan fascinados por esos olores, que leen con las narices de la misma forma que leemos las caras de los amigos con nuestros ojos cuando nos encontramos. No se sabe cuántos detalles facilita ese olor, o si dice algo respecto al estado de ánimo o de la salud. Pero es evidente que tiene gran importancia en la vida social de los perros. Ésa es la razón de que, si se bloquean las glándulas, ello constituya un desastre para las especiales relaciones públicas de sus propietarios. Y de ahí que el perro que padece una afección en esa zona arrastre por el suelo los órganos defectuosos, haciendo un enorme esfuerzo para tratar de liberarlos de su

bloqueo.

## ¿Cómo trata una perra a sus cachorros recién nacidos?

La preñez de la perra dura nueve semanas. El día anterior al parto, la perra está inquieta y rechaza la comida. Se vuelve más agresiva con los extraños y más amistosa hacia su «familia» humana. Si se le ha proporcionado alguna caja para el nacimiento, se retira a ella poco antes de alumbrar la camada y se tumba de lado, con la espalda contra la pared y la cara frente a la entrada. La respiración rápida se alterna con la lenta, como si el primer nacimiento fuera ya inminente. En cuanto nace el cachorro, su cuerpo puede estremecerse y sus patas traseras se retuercen levemente. Las crías van apareciendo a intervalos, más o menos, de media hora, y después de cada uno la perra efectúa una serie de actos rutinarios, como quitarles el saco vitelino, lamer el cuerpo del cachorrillo hasta que comienza a respirar, morder el cordón umbilical en un punto a unos ocho centímetros del vientre del pequeño, comerse la placenta y luego apretar al recién nacido contra su cuerpo. A continuación descansa, alrededor de la cría, y aguarda la siguiente llegada. Una típica camada de cinco cachorros tarda varias horas en nacer.

En todos los aspectos del nacimiento de las crías y la conducta de la madre se producen idénticos fenómenos que en la gata. Sin embargo, existe una interesante diferencia relacionada con la preparación del lecho en que la madre da a luz. La perra efectúa frenéticos movimientos excavatorios en el suelo de la caja de partos; pero esas acciones no se observan en la gata preñada, lo cual denota una diferencia clave en la conducta de los colegas salvajes de los perros y la de los gatos domésticos. Éstas escarban en tierra cuando entierran sus heces; pero no emplean acciones de excavar o abrir galerías cuando preparan sus cobijos para el parto. El gato salvaje busca hasta que encuentra una cavidad adecuada y ya dispuesta, lo cual constituye la razón de que los gatos domésticos pasen tanto tiempo explorando armarios por toda la casa; pero el lobo excava su propio habitáculo en la tierra. Y es un hogar en verdad impresionante. Por lo general, se localiza en la falda de una colina, cerca del agua, donde exista un buen drenaje, pero también un conveniente almacenamiento de bebida. Normalmente, la entrada de la guarida está debajo de una roca o del tronco de un árbol, lo cual provee de protección contra los derrumbamientos. La entrada en sí tiene medio metro de anchura y conduce a un amplio túnel de hasta cinco metros de longitud, al final del cual existe una cavidad ampliada, donde nacen las crías y pasan las tres primeras semanas de su vida. Algunas cuevas de lobos tienen varias entradas, todas ellas construidas con una gran actividad excavatoria y de removimientos de tierra. Y lo que es más, la loba no queda satisfecha con una sola vivienda. En caso de molestias, construye otra cercana a la que puede llevar las crías en caso de necesidad.

Todo esto resulta desorbitado respecto a una perra doméstica que trata de hacer un agujero en su caja de partos, pero conviene recordar el papel de la casa humana en la

mente del perro. Un hogar típico tiene varias puertas que llevan a través de pasillos a las habitaciones. En términos perrunos, esto significa que toda la casa es una gran madriguera con varias entradas que conducen, por medio de túneles, a unas cavidades ensanchadas. En otras palabras, los humanos ya han hecho la «excavación» para la perra preñada. Lo único que falta es el suelo suavemente curvado de la cavidad de partos. Y esto es lo que la perra intenta rectificar con la única capacidad de excavar madrigueras que aún le queda: el frenético rascado en el fondo de la caja.

Otro rasgo interesante de la perra doméstica que da a luz es la disposición del lecho antes de que se produzcan los nacimientos. Muchos criadores de perros han informado que sus perras desgarran harapos y periódicos si se le han colocado en el fondo de la caja de partos. Se sabe que los lobos no preparan ningún lecho especial en el interior de sus refugios, por lo que, a primera vista parece haber aquí una notable diferencia con el animal doméstico que añade al repertorio de su conducta, algo que le falta a su antepasado.

Cuando todos los cachorros han nacido ya, están limpios y la perra los ha atraído hacia su reclinado cuerpo, el animal descansa y la camada comienza a alimentarse, succionando la primera leche, o colostrum, tan vital para proporcionarles una inmunidad contra las enfermedades. Otra diferencia entre los perros y los gatos hace muy pronto su aparición, puesto que los cachorrillos no parecen tener el mismo grado de «propiedad del pezón» que encontramos en los pequeños felinos, pues cada uno de ellos tiene su propia estación de suministro de alimento; pero los perritos se rigen por el sistema de «come donde quieras». La razón para esta diferencia no cabe duda de que radica en el hecho de que los gatitos tienen unas garras aguzadas y los perritos no. Las riñas entre ellos serían más dolorosas para la madre, y la propiedad de la tetilla evita los conflictos. Para la perra, con una progenitura de garras romas, un arañazo ocasional en busca de una posición no causa el menor problema.



## ¿A qué velocidad se desarrollan los cachorros?

Los cachorrillos, que nacen ciegos y sordos, varían considerablemente en tamaño y peso, según la raza de la madre. Al nacer, un lobezno pesa unos cuatrocientos gramos.

La camada consta como promedio de cinco cachorros. A quienes les gusten las cifras exactas, un análisis de quinientas seis camadas dio una cifra exacta media de 4,92. En casos raros y excepcionales se ha llegado a camadas compuestas por veinte cachorros.

Durante los primeros días de vida, el cachorro pasa el noventa por ciento del tiempo durmiendo y el diez por ciento restante mamando. Ésta es la «fase soñolienta» neonatal.

A los trece días, abre los ojos. Pero en estos datos existen considerables variaciones según las razas.

Por ejemplo, en este estadio, nueve de cada diez cachorros de foxterrier han abierto ya los ojos, pero sólo lo ha hecho uno de cada diez sabuesos. A los veintiún días ya pueden ver los perrillos de todas las razas. Los oídos empiezan a mostrarse activos a eso de los veinte días, momento en que se observa la «respuesta de sobresalto».

Cuando alcanzan las tres semanas, los cachorros tienen ya un peso siete veces superior al del nacimiento, si se han desarrollado de una manera normal. Entran ya en la «fase de socialización», durante la cual su preocupación principal es jugar y llegar a ser miembro de una especie muy social.

A las cinco semanas, los músculos faciales se hallan desarrollados por completo, proporcionando al nuevo ser su valioso repertorio de señales visuales. Al cabo de seis semanas, existe ya una inmadura organización de manada, con algunos desgraciados miembros de la camada sufriendo ataques de sus hermanos y hermanas más fuertes. Transcurridas siete semanas, la perra empieza a tener escasez de leche. Ésta es la mejor edad para que un cachorrillo se venda o se destete, pues podrá adaptarse bien a la vida en un nuevo hogar. No obstante, una vez más existen algunas diferencias según las razas, y en determinados casos habrá que esperar a las diez semanas.

La fase de socialización acaba a eso de las doce semanas y es seguida por la «fase juvenil». El cachorro tiene ya un completo desarrollo social; y, si estuviera en estado salvaje, comenzaría a explorar en serio y tomaría parte en actividades de caza. A las dieciséis semanas, comienzan a salirle los dientes definitivos, y la dentición se completa cuando cumple las veinticuatro semanas.

Cumplidos seis meses, los machos comienzan a levantar la pata para orinar y se hacen sexualmente maduros. La plena madurez sexual tiene lugar entre los seis y los nueve meses, tanto en machos como en hembras, con pequeñas variaciones de una

raza a otra. Algunos individuos son más tardíos, y no llegan a ser plenamente adultos hasta los diez o los doce meses de edad.



## ¿Cómo se destetan los cachorrillos?

Durante las primeras tres semanas de vida los cachorros sólo se alimentan de la leche de la madre. La perra se tumba para amamantarlos y los perritos estimulan el flujo lácteo apretándole el vientre con las patas delanteras al tiempo que succionan. La perra pasa casi todo el tiempo con ellos. Luego, cuando ya tienen entre tres y cuatro semanas, la madre comienza a dejarlos solos durante períodos cada vez más largos, y al regresar, empieza a dejar de gustarle tumbarse en la postura de amamantamiento. Los cachorros, más activos ya, tratan de llegar a sus tetas y, si lo consiguen, la perra les permite alimentarse mientras continúa de pie. A medida que pasan los días, la perra evidencia cada vez más su impaciencia con ellos, y a menudo echa a andar mientras los perritos cuelgan de sus pezones y continúan mamando. Llegados a las cinco semanas de edad, les gruñe si se acercan con intención de alimentarse e incluso puede querer darles un mordisco. Sin embargo, cuando lo hace, siempre cuida de no llegar a tocarlos. El mordisqueo es sólo disuasivo, pero produce un efecto desconcertante en las crías, que quedan conmocionadas al ver que se les niega su ración de leche. Durante las dos semanas siguientes, los perritos pueden conseguir persuadirla para que les alimente de manera ocasional, pero el suministro está llegando a su final, y a las siete semanas, por lo general, se acaba su lactancia. En ese sentido se encuentran ya plenamente desarrollados. Aunque existen algunas perras que continúan dando leche hasta las diez semanas.

Durante la retirada gradual del suministro lácteo, los criadores de perros, como es natural, ofrecen ya a los perrillos cuencos de leche para lamer y alimento especial para cachorros, lo cual es muy conveniente para la perra, que se apresura a aceptar dicha ayuda. ¿Pero cómo se las arreglan, en este proceso de destete los perros salvajes, que tienen una vida muy dura, y carecen de amos humanos? En condiciones naturales, los perros tienen un método muy especial de destete positivo, que equilibra el efecto negativo de la retirada de la leche. Ofrecen alimentos predigeridos a sus cachorros a través de un proceso de regurgitación. Cuando la madre empieza a dejar sola a la camada durante períodos cada vez más prolongados, a la edad de tres a cuatro semanas, se dedica a cazar durante todo el tiempo que se halla alejada de la guarida. Tras matar la presa, ingiere la comida y luego regresa junto a sus hijos. Al llegar, su boca huele a carne y esto estimula a las crías a olisqueársela. Entonces empiezan a lamerle la boca, darle hocicazos, golpecitos en las mandíbulas e incluso a pegarle con las patas en la cabeza. En realidad, se comportan como los pajarillos en el nido, y con el mismo resultado. Sus acciones producen una respuesta automática en la hembra. Por muy hambrienta que esté la madre, no puede dejar de reaccionar a este «pordioseo» de sus cachorrillos, y regurgita su presa medio digerida.

Este acto material de regurgitación provee a la camada del perfecto alimento que

necesitan, teniendo en cuenta que sus dientes de leche están empezando a despuntar y aún no son apropiados para masticar bien. En las semanas siguientes, mientras se agota su suministro lácteo, la madre dará cada vez más alimentos sólidos a sus cachorros en crecimiento, hasta que se convierta en la única fuente de nutrición. Al cumplir las doce semanas, habrán empezado a cazar por sí mismos, aunque esperen siempre una pequeña ayuda por parte de los padres.

Las perras domésticas, que sacan adelante sus camadas bajo supervisión humana, suelen fracasar en esta conducta de regurgitación. Los cachorros seguirán su proceso de destete, y al ser bien alimentados por los dueños humanos, tampoco serán capaces de desencadenar la reacción del regurgitado. Incluso así, la antigua respuesta se presenta de manera ocasional. Los propietarios ingenuos se muestran preocupados por esto y a veces telefonean aterrados a su veterinario, informando que su perra lactante está empezando a vomitar y que debe encontrarse enferma. Mal informados, friegan los alimentos regurgitados para impedir que los cachorros lleguen a tocarlos, por si está infectado el vómito, con lo que impiden a la camada que disfrute de su más natural dieta de destete.

Observaciones de los lobos criados en estado salvaje revelan que el regurgitar alimentos desempeña un papel más importante en la vida social del antepasado del perro. Cuando la loba está en la cueva para parir su camada, ella misma es alimentada por regurgitados alimentarios que le proporciona el resto de la manada. Confinada en su cubil durante los cruciales primeros días de la vida de la camada, sigue nutriéndose de esta manera. Luego, cuando los lobeznos empiezan a destetarse, sale ella misma a cazar para traerles sus presentes predigeridos. Pero no se encuentra sola en esto. Otros miembros de la manada, incluso los machos, hacen lo mismo. En realidad, los machos son sorprendentemente atentos con los lobeznos; realizan viajes hasta de treinta kilómetros para encontrar presas, y luego se apresuran a regresar al hogar para ofrecer la comida a las crías antes de que el proceso de digestión haya avanzado demasiado.

Existen dos refinamientos interesantes en esta conducta de los lobos. Los adultos están preparados para comer carne rancia o incluso putrefacta; pero nunca la ofrecen a sus cachorros. La camada, con sus estómagos más delicados, sólo recibe carne fresca de presas recién matadas. Asimismo, la cantidad ofrecida es cuidadosamente racionada, pues los adultos regurgitan montoncitos de comida separados, asegurándose de que cada cachorro disfrute sin problemas de su porción.

Más tarde, cuando los cachorros hayan desarrollado una buena serie de afilados dientes, los adultos les llevarán grandes trozos de carne en la boca, en vez de tragársela primero y predigerirla. Esto representa a menudo notables proezas de fuerza, cuando por ejemplo, una loba madre lleva a su camada media pata de una gran presa, que ha transportado en las mandíbulas durante más de un kilómetro.

Aunque los perros domésticos parecen los parientes insípidos de sus antepasados salvajes, debe recordarse que, para ellos, sus amos humanos son, simplemente, otros «miembros de la manada», por lo que, cuando esos benéficos compañeros ofrecen a sus cachorros comida adecuada, se trata de un acto perfectamente natural de cooperación. Los miembros de la comunidad de lobos harían exactamente lo mismo. No es para ella nada extraño; por lo tanto, acepta la ayuda humana sin la menor inquietud.

Existe un aspecto final del destete que merece mención especial. En el caso de que encontremos desagradable la idea de regurgitar alimentos, conviene recordar que antes de la invención de alimentos infantiles, las hembras humanas destetaban a su prole de una manera muy parecida. Las madres de las sociedades primitivas tribales masticaban alimentos hasta formar una pasta blanda y luego la transferían, boca a boca, a sus bebés. Digamos, incidentalmente, que esta acción de destete fue la que dio origen al acto humano de intercambiar besos amorosos. Por lo tanto, cuando un perro lame la cara de su amo, el comentario «me está besando» se encuentra más cerca de la verdad de lo que la mayoría de la gente llega a percatarse.

## ¿Por qué los cachorrillos mordisquean zapatillas?

Muchos dueños de perros creen que los cachorros mayorcitos atraviesan una fase en la que son muy destructivos. Tienen como blancos favoritos zapatillas y guantes; pero los juguetes infantiles, los periódicos, las revistas e incluso el correo matinal en el felpudo pueden sufrir sus vandálicos ataques. Aparte de arañar y morder esos objetos, los cachorrillos, se ve que también los zarandean con fuerza, como si trataran de matarlos. Los periódicos quedarán hechos trizas, como si fuesen aves muertas y desplumadas. Algunos dueños se han percatado con exasperación de que, en caso de un ataque al correo, son siempre las cartas interesantes las devastadas, mientras que las facturas quedan irritablemente intactas. Esta observación no es ninguna tontería. Por lo general, las facturas llegan en sobres de color pardo que son menos provocadores para un perro que los blancos.

Aquí se encuentran reunidos varios rasgos significativos de esa edad de los cachorros. En primer lugar, existe un simple juego. Su instinto es explorar todo lo que existe en su entorno. Los perros son oportunistas en el medio salvaje y deben desarrollar un amplio conocimiento de cada objeto de su mundo, si quieren sobrevivir. El animal doméstico puede tener una existencia mucho más segura, pero ha perdido muy poco de su conducta ancestral.

En segundo lugar, existe el problema de la dentición. La definitiva se adquiere entre los cuatro y los seis meses y, en esta época, aparece una creciente necesidad de masticar objetos duros, para ayudar a salir los nuevos dientes. La comida para perros comercial, de tipo blando, no sirve a este respecto, y a menos que se le proporcionen al perro objetos alimenticios convenientemente duros para que los muerda, buscará otros artículos menos adecuados para llevar a cabo esta acción.

En tercer lugar, en la vida de un cachorro que se va haciendo mayor, existe la fase de la «precaza», el momento en que es ya lo suficientemente grande para estar interesado por las presas, pero que no está aún capacitado para capturarlas. Durante ese tiempo, cuando es tan importante una buena nutrición para el crecimiento, los adultos (en un contexto salvaje) traerán trozos de carne al hogar para los más jóvenes. Por ello, el estadio «de la edad avanzada de cachorro» se caracteriza por una época en que los perros grandes (los dueños humanos) van dejando cosas en el suelo para que se las coman los perritos. Por lo tanto, resulta perfectamente natural, y en modo alguno perverso, para un perro joven, fijar la atención en una zapatilla encima de la alfombra o en un paquete en el felpudo y considerarlo un muy bienvenido regalo por parte de los miembros crecidos del grupo. Para un cachorrillo animoso, es a un tiempo intrigante y doloroso que le regañen por mordisquear tales objetos, puesto que hace todo lo que puede para integrarse a la «manada» humana.



## ¿Cómo deben llevar a cabo su noviazgo los perros?

Entre los canes, existe una forma especial de desigualdad sexual. En los humanos, tanto la hembra como el varón son sexualmente activos durante todo el año. En otros muchos animales, machos y hembras pueden llegar a la situación de reproducirse durante un breve período de intensa actividad sexual. Pero, en los perros, el macho se encuentra sexualmente dispuesto durante todo el año, mientras que la hembra tiene sólo dos períodos limitados de celo. Esto significa que los infortunados machos perrunos se pasan la mayor parte del año en estado de frustración sexual.

Y eso no es todo. Cuando llega el tan largamente esperado período de celo de la hembra, la perra pasa la primera fase de éste haciendo honor a su nombre. En realidad, sólo hay unos cuantos días, a principio de la primavera y de nuevo en otoño, en los que aceptará los avances del macho. Por lo tanto, para el afortunado perro macho doméstico que no haya sido castrado por sus dueños, que su amo no le haya vigilado para que no se encuentre con una perra, que no le hayan encerrado cuando una perra del barrio se encuentra en celo, que no haya sido atacado y alejado por los perros rivales, y que no haya sido rechazado por la típicamente veleidosa chucha..., sólo existirán cincuenta semanas al año de frustración sexual. Para los demás habrá cincuenta y dos semanas.

Las hembras también sufren. Si no les han extirpado los ovarios, sus breves celos los puede pasar encerrada, impregnada de productos químicos antisexuales, o forzada a llevar el equivalente canino del cinturón de castidad. Las afortunadas, que tengan por compañero a un buen perro garañón, frecuentemente ven sus amores reducidos al equivalente de «un ratito» en el barrio chino de una ciudad.

Naturalmente, no cabe echar la culpa a los dueños. Si se permitiese que siguiera su curso la sexualidad canina, el mundo estaría infestado de cachorrillos. Y la mayoría de las casas de perros tendrían que matar miles de excedentes de canes cada año. Pero esto no justifica que los detalles del cortejo canino sean menos observados de lo que deberían ser. En el raro caso de que machos y hembras tengan permiso pleno para expresarse sexualmente, esto es lo que sucede:

En el primer estadio del celo, llamado proestro, que significa, literalmente, el prefrenesí, la perra empieza a mostrarse inquieta y errabunda. Bebe más que de costumbre y orina mucho mientras pasea. El olor de su orina produce una gran impresión a los machos. La huelen con ansiedad, alzan la cabeza y se quedan mirando a la distancia en silenciosa concentración, como los catavinos profesionales saboreando una rara cosecha. Muy excitados por esta señal química, empiezan a buscar a la hembra, respondiendo en especial a sus secreciones vaginales, que detectan a gran distancia. Estas secreciones las origina una descarga de sus cada vez más hinchados órganos genitales, y se vuelve sanguinolenta hacia el final del período

proestral. Algunas personas se refieren a ella como «menstruación» de la perra, por razones obvias. No obstante, esto es incorrecto. La menstruación es causada por la rotura del revestimiento del útero tras una ovulación fracasada. En el caso de la perra, la pérdida de sangre se lleva a cabo antes de la ovulación y la originan los cambios en las paredes de la vagina como preparación para la cópula.

Durante este período proestral, que dura unos nueve días, la hembra es tan atractiva al macho a causa de sus olores, que puede ser seguida incansablemente por esperanzados pretendientes. Como aún no ha ovulado, rechaza todos los avances. En esos momentos es cuando se muestra más «perra». Incluso llega a atacar al macho amoroso, lo persigue, le gruñe, le muerde y, en general, le amenaza. En el caso de que sea menos agresiva, huirá de él, o comenzará a girar en círculo cuando el novio intente montarla. Otra estrategia que emplea es la de sentarse en el mismo momento en que el perro muestra un excitado interés por su trasero.

Esto hasta parece un frívolo período de burla del macho. Si la perra no lo acepta, ¿por qué le manda todas esas encantadoras señales de humor? Lo que cuenta para ella es asegurarse de que todos los compañeros potenciales se han enterado de su estado, para no correr el riesgo de que cuando llegue el momento crucial, se encuentre sin ninguno. La ovulación se presenta con toda exactitud el segundo día del período estral. Uno o dos después, la perra estará dispuesta para ser fertilizada. Si los machos se hallaran ausentes, tendría que aguardar otros seis meses para tener su próxima oportunidad.

El período estral propiamente dicho dura unos nueve días. Las pérdidas de la hembra comienzan a aclararse y ser más aguadas, indicando que la vagina está preparada para el apareamiento. Ahora comienza el apropiado cortejo. La primera conducta de la perra desaparece y se crea una nueva pauta en que corre hacia el macho. Luego, se retira, corre de nuevo hacia él y se aleja... En el caso improbable de que el perro ignore esta invitación, la perra hace cabriolas a su alrededor, le da golpes con las patas delanteras e incluso puede llegar a montarlo. Por lo general, no necesita hacerlo porque el perro la persigue y, por lo general, la correteante pareja se junta y empiezan a examinarse mutuamente el cuerpo. En primer lugar se produce un intenso olisqueo nariz contra nariz y tal vez algún lametón de orejas. Después viene el mutuo olfateo del trasero, con el macho desempeñando el papel principal, mientras efectúa una comprobación final de su estado sexual y de su llamativo olor. Tras esto, el perro suele ponerse al lado de la perra y descansa el mentón en su lomo. Si la perra se queda inmóvil y no se aleja, el perro se da la vuelta y la monta, a partir de lo cual da comienzo la cópula.

En este procedimiento, la hembra está muy lejos de mostrarse pasiva. Si se encuentra en el punto culminante de su celo, y el macho es un perro que le gusta (e incluso en este estadio puede seguir pensándose), hará todo lo posible por ayudarle

a conseguir su objetivo. Tras «inmovilizarse» para él, le puede dar una señal de invitación específica para que la monte, que consiste en mover la cola hacia un lado para exponer sus genitales. Si el macho reacciona y la monta, puede tener dificultades para encontrar su objetivo. Comienza a realizar impulsos pélvicos sobre una base de acierto y error, un poco hacia arriba, un poco hacia abajo, un poco a la izquierda, hasta que la perra mueve cuidadosamente su trasero, un poco arriba, un poco abajo, un poco a la derecha, y, hábilmente, corrige la puntería del compañero. Si, mientras el macho copula, le coge a la perra el cogote con las mandíbulas (lo cual no ocurre siempre, pero sucede de cuando en cuando), la perra no presenta ninguna objeción.

En casi todos los aspectos, esta conducta del cortejo, si se permite que se desarrolle, es el mismo que el del antepasado salvaje del perro, el lobo. La domesticación ha cambiado muy poco en la secuencia sexual. No obstante, la extensión del cortejo ha quedado drásticamente reducida en relación a la cópula, especialmente en el mundo de los perros garañones de pedigrí y de las perras de concurso. En una manada de lobos, por ejemplo, se ha observado que, de un total de mil doscientos noventa y seis cortejos, sólo se producían treinta y una cópulas completas. En los apareamientos de pedigrí pueden existir ocasionales rechazos; pero la mayoría de los encuentros están tan bien organizados, y los perros interesados tienen tanta experiencia, que casi siempre llevan a una feliz conclusión.

La razón de esta baja probabilidad de éxito (2,4 %) en el cortejo del lobo radica en que, en estado salvaje, las preferencias por la pareja son mucho más fuertes. Machos y hembras tal vez no formen parejas monogámicas de por vida, pero existen intensos agrados y desagradados sexuales, lo cual significa que los pretendientes desafortunados pueden llevar a cabo una exhibición de cortejo sin esperanzas y por completo inútil. Resulta difícil saber si se desarrollarían unas preferencias similares en un grupo de perros domésticos que se asilvestrara y formasen una manada independiente. Es muy probable, puesto que la domesticación, al parecer, ha alterado poquísimas cosas en este aspecto.

Los únicos cambios importantes que parecen haber ocurrido durante el proceso de domesticación son los referentes a la duración de las temporadas. Las lobas jóvenes entran en celo por primera vez hacia los veintidós meses, un año más que la típica perra doméstica. Disfrutan sólo de una época al año, por lo general en marzo, mientras que la perrita tiene otra en otoño. Y esos dos períodos anuales son mucho más irregulares en su presentación.



## ¿Por qué la perra y el perro se «pelean» durante el acto del apareamiento?

Uno de los rasgos más extraños de la sexualidad canina es «el quedarse enganchados». Después de que el macho ha montado a la hembra y llevado a cabo algunos impulsos pelvianos, se percata de que le es imposible retirarse de la perra. La pareja perruna parece haberse quedado pegada. Aunque forcejeen por separarse, no pueden conseguirlo. Deben quedarse desesperadamente «unidos» de esta forma durante algún tiempo, con un aspecto muy vulnerable, antes de que, al fin, logren individualizarse. Entonces, se lamen los genitales y se quedan relajados.

Durante muchos años, los expertos en canes han estado intrigados respecto a la función de este elemento peculiar en la conducta de apareamiento de los perros. Algunos han admitido con franqueza que no veían en esto la menor utilidad. Otros han efectuado locas conjeturas, en lugar de admitir su derrota. Antes de considerar sus explicaciones, conviene examinar más de cerca lo que sucede cuando el macho se empareja con la hembra.

Una vez la hembra ha señalado al macho que la monte, éste la sujeta con las patas delanteras e intenta insertar su pene. En esta fase, el pene se encuentra sólo en un estado de semierección. El perro realiza unos cuantos impulsos pélvicos vigorosos y logra la introducción. Mientras sujeta el cuerpo de la hembra con sus patas delanteras, aprieta el pecho, y algunas veces también el mentón, contra el lomo de la perra. Ésta se queda inmóvil, con la cola echada hacia un lado, facilitando la entrada del pene del can.

El macho lleva entonces a cabo, con las patas traseras, un muy característico movimiento de pisoteo, balanceando su parte posterior de un lado a otro. Con esos impulsos balanceantes, su pene se hunde cada vez más en la hembra. En la base de su pene existe una hinchazón llamada el *bulbus glandis* que, una vez ha entrado en la hembra comienza a hincharse. Ahora está erecto todo el pene. Al mismo tiempo, la vagina de la hembra queda fuertemente constreñida. Unida la hinchazón del macho y la compresión de la hembra, se crea el poderoso bloqueo o «atadura». Una vez se ha producido, hay unos cuantos movimientos pelvianos más y el macho eyacula.

En este momento, por lo general, descabalga, colocando sus patas delanteras en el suelo a lo largo del cuerpo de la hembra. Como sus genitales continúan trabados, se queda en una extraña y retorcida postura. La corrige levantando una de las patas traseras por encima del lomo de la hembra. Se da la vuelta y la pareja queda de pie, unida, pero cada uno en una dirección. Pueden permanecer quietos de esta forma durante el resto de la trabazón, o bien comienzan a forcejear. Tal vez la hembra decida alejarse, en cuyo caso el macho se resistirá y se producen gemidos y lloriqueos. Si la pareja es molestada o acosada, pueden dar vueltas e incluso caerse en

sus intentos de separarse, pero la ligazón sigue por lo general firme. A pesar del hecho de que pueden causarse mucho dolor durante esos forcejeos, no existen pruebas de que queden lesiones permanentes en sus genitales.

Las autoridades difieren en sus observaciones de cuánto dura la trabazón. Cinco minutos es uno de los períodos más breves registrados; pero, por lo general, las cifras son mucho más elevadas: se ha informado en diferentes casos que ha durado, quince, veinte, veinticinco, treinta, treinta y seis, cuarenta y cinco y setenta y cinco minutos, llegando incluso a las dos horas. El período más frecuente parece que va de veinte a treinta minutos y las duraciones mayores son rarísimas. La trabazón concluye cuando el pene del macho comienza a perder su plena erección y puede al fin retirarse.

Ésta es la pauta de conducta y vamos a enumerar algunas de las pasadas explicaciones que se han ofrecido: en primer lugar, existe la teoría de que la trabazón ayuda a reforzar la unión emocional entre el macho y la hembra. La idea es que, al prolongar el acto del apareamiento, éste se convierte en algo más personal y deriva en la formación de un vínculo de pareja. Es cierto que el macho y la hembra, si les es permitido, llegan a ser más íntimos después de la cópula y de experimentar la trabazón, pero es muy poco probable que este proceso, por lo general doloroso, de estar trabados impotentemente durante algunos minutos lleve a una aproximación más íntima del perro y la perra. Es posible, pero sería muy raro.

En segundo lugar, se ha supuesto que la trabazón haga la cópula más cómoda para el macho. Parece probable que un comentario de este tipo sólo pueda proceder de alguien acostumbrado a «matrimonios arreglados» entre buenos garañones perrunos y perras de pedigrí, donde se aísla a la pareja de los otros perros y sus dueños les calman. En unas condiciones así, el macho y la hembra pueden, simplemente, permanecer juntos y tranquilos hasta que se acabe la trabazón, dando la impresión de que descansan. En circunstancias más naturales, con perros salvajes, perros de parque, chuchos callejeros, o lobos, estar enganchados es algo que queda muy lejos de ser pacífico y da la impresión de una profunda incomodidad, por lo menos durante parte del tiempo.

En tercer lugar, se ha planteado la extraña sugerencia de que la trabazón es un mecanismo defensivo que da a la pareja que se aparea una «unión profunda», que ningún otro animal puede interferir. Cualquiera que haya observado una de estas uniones en una manada de lobos, apreciará que la trabazón hace al macho en extremo vulnerable. Existe escasa coordinación entre sus movimientos y los de la hembra, en el caso de que se acerque un animal dominante.

En cuarto lugar, se ha alegado que este lazo impide que el semen se salga de la hembra. Pero no se explica por qué una perra debería estar tan mal diseñada como recipiente del esperma del macho.

Una explicación mucho más aceptable ha emergido recientemente a partir de

experimentos de inseminación artificial, y ya sabemos lo que tiene lugar dentro del sistema reproductor de la pareja que copula. En vez de una simple y sola eyaculación de la clase que resulta familiar a los humanos, el perro atraviesa por tres fases distintas. La primera fase tiene lugar entre treinta y cincuenta segundos. Esta eyaculación inicial la constituye un fluido claro y sin espermatozoides. Durante la segunda fase, que va de los cincuenta a los noventa segundos, la eyaculación es espesa y blanca y contiene mil doscientos cincuenta millones de espermatozoides. La fase tercera y última consiste en una cantidad mucho mayor de eyaculación, de nuevo un líquido claro y sin esperma. Se trata de líquido prostático que se seguirá produciendo mientras dure la ligazón. Obviamente, la función de la prolongada unión es conferir al macho tiempo para producir este último fluido que se desparrama por el tracto femenino reproductor y activa el esperma que acaba de ser depositado en él.

Por lo tanto, conocemos ya el misterio de que los perros se queden pegados. No se trata de algo que siga a la eyaculación, sino algo que la acompaña. Dado que la eyaculación humana es tan breve, nos hemos equivocado al pensar que el perro se porta de la misma manera. La idea de que un perro eyacule durante media hora, nos parece algo muy extraño. Ciertamente resulta difícil de comprender por qué el proceso de la inseminación canina ha de ser tan molesto y prolongado. Pero, como es así, la ligazón tiene sentido: es la manera infalible de asegurarse de que la entrada del esperma se ha producido con éxito.

## ¿Por qué algunos perros tratan de copular con la pierna de su amo?

Muchas personas han experimentado el embarazoso momento en que su perro, de repente, se ha aferrado en torno a su pierna y ha empezado a realizar vigorosos impulsos pelvianos. ¿Por qué esos perros se embarcan en una actividad tan comprometida?

La respuesta es que los perros pasan a través de una fase especial de socialización cuando son cachorros, durante cuyo tiempo establecen su identidad. Este período crítico dura desde la edad de cuatro a doce semanas, y cualquier especie que comparta este tiempo con ellos, en una íntima y amistosa proximidad, se convierte en su especie. Para todos los perros domésticos siempre ha habido dos especies presentes durante este estadio crucial de crecimiento: los perros y los humanos. Como resultado de ello, se convierten en «híbridos mentales», fuertemente unidos a ambas especies. El resto de sus días siguen mostrándose a gusto tanto en la sociedad canina como en la humana. Los miembros de su familia humana sirven muy bien como una «manada» de adopción. Comparten sus alimentos, su guarida, salen a patrullar juntos por su territorio, juegan con ellos, se muestran indulgentes ante su vida social; llevan a cabo las ceremonias requeridas de saludarse y, por lo general, se aprestan a desempeñar el papel de perros compañeros. La sociedad de los perros y la sociedad humana hacen buenas migas. Esta relación sólo se rompe en lo que se refiere al sexo.

Afortunadamente, existen algunas poderosas respuestas innatas implicadas en la atracción sexual canina, que por lo general sirven para mantener a los perros situados en lo correcto. Dado que los humanos carecen de la particular fragancia erótica del perro, casi nunca desencadenan las respuestas sexuales de los machos que comparten sus casas. Y en lo que a los perros se refiere, ven a las personas como «miembros de su manada, que no se encuentran nunca en situación sexual».

Todo debería marchar bien; pero, por desgracia, para la mayoría de los machos, el encuentro con perras en celo es un suceso muy raro en sus vidas domésticas. Se va formando un nivel de frustración sexual, e incluso la gata familiar empieza a parecer apetitosa. En este punto, un perro excitado tratará de montar cualquier cosa que se quede quieta el tiempo suficiente, incluyendo gatas, otros perros, cojines y piernas humanas. Las piernas humanas son atractivas porque resultan fáciles de aferrar. La elección de una pierna en lugar de otra parte más apropiada de la anatomía humana, se debe, simplemente a la rara forma de las personas, tan diferentes a los perros. Son demasiado grandes y de superior estatura, y la pierna es la única región fácilmente accesible para un avance sexual de último recurso.

La respuesta correcta a un perro que te aferró la pierna es de compasión más bien que de cólera. Somos nosotros, a fin de cuentas, los que hemos condenado a esos

perros a una anormal existencia de célibes. Un rechazo cortés de sus insinuaciones es todo lo que se necesita, no un airado castigo que, a veces, es desmedido.

El comentario acerca del interés del perro por el gato de la familia no pretendía ser ninguna broma. Algunos perros frustrados sexualmente pueden tratar de copular con gatas, pero esto sólo sucede cuando los animales han crecido juntos desde pequeños. Una relación íntima con gatos jóvenes durante la fase crítica de desarrollo del cachorro, simplemente incluye a los felinos en el grupo de «mi especie» en la mente del can. Un cachorro que, durante la fase de socialización, haya jugado, de cuatro a doce semanas, con: a) otros cachorros de la camada; b) el gatito familiar, y c) los dueños humanos, tendrá un triple apego que le durará toda la vida.

Existe otra cara de la moneda en este proceso de afectividad. La ausencia de una especie durante el período de socialización en el desarrollo del cachorro significará que ésta habrá de evitarse más tarde. Y es algo que se aplica incluso al cachorro de la propia especie. Si un cachorrillo es separado de su madre antes de que se le abran los ojos y los oídos, supongamos que cuando cuenta una sola semana de vida, y es cuidadosamente aislado, se apegará mucho a los humanos, pero se mostrará siempre tímido con los otros perros. Por ello es un gran error retirar tan pronto a un cachorro de su familia. Por ejemplo, si ha ocurrido un desastre, se ha muerto la madre y ha sobrevivido un solo cachorrillo, conviene en ese caso, tratar de tener otros cachorros y perros alrededor de la cría mientras se la amamanta artificialmente, para que se acostumbre a la compañía de su propia especie durante su crítico período de crecimiento.

Si dejamos a un cachorrillo en el seno de su propia familia canina, pero por completo apartado de los humanos hasta que cumpla las doce semanas, nunca se mostrará cariñoso ni amistoso con las personas. Cachorros criados en el campo, en una granja experimental, donde no han tenido un contacto íntimo con la gente hasta que la camada tuvo catorce semanas, se convirtieron en animales salvajes. Por lo tanto, no es verdad que el perro doméstico sea un animal «genéticamente domesticado». La creencia de que los lobos son «más salvajes» e indomesticables que los perros es también incorrecta. Un lobezno apartado de su madre en un estadio lo suficientemente juvenil se convierte en un compañero muy cordial, hasta el punto de que la mayoría de las personas, al verle dando un paseo con collar y correa, imaginan que se trata de un perro grande. En una ocasión, un lobo adulto domesticado fue llevado de Inglaterra a Estados Unidos en el Queen Elizabeth, registrado como pastor alemán, sin que se produjera ninguna sospecha. Todos los días era sacado a pasear por cubierta y lo acariciaban tanto los pasajeros como la tripulación, que hubieran quedado aterrados de haber sabido su verdadera identidad.

## ¿Por qué los perros quieren dormir en la cama de sus amos?

Muchos propietarios de perros han sufrido porque un perro de compañía pide que le dejen dormir en la cama. Los perros falderos a veces ganan esta batalla, pero si un gran danés lo consigue, la cosa puede terminar en la disputa de la custodia en un tribunal de divorcios. ¿Por qué se muestran tan deseosos de pasar la noche cerca de sus amos?

La respuesta es que, en cierto modo, nunca se desarrollan más allá del estadio de cachorro. Porque, incluso como adultos, ven a sus amos humanos como seudoparientes, y consideran una pretensión muy natural querer tumbarse cerca del cuerpo de su «madre». El concepto de «madre» no tiene por qué corresponder a una mujer. Si el perro está más apegado al hombre de la casa, será él quien se convierta en la madre de adopción y, por tanto, el objeto deseado para estar en contacto con él en la cama. De una forma o de otra, ello puede representar una considerable dificultad en las relaciones maritales y, en algunos casos, tanto literal como legalmente, ha conducido a que se separe un matrimonio.

Incluso si, a través de un estricto adiestramiento, el perro de la familia es apartado de la cama, seguirá queriendo dormir lo más cerca posible de su «manada». En estado salvaje, una vez han abandonado el cubículo de la camada, los lobos jóvenes prefieren dormir relativamente cerca unos de otros. Sólo a un individuo que haya sido expulsado de la manada se le verá dormir a cierta distancia del grupo. De esto se infiere que un perro mantenido rígidamente apartado de sus dueños humanos por la noche, puede llegar a sentirse como un proscrito de su manada de adopción. Donde hay un grupo de perros de guarda o jauría de sabuesos, esto no presenta el menor problema, como es natural, porque los animales tienen la compañía de una madre. Pero si hay un solo perro viviendo en una casa, le será difícil comprender por qué lo destierran a la hora de irse a la cama, manteniéndolo a la fuerza apartado de sus compañeros humanos. Al final, la mayoría de las familias llegan a su propio compromiso, permitiendo que el perro esté lo más cerca posible del dormitorio, sin que se convierta en un estorbo para los que duermen en la cama.



## ¿Por qué ciertos perros son tan difíciles de controlar?

La mayoría de los perros domésticos se acomodan muy bien a la vida familiar; pero, de cuando en cuando, surge un macho que se convierte en un ser perturbador. Muerde a los visitantes sin que exista provocación alguna; se orina en la casa y, tozudamente, se niega a obedecer las órdenes. Cuando sale a la calle, es él quien lleva a su amo a pasear en vez de ser a la inversa. Se para cuando le viene en gana y anda cuando le apetece. Todos los intentos para hacerle avanzar con la correa son vigorosamente resistidos. A la hora de comer, ignoran el cuenco de la comida y tienen que ser tentados con delicadezas especiales. ¿Cómo puede un animal doméstico desarrollar ese tipo de personalidad?

La respuesta es penosamente obvia, aunque los dueños de tales perros se niegan a aceptarla. El hecho es que, a los perros de esta clase, se les ha permitido convertirse en los miembros dominantes de su «manada». Cada lobo macho trata de conseguir este status en una manada salvaje, y los perros domésticos no son diferentes. Los humanos tienen una gran ventaja sobre sus perros en el pulso por el dominio, porque físicamente son mayores, pero si se les consiente demasiado, pueden querer optar por la jefatura de la manada. Si vencen en una confrontación tras otra, llegarán a la conclusión de que son, en realidad, el individuo dominante del grupo. Esto no quiere decir que existan luchas auténticas con sus amos. Simplemente, se puede vencer en una confrontación porque el perro se las arregla para imponerse a sus compañeros humanos cuando desean que haga una cosa y el perro insiste en hacer otra. Tras una larga serie de «victorias» de ese tipo, el can considerará que es el dominante y comenzará a obrar en consecuencia. Esto incluye orinar dentro de la casa para mostrar que es su territorio, y tomar todas las decisiones cuando se sale a dar un paseo. Esta conducta no es anormal. Es perfectamente natural para el animal jefe llevar la iniciativa siempre que la «manada» está de «caza». Por lo tanto, no puede entender por qué sus decisiones acerca de echar a andar o detenerse son desafiadas. Asimismo, uno de los deberes de su jefatura es defender a sus subordinados (es decir, sus compañeros humanos) contra ataques de extraños. De ahí sus agresiones al cartero, al lechero y a otros visitantes que llegan a la puerta.

Algunos adiestradores expertos son capaces de curar a esos perros difíciles a través de un amaestramiento disciplinario, para que vuelvan de nuevo a ser miembros subordinados de la manada. Pero si se pone demasiado énfasis en la disciplina y la obediencia, el resultado es un perro servil y sin carácter, de una clase sumisa y poco atractiva. El secreto es aspirar a un feliz término medio: equilibrar la autoridad del amo con la mayor libertad posible del perro.

## ¿Por qué los perros tienen garras?

Las garras son los restos de los primeros dedos de los pies de los remotos antepasados de los perros. Cuando los miembros de la familia perruna comenzaron a especializarse como corredores, durante el transcurso de la evolución, sus patas se hicieron más largas y sus pies disminuyeron de cinco dedos a cuatro. Los primeros dedos desaparecieron también de las patas traseras de los perros salvajes; pero los de las patas delanteras sobrevivieron como vestigios que ya no tocaban el suelo.

Este diseño da a los lobos una impresionante marca de velocidad: más de sesenta kilómetros por hora, registradas en varias ocasiones sobre distancias de hasta medio kilómetro. Y se han medido saltos individuales de casi seis metros. También es muy notable la resistencia en distancias largas. Los huskies, la raza más cercana a su antepasado el lobo, tiran de un trineo durante más de ochocientos kilómetros, en un tiempo total de ochenta horas.

Al especializarse en correr, tienen que sacrificar otras cosas. La habilidad de los perros para trepar y saltar empeoró a medida que mejoraba su capacidad para la carrera. Pero su incrementada velocidad y mayor vigor en la caza le hicieron alcanzar suma eficiencia y permitieron a los perros salvajes sobrevivir a escala mundial, desde los cálidos trópicos a las zonas heladas.

Por lo tanto, las garras debieron desaparecer, como una muestra de la evolución de los cánidos hasta atletas de pista. Pero en ese caso, parece extraño que muchas razas de perros domésticos estén invirtiendo la tendencia. Parece lógico suponer que los perros actuales que se han apartado de sus antiguos antepasados caninos, los lobos o los dingos, deberían haber perdido todas sus garras, los «pulgares» de las patas delanteras, siguiendo en esto a los «dedos gordos» de las traseras, caídos en el olvido. Pero, en vez de ello, lo que ocurre es todo lo contrario.

Muchas razas de perros modernos tienen presentes las cuatro garras. Las de atrás no son nunca tan sólidas ni están tan bien unidas como las delanteras y, por lo general, no consisten más que en un hueso suelto y una garra flojamente conectados con el pie por medio de un pequeño pliegue de piel; pero, incluso así, representan un leve retroceso en la evolución del perro. Las razas con esos pies traseros con garras, por vestigiales que puedan ser, están más cercanas, en este aspecto por lo menos, a sus antiguos antepasados caninos. ¿Por qué ha tenido lugar esa vuelta a una morfología primitiva?

La explicación se encuentra en el proceso denominado neotenia; la supervivencia de características infantiles en los animales adultos. Esto es lo que les sucedió a los perros durante los diez mil años de su cría controlada por el hombre. En efecto, se han convertido en lobos juveniles. Pueden hacerse grandes; pero conservan casi todas sus pautas de conducta adolescentes, como ser retozones, querer jugar y obedecer a

un seudopadre: su amo humano. También conservan gran cantidad de rasgos anatómicos juveniles, como las orejas colgantes que se ven en muchas razas actuales. Conservar esas garras de más constituye una parte de dicho proceso. Podemos haber creado una gran cantidad de rasgos extremados en las diferentes razas modernas; sin embargo, son en cierto modo, animales más primitivos que el competente lobo, del cual todos derivan. En otras palabras, cuando decidimos convertir al lobo en perro, atrasamos y adelantamos a un tiempo el reloj de la evolución.

Resulta interesante comprobar que los criadores de perros han sentido, de forma intuitiva, que algo iba mal con esas garras supernumerarias, y aconsejan que se les deben quitar a los cachorros al cumplir los seis días. Lo consideran una «tendencia no especializada» y, en consecuencia, lo corrigen. La excusa dada es que, si se permite la permanencia de esas garras vestigiales, pueden quedárseles enganchadas en cualquier parte y romperse. Si tenemos en cuenta que están a los lados de las patas y por encima del suelo, llegaremos a la conclusión de que se trata de un accidente poco probable y que es una excusa muy trivial; pero el apremio inconsciente a «refinar» las patas del perro es lo bastante fuerte como para dejar de lado la lógica. Excepto en ciertas razas específicas, como el Briard y el perro pastor de los Pirineos, que deben conservar las garras vestigiales traseras para cumplir con los cánones.

## ¿Por qué algunos perros se persiguen la cola?

Con bastante frecuencia, vemos a un perro dando vueltas en círculo a gran velocidad, persiguiéndose la cola. Cierra las fauces al huidizo apéndice y luego continúa su acalorada persecución, girando como un molino, dando a veces tantas vueltas que llega a quedarse mareado y desorientado. Para el observador humano, lo que empieza siendo una travesura divertida por parte del perro, y que semeja una sencilla pauta lúdica, llega a veces a resultar perturbador. Comienza a parecer un estereotipo convertido en una anormalidad de la conducta en vez de un juego rítmico. Por desgracia, esto no está muy lejos de la verdad, porque el acto de perseguirse la cola es, por lo general, una dolencia de los perros que se han mantenido en unas condiciones antinaturales y aburridas.

Los perros son seres sociales y les gusta mucho explorar. Si se les priva de compañeros, tanto caninos como humanos, o si se encuentran en un medio ambiente constreñido o monótono, llegan a sufrir. El peor castigo mental para un perro es que le dejen solo en un espacio bastante reducido donde nada cambia. Esto rara vez sucede con los perros domésticos, a menos que sean lo bastante desgraciados como para caer en manos de unos amos crueles. Pero los perros salvajes de los zoos se han visto a veces alojados en unas jaulas pequeñas, adosadas y vacías, condenados a una pena de cadena perpetua de confinamiento solitario. La observación de dichos animales ha revelado que, con frecuencia, desarrollan «tics» y acciones estereotipadas, como morderse las patas, la cola, retorcer el cuello, pasear y otras pautas de perturbada conducta repetitiva. A veces, esos tics se hacen tan salvajes que los perros se muerden con fuerza en su propia carne y se producen auténticas llagas. Este autocastigo pudiera parecer destructivo, pero tiene el efecto de proporcionarle unos estímulos agudos en un mundo que se ha vuelto un insoportable limbo de aburrimiento. El acto de perseguirse la cola es una forma típica de esa clase de conducta.

También se observa en un cachorro que ha sido aislado de sus compañeros de camada. Se lo han llevado a una casa nueva y de repente le han privado de los rudos juegos típicos de una animada camada, y por lo tanto debe buscar nuevas formas de estímulo. Si sus amos no juegan con él lo suficiente, el cachorro encontrará difícil empezar un «juego»; y, en ese momento, la cola se convierte en el mejor «compañero» disponible. Esto no es malo en sí, siempre que sus vueltas no lleguen a ser una obsesión convulsiva. Muchos cachorros solitarios lo hacen durante cierto tiempo y luego abandonan este hábito. Sólo cuando persiste en la edad adulta indica un defecto en el medio ambiente del perro, y una enorme necesidad de relación social y de aventuras. Por lo general, se corrige simplemente, cuidando esos aspectos de la vida del animal.

La única excepción a esta regla es cuando un perro sufre de alguna incurable irritación en la zona de la cola, como glándulas anales inflamadas o un persistente dolor a causa de una cola mal cortada.

Pero, en tales casos, es probable que se den unas respuestas más específicas, como arrastrar el trasero y mordisquearse la cola.

## ¿Por qué los perros de algunas razas son tan pequeños?

Sean cuales sean sus orígenes, las razas pequeñas de perros continúan siendo hoy populares porque constituyen unos sustitutos ideales de los niños. Los perros grandes son compañeros perfectos para las caminatas largas y realizan de modo satisfactorio el papel de subordinados obedientes cuando se «levantan», se «sientan» y «buscan». Sin embargo, carecen de las importantes cualidades infantiles. En sus ganas de jugar y amistosidad pueden resultar juveniles, pero no se parecen en nada a un bebé. Para suscitar sentimientos maternales en sus dueños, los perros deben transmitir una serie especial de señales, los de razas pequeñas cumplen esa función de modo perfecto.

Para comprenderlo, es necesario considerar las propiedades infantiles del bebé humano que más llaman la atención a sus amorosos padres. Para empezar, sólo pesa una fracción del adulto: unos dos kilos y medio al nacer, siete a los cinco meses y unos diez a los doce. Esto, y su pequeño tamaño, hacen que sean fáciles de coger, llevar y acunar. Su cuerpo es más redondeado y menos anguloso que el de los adultos humanos y más suave al tacto. Tienen el rostro más plano, los ojos proporcionalmente mayores y la voz muy aguda.

Dejando a los bebés humanos y volviendo a los perrillos, resulta claro que todos cumplen con las normas del encanto infantil y que ciertas razas, como los pequineses, satisfacen con creces la demanda. En lo que respecta al peso corporal, la totalidad de los perros se encuentran dentro de tres grupos. Aunque se trata de cifras aproximadas, son los siguientes:

Perros con el peso de un recién nacido humano: chihuahuas (2 kg.), terrier maltes (2,5 kg.), pomeranios (3 kg.), terrier Yorkshire (3,5 kg.) y griffon (4,5 kg.).

Perros con el peso de un niño de cinco meses: pequinés (6 kg.), shih tzu (7 kg.), spaniel rey Carlos (7,5 kg.) y doguillo (8 kg.).

Perros con el peso de un niño humano de un año: dachshund (10,5 kg.) y perro galés (11 kg.).

Tales canes tienen el peso inicial adecuado para que un «padre» humano los coja y los lleve en brazos. Muchas de esas razas son más redondeadas y suaves que las de perros grandes y se convierten en el objeto perfecto para acariciar y acunar. Casi todos ellos poseen caras más chatas que los perros mayores, y algunos han sido sometidos a crianzas selectivas para producir aplanamientos muy extremados que se aproximan al perfil del cuerpo humano. El griffon, el doguillo y el pequinés se incluyen en esta categoría. Y algunos de ellos tienen los ojos grandes y saltones tan

típicos en el recién nacido humano. Debido a su reducido tamaño, tienen las voces mucho más atipladas que las razas de gran alzada.

Si juntamos todo esto, es evidente que las razas de perros más pequeños, de los que sólo hemos mencionado unos pocos ejemplos, no pueden dejar de transmitir poderosas señales infantiles a sus amos, cuyas innatas respuestas paternas son automáticas, haciéndolos más amorosos, protectores y emocionalmente apegados a sus animalitos domésticos. Esto no encierra ninguna crítica a tales relaciones. Algunas autoridades se han mostrado contrarias a esa prodigalidad de amor sobre miembros de otra especie. Les parece que el cuidado paterno humano debería dirigirse, exclusivamente hacia los niños humanos y no «desperdiciarlo» en otras partes. Curiosamente, las personas que mantienen semejantes puntos de vista no son, por lo general, buenos padres. Es probable que su culpabilidad les haga sentir de esa manera. La gente que entrega su afecto a los perritos son casi siempre los que han sido buenos padres con sus niños, y poseen un excedente positivo de amor paternal que desean continuar expresando, o quienes, por una u otra razón, no tienen niños propios. En tales casos, la relación entre el dueño humano y los perritos puede llegar a ser muy estrecha.

Algunas de las razas más pequeñas, parecen haber empezado como perros de compañía, pero otros se han ganado sus diminutas proporciones por diferentes razones. Los terriers, por ejemplo, como su nombre indica son «perros de tierra», criados originariamente como excavadores de sabandijas. Poseer un cuerpo pequeño resultaba esencial para este cometido y se ha dicho que el terrier ideal sería un perro que «pudiera entrar con mucha furia en una madriguera». Pero, luego, tras haber sido criado para este menester tan práctico y laborioso, los terriers han sido convertidos en perros de exposición y de compañía, y muy pronto encontraron en su disminuido tamaño una gran ventaja para ocupar puestos más cómodos.

## ¿Por qué algunas razas de perros tienen las patas cortas?

Existen para ello dos causas distintas. Una es que los perros que deben excavar en busca de presas que viven bajo tierra necesitan que sean así. Los dachshunds son un clásico ejemplo de canes de este tipo. Su nombre significa, literalmente, «perro tejón», la raza que se desarrolló en Alemania para perseguir a los tejones en sus madrigueras y atacarlos allí. Varias clases de terriers han visto sus patas acortadas genéticamente por la crianza selectiva, gracias a animales con tales deberes excavatorios en su mente.

Otras razas, como los pequineses orientales, han visto reducidas sus largas patas como parte del proceso de «conversión en bebés». A causa de su función de perro de compañía para actuar como sustitutos de los niños, no sólo se han hecho más pequeños, sino que también se acortaron las patas lo suficiente para permitirles tener la atrayente torpeza de un pequeñín humano. No pueden saltar grácilmente por el suelo, pero anadean con la seria concentración de un niño que comienza a andar, tratando de hacer frente al complicado asunto de ir de un punto a otro.

Dado el menor atractivo atlético de los perritos-juguete paticortos, se deduce de ello que cualquier raza de perro de patas cortas, aunque desarrollada originariamente para obtener excavadores, poseerá una gracia especial como perro de compañía. Por esta razón, muchas de las razas de terriers se han hecho muy populares en una función no laboral, lo mismo que los dachshunds. A pesar de su incapacidad física genética, en lo que se refiere a correr y perseguir, han conservado el mismo espíritu de lucha y entusiasmo por la vida que cualquiera de los perros grandes. Sus cuerpos pueden tener patas cortas, pero no son cortos en energía ni decisión. Para los dueños de animales domésticos, esta combinación de personalidad de perro grande junto a su torpeza física que le hace dar pasitos, es lo que confiere a dichas razas su especial y valioso encanto.

## ¿Por qué muchas razas de perros tienen las orejas caídas?

Las orejas caídas solo aparecen en los perros salvajes cuando son muy jóvenes. En los perros domésticos son, por lo tanto, una característica juvenil que se ha conservado en la vida adulta. Éste es uno de los muchos detalles que confirman que el perro es un «lobo infantilizado». Pero muchos perros domésticos tienen, como el lobo, orejas erguidas, por lo que resulta claro que las orejas caídas no son un rasgo inevitable en el proceso de domesticación. ¿Por qué, pues, han sido conservadas y alentadas en numerosas razas de perros?

Al parecer existen tres respuestas a esta pregunta. En primer lugar, un resultado claro de poseer orejas colgantes es que la capacidad para detectar la dirección del sonido queda deteriorada. Cuando un perro de orejas erguidas se encuentra a la escucha de los ruidos distantes, tuerce y gira sus grandes y erectas orejas para localizar el menor murmullo. Los canes de orejas lacias pueden seguir siendo capaces de oír extremadamente bien; pero su facultad de establecer la dirección exacta de un ruidito no podrá nunca ser tan buena. Se afirma que este punto débil fue desarrollado de una forma deliberada en varias razas de perros de caza que se suponía que actuaban guiados por la vista o el olfato, y se temía que se distrajeran por los sonidos sin importancia que se produjesen en la lejanía. Naturalmente, las orejas más caídas de todas pertenecen al mayor experto en olfatear: el sabueso.

Una segunda razón para las orejas abatidas es el aspecto sumiso que confieren a sus portadores. Todo el mundo sabe que los perros feroces tienen las orejas erguidas, fieramente erectas, y que un perro subordinado las agacha, dejándolas casi planas sobre la cabeza como una señal de reconocimiento de su bajo status social. Aunque esta diferencia de posición no haya sido concienzudamente analizada, existe, sin embargo, la indefinida sensación de que, en cierto modo, un perro de orejas gachas es menos salvaje que otro que las tenga inhiestas.

Finalmente, existe una ventaja antropomórfica. Los humanos no tienen orejas erguidas que sobresalgan por encima de la parte superior de la cabeza, pero a menudo llevan un cabello largo que les cae sobre ellas. Esto significa que las orejas muy largas y caídas se parecen, superficialmente, a la melena humana. En las razas de pelaje sedoso, como el podenco afgano, el pelo de las orejas es tan largo y suave que les da una apariencia humanoide y, por lo tanto, son más atractivos para sus propietarios.



## ¿Por qué a algunas razas de perros les cortan la cola?

El hecho de que muchos criadores de perros sigan insistiendo en cortar las colas a sus cachorros de pedigrí, a pesar de la hostilidad cada vez mayor de un amplio y creciente sector de críticos, requiere alguna explicación. ¿Quién comenzó tan extraña práctica y por qué esta forma particular de mutilación se cree necesaria o agradable?

Ante todo, ¿qué es exactamente cortar la cola? Se trata de la eliminación quirúrgica de toda o parte de la cola del perro, por lo general realizada con un par de tijeras aguzadas cuando el cachorro tiene sólo cuatro días. La piel de la cola es sujeta con fuerza por encima del punto en que la cola va a ser cortada, y se pega hacia el cuerpo del cachorro para que, una vez realizada la amputación, exista un leve excedente de piel que caiga hacia atrás, cubriendo el extremo del muñón. Esto reduce la hemorragia y acelera la cicatrización. La perra es apartada de las proximidades de la operación para que no oiga los gritos de sus cachorros. Una vez les han cortado las colas, los pequeños regresan con la madre y, en la mayoría de los casos, les lame los muñones y luego los deja para que sigan mamando. En algunas raras ocasiones, los cachorros mueren del shock o por una hemorragia excesiva; pero la mayoría sobrevive y muy pronto siguen chupando de las tetas.

Se ha estimado que, en Gran Bretaña, en los últimos tiempos, se les corta la cola cada año a cincuenta mil cachorros; a pesar de la oposición de la Sociedad Protectora de Animales y Plantas, que ha hecho una activa campaña para que se declare ilegal esta operación; del consejo del Real Colegio de veterinarios cirujanos, que describe el hecho de cortar la cola como «una mutilación injustificada»; del Consejo de Europa, que insiste en la actualidad en la prohibición de las operaciones «no curativas» en los perros, y del gobierno británico, que respalda la declaración del Consejo de Europa. En este asunto se hallan implicadas más de cuarenta razas, desde el grande y antiguo pastor inglés hasta el diminuto terrier Yorkshire.

La razón dada por los criadores de perros para continuar su «bárbara costumbre», como se definió ya en 1802, es que los cánones de los concursos de los perros en cuestión exigen las colas cortadas y que sin este rasgo especial sus cachorros jamás tendrían la menor oportunidad de convertirse en unos valiosos campeones. Bajo la renovada presión para cambiar esta situación, un club oficial de jaurías ha declarado hace poco en público que el corte de la cola debería declararse voluntario y que no había que penalizar a los canes en ninguna exposición por tener la cola completa, sin tomar en consideración los cánones de los concursos. Por lo tanto, las razones usuales de la moda, la belleza y la configuración de la raza, ya no van a encontrar respaldo oficial ni siquiera de las autoridades rectoras de los concursos de perros, dejando arrinconados a los impenitentes grupos de presión que pugnan por seguir seccionando las colas de los perros. En su desesperación, han buscado otros argumentos en favor

de que se les corte el rabo a los canes. Durante un debate público, dos criadores de perros expusieron su opinión de que la costumbre de cortar la cola prevenía del deseo de evitar que sus perros se hiciesen daño en ella durante el transcurso de las peleas que pudieran tener a lo largo de sus vidas. Esto es como argumentar que a los hombres habría que cortarles los pies de jóvenes en previsión de que alguna vez pudieran romperse el dedo gordo.

Otro argumento que se esgrime con la mayor seriedad es que los perros de labor pueden cortarse la cola al pasar bajo la maleza. Un cirujano veterinario describió esta excusa como un «fatuo disparate»; pero, a pesar de su ilustre comentario, dicho alegato tiene ya una larga historia. En el pasado, cuando era más probable que los perros tuviesen que ganarse su sustento, se sostenía de manera general que los canes salían beneficiados al tener por cola un muñón. Solía afirmarse que los terriers, el mayor grupo de perros con la cola cortada, se ahorraban el horror de que las ratas le mordieran sus apéndices cuando entraban en acción como controladores de la peste. Esto no era más que una fantasía; pero nadie la puso en tela de juicio durante muchos años.

Dado que, en un tiempo, los canes de labor se encontraban exentos del impuesto que gravaba a los perros deportivos, a algunos infortunados animales les cortaban la cola, simplemente, como un medio para ahorrarse los impuestos. En los tiempos en que esto se hallaba muy extendido, la mayoría de los pueblos tenían su «cortador de colas», que, por unos pequeños honorarios, mordía el rabito del cachorrillo y se lo cortaba con los dientes.

Resulta difícil comprender cómo alguien ha podido concebir alguna vez la excéntrica idea de amputarles la cola a los perros. ¿Cómo se originó? La mayoría de los escritos acerca de este tema informan de que su auténtico origen se «pierde en la noche de los tiempos». Afortunadamente, por una vez, éste no fue el caso. Los estudiosos que investigaron en busca del libro más antiguo del mundo acerca de los perros, descubrieron que fue escrito por un agrónomo romano llamado Columela, que vivió a mediados del siglo I d. de C. Daba instrucciones respecto a que, a los cachorros de cuarenta días, se les debía cortar la cola a mordiscos, y descubrirles los tendones para protegerlos de la rabia.

Esta extraordinaria precaución se basaba en el error de creer que la rabia la originaban gusanos que se encontraban en el interior del cuerpo del perro. Si se mordía y cortaba la cola del chuchó, sobresaldrían los tendones, con el aspecto de un racimo de relucientes gusanos blancos. Fueron estos tendones de siniestro aspecto la causa de la pérdida de millones de rabos de cachorrillos de perro en los siglos siguientes. A medida que pasó el tiempo, se expusieron nuevas razones para dejarlos en su forma original; pero, en aquel estadio, el acto de eliminar la cola ya se había extendido como una práctica habitual de la cría de perros. Al igual que muchas

tradiciones, fue lo bastante fuerte como para sobrevivir a su propósito original.

Las desventajas de cortar la cola son bastante obvias. Deteriora gravemente el importante sistema canino de señalización con ella, tan vital en los encuentros sociales de los perros. Y si a esto se añade la crueldad de la operación, no es de extrañar que se hayan dado tantos esforzados pasos para poner fuera de la ley este hábito supersticioso que se remonta a los distantes tiempos de la antigua Roma.



## ¿Por qué a los perros les desagradan unos desconocidos más que otros?

Los perros se muestran casi siempre suspicaces ante los desconocidos que entran en casa de sus amos, y los reciben con un gran alarde de ladridos y de olisqueos. Ciertos visitantes tienen la virtud de calmarlos con rapidez, mientras otros parecen incapaces de lograrlo e incluso pueden llegar a ser arañados y mordidos. ¿Qué diferencia existe entre ellos?

La respuesta radica ante todo en el estilo de los movimientos del cuerpo del visitante. Algunas personas tienen, por naturaleza, un modo de moverse y sus acciones son sosegadas y tranquilas. Otros, de por sí, son más bien tensos y accionan a sacudidas. Tienden a realizar movimientos rápidos y dubitativos, y es mucho más probable que este tipo de individuos susciten la agresión en los perros, porque son gestos y reacciones que se asemejan a los que se producen en los encuentros con cánidos hostiles o nerviosos.

Si esa persona nerviosa y brusca teme además a los perros, la situación empeora, porque empezarán a realizar bruscos movimientos de retirada y eso emite señales a los canes que, automáticamente, avanzan y pueden incluso llegar a atacar. Apartarse de un perro que ladra, o realizar cualquier clase de rápido movimiento de huida, tiene como consecuencia que el animal se sienta de repente superior y responda de acuerdo con ello.

En contraste, la persona que «conecta con los perros» tiende a responder saludando a los saludos, aproximándose en vez de retirándose, y les ofrece alguna clase de contacto con la mano. Esto puede convertir en segundos a un perro escandaloso y ladrador en un can que hace fiestas y mueve la cola y, una vez que la ceremonia de la salutación ha concluido, el chuchito se relajará y cesará de interponerse en el camino del recién llegado. Sin embargo, esto sólo funciona con perros que ladran o saltan mientras mueven la cola. Si, en vez de ello, el perro que te saluda en la puerta principal de alguien se halla muy rígido, gruñe o refunfuña, y te mira de una manera fija, el único curso de acción es quedarse muy quieto y no hacer nada, ni avanzar ni retroceder, y confiar en que el dueño del perro acuda en tu rescate. Con un animal así, el instinto de agresión es tan elevado que resulta peligroso emitir ninguna señal en absoluto, y la completa inmovilidad es la mejor manera de reducir tu impacto visual. Si te encuentras solo y realmente preocupado acerca del estado de ánimo del perro, en ese caso emitir unos quejidos lastimeros o gemir puede desconectar la situación al suscitar los sentimientos protectores paternos en el defensor del hogar. Pero no existe garantía de que esto funcione, porque tú perteneces a una «manada extraña» y, por lo tanto, no eres digno de confianza. Afortunadamente, unas formas tan extremas de salutación hostil son raras, a menos

que un perro haya sido especialmente entrenado para atacar a los intrusos. La mayoría se limitan a ladrar y a saltar alrededor de los visitantes y son bastante fáciles de convencer, excepto por los que se alteran y se mueven mucho.

## ¿Tienen los perros un sexto sentido?

Sí, pero tal vez no en la forma en que, por lo general, se entiende. No existe nada sobrenatural en las sensibilidades caninas. Se pueden explicar por mecanismos biológicos, aunque es cierto que en la actualidad estamos sólo empezando a comprender algunos de ellos.

Por ejemplo, los perros encuentran su camino de regreso a casa desde largas distancias, incluso en un terreno que no les sea familiar. Se trata de una cualidad que comparten con los gatos y con otras muchas especies de animales. Al parecer, se basa en una apreciación de las sutiles diferencias y cambios en el campo magnético terrestre. Experimentalmente, dicha habilidad queda perjudicada por la presencia de imanes muy potentes, y por lo que sabemos esto no es ninguna fantasía. Pero aún estamos aprendiendo cómo se logran tan notables proezas, dignas de geniales navegantes y que han sido constatadas una y otra vez.

Los perros son también capaces de predecir los terremotos y las tormentas. Cuando se aproxima una, empiezan a mostrarse intensamente alarmados, comienzan a jadear y a corretear por toda la casa. Incluso gemirán y temblarán como si estuvieran experimentando algún dolor. Su malestar se incrementa cuando empiezan a retumbar los truenos; pero también se observa algún tiempo antes de que la tormenta estalle por encima de nuestras cabezas. Esta sensibilidad es una respuesta a los cambios en la presión barométrica, y asimismo a alteraciones en el nivel de la electricidad estática. Tal vez hoy pueda parecer una conducta sin sentido, pero en los antepasados salvajes del perro era muy importante percibir esas señales climáticas. Los lobos seleccionan con mucho cuidado sus escondrijos y cubiles. Los construyen en los declives, donde existe muy poco riesgo de inundaciones; a pesar de ello, los fuertes aguaceros pueden llegar a ser fatales para los lobeznos. Es posible que los perros domésticos, que corretean por la casa cuando amenaza tormenta, no hagan otra cosa que aflorar la conducta de los lobeznos, en respuesta al peligro de anegamiento.

Algunos dueños declaran que su perro, en ciertas ocasiones, «parece un fantasma». Han salido a dar un paseo con su animalito en un atardecer de verano y se encuentran cruzando un campo, cuando su chucho de repente se detiene y se inmoviliza. De pie, muy rígido, se queda mirando a la lejanía y se le empieza a erizar el pelo en los hombros y a lo largo del lomo. Comienza a ladrar y a aullar, y tal vez incluso a gemir, pero se niega a moverse un centímetro cuando su amo trata de hacerlo avanzar. Luego, de una forma tan súbita como cuando se iniciara su anterior conducta, todo cesa y el perro sigue su camino. Cualquiera persona que haya vivido un momento semejante, encuentra difícil de olvidar la intensidad de la reacción del perro, y se comprende por qué insisten en su afirmación de que el can «parecía un fantasma». La verdad radica en que, probablemente, lo que detectó fue un depósito de

fuerte olor, no de otro perro, sino de cualquier otra especie animal, como un zorro o un hurón. Lo extraño del olor y su intensidad son suficientes para que las sensibles narices del can desencadenen una respuesta tan rotunda.

Recientemente se hizo una de las alegaciones más sorprendentes respecto a que hay un «sexto sentido» en el perro. Unos investigadores informaron haber descubierto detectores de infrarrojos en la nariz del perro. Esto podría explicar ciertas habilidades en algunas razas, tenidas con anterioridad por «extranaturales». Por ejemplo, los perros san bernardo se dice que son capaces de detectar si un alpinista, enterrado por un alud, está aún vivo, simplemente, olisqueando en la nieve. De existir algún detector del calor en las narices de los animales, esta teoría no sería en modo alguno inverosímil. Además, hace ya mucho tiempo que se sabe que esos receptores de calor existen en los hocicos de ciertas especies de serpientes, que los emplean para descubrir la presencia de pequeñas presas de sangre caliente. El hecho de que estén presentes en todo el reino animal refuerza la teoría de que puedan existir en los perros.

## **¿Por qué se creía que, si un perro aullaba, alguien moriría?**

Desde los tiempos antiguos ha existido una creencia supersticiosa de que los gritos desacostumbrados de los perros son la advertencia de una muerte o un desastre próximos. Se suponía que el perro poseía poderes sobrenaturales que le capacitaban para prever el futuro, especialmente cuando se estaba aproximando alguna calamidad. A pesar de ello, no se echaba la culpa al perro de los acontecimientos que luego sucedían, ni tampoco se le consideraba una criatura diabólica a causa de su asociación con la muerte. En lugar de ello, se le tenía por «el mejor amigo del hombre», que sólo trataba desesperadamente de prevenir a sus amos del inminente peligro.

Tras rechazar la explicación sobrenatural, una autoridad ha emitido la teoría de que los perros en cuestión tenían la rabia. Cuando a un perro le aqueja una enfermedad, aúlla, gimotea y realiza ruidos extraños de los que la gente no se percata con facilidad. Si el perro infectó a su amo, y luego éste se murió, la gente que siguió los hechos contó luego que al dueño le sobrevino la desgracia poco después de que el perro comenzara a emitir aquellos ruidos fuera de lo corriente. Es fácil comprender que, en épocas en que todavía se ignoraba cómo se transmitía la infección, se estableciera una relación entre la muerte humana y los gritos del perro, los cuales se interpretaban como un presagio.



## **¿Por qué se dice que la resaca se cura con «pelo de perro»?**

Hay quienes aseguran que un pequeño trago por la mañana, después de haberse pasado la noche bebiendo, ayuda a curar la resaca. La falaz idea de que la misma cosa que causó el malestar también lo curará, tiene su paralelismo en una antigua receta contra las mordeduras de los perros. En un volumen del siglo XVIII acerca del tratamiento de la rabia canina, el autor comenta que: «El pelo del perro que infligió la herida es aconsejable aplicarlo sobre la parte lastimada». Esto se pensó, con completa seriedad, como una ayuda para cicatrizar la herida, pero resulta dudoso que el borracho juerguista de hoy crea, realmente, que «el pelo del perro que le mordió» haga otra cosa que enmascarar el dolor.

## ¿Por qué a un bocadillo de salchicha se le llama perrito caliente?

No es cierto el rumor de que el perrito caliente deba su nombre a que, en un tiempo, contuviese carne de perro, aunque hace mucho tiempo esta idea causara un perjuicio en la venta de este producto. El perrito caliente fue una creación de un estadounidense llamado Harry M. Stevens. Su trabajo consistía en tener que alimentar a las grandes muchedumbres que acudían al estadio donde el «Giants» de Nueva York, jugaba sus partidos de fútbol americano a principios de siglo. Las salchichas de Frankfurt calientes se habían convertido en una nueva moda alimenticia; pero eran muy complicadas de distribuir en los tenderetes alrededor del estadio. Entonces tuvo la idea de meterlas en unos largos panecillos calientes, y esto alcanzó de inmediato un gran éxito; eran vendidos por unos empleados que deambulaban por los corredores del recinto. Al principio los llamaron «rojos calientes»; porque a la salchicha recién hecha y la barrita de pan calentado, Stevens añadía una cobertura de mostaza también caliente. Pero luego, en 1903, el famoso dibujante deportivo «Tad» (T. A. Dorgan) llevó a cabo unos dibujos en que se representaba a la salchicha de Frankfurt dentro del panecillo como un dachshund (perro salchicha), jugando con el hecho de que ambos eran largos, rojos y alemanes. Eso fue lo que dio origen al nombre de «perrito caliente», que muy pronto se hizo popular en todo el mundo. Por desgracia, las cosas se estropearon cuando alguien quiso saber si aquello significaba que la carne de perro tenía algo que ver con la fabricación de salchichas, con lo que las ventas empezaron a bajar con rapidez. La situación se puso tan fea que la Cámara de Comercio local tuvo que realizar una declaración oficial en la que se prohibía emplear el término «perrito caliente» en todos los anuncios. Pero es imposible hacer desaparecer un buen nombre y, llegado el momento, se instaló definitivamente en el lenguaje popular. Y hoy lo comprenden y lo aceptan en todo el mundo.



## ¿Por qué empleamos la frase «época de la canícula»?

Los días caniculares cubren el período más cálido del verano, desde el 3 de julio al 11 de agosto, cuando el tiempo es bochornoso y el aire sofocante. A la gente le intriga a veces la conexión entre la época de los grandes calores y los canes. Esto no es de extrañar porque la conexión es muy oscura. Se remonta a la época de Roma, cuando se creía que Sirio, la Estrella Can, añadía su calor al del Sol durante este período, creando unas temperaturas excepcionalmente altas. A este período del año le llamaron días caniculares, días de canícula, caniculares o del perro. Aunque constituye un desatino sugerir que Sirio puede añadir calor al del Sol veraniego, puesto que se halla quinientas cuarenta mil veces más lejos que el Sol, los romanos conjeturaron, por lo menos, algo acerca de su temperatura. En la actualidad sabemos que es de unos diez mil grados, lo cual constituye, aproximadamente, el doble de la que existe en el Sol.

Dado que la gente ignoraba este antiguo origen del término «época de la canícula», dieron por supuesto que se refería a la época del año en que el calor resultaba tan opresivo que enloquecía a los canes, y les hacía correr frenéticos de acá para allá. De todos modos, algunos perros sí que deben sufrir calor, sobre todo en la región mediterránea, pero su asociación con el término sólo fue una mera ocurrencia tardía.



## **¿Por qué en el mar a una guardia de dos horas se le llama «guardia del perro»?**

Una vez más, se trata de un ejemplo en que la palabra «perro» se ha empleado en una frase popular que carece de cualquier tipo de conexiones caninas. El período normal de una guardia en el mar es de cuatro horas. Estas guardias acortadas se emplean, o bien a la hora de comer, para facilitar el servicio de los comedores, o dos veces por la noche para evitar que los mismos hombres hagan la guardia a idéntica hora todas las noches. En inglés, y de una manera formal, su correcto nombre era el de docked-watches (guardias cortas), pero se abrevió a dog-watches (guardias de perro). Esto tal vez haya tenido algo que ver con el hecho de que muchos perros presentan las colas cortas (docked), pero resulta más probable que se tratase de una abreviación entre los marinos ingleses, al pronunciar mal la frase y que, llegado el momento, se convirtiese en una expresión popular.



DESMOND JOHN MORRIS. Nació el 24 de enero de 1928 en Purton, Wiltshire. Zoólogo y etólogo inglés, con 14 años perdió a su padre. Está casado con la historiadora Ramona Baulch, coautora de varios de sus libros y madre de su hijo. Sus estudios se centran en la conducta animal, y por ende, en la conducta humana, explicados desde un punto de vista estrictamente zoológico (lo que quiere decir que no incluye explicaciones sociológicas, psicológicas y arqueológicas para sus argumentos). Ha escrito varios libros y producido numerosos programas de televisión. Su aproximación a los seres humanos desde un punto de vista plenamente zoológico ha creado controversia desde sus primeras publicaciones.

Su libro más conocido, *El mono desnudo*, publicado en 1967, es una realista y objetiva mirada a la especie humana. *El contrato animal* (1991) es un valiente alegato ecológico que exige a la especie humana respetar su compromiso con la naturaleza. *El zoo humano*, continuación de *El mono desnudo*, examina el comportamiento humano en las ciudades, también desde un punto de vista etológico. En 1951, después de haber obtenido el grado de honor en zoología en la Universidad de Birmingham, comenzó a investigar para su doctorado en comportamiento animal en Oxford. En 1954 obtuvo el grado de doctor en la Universidad de Oxford.